
Mafia
Rota
CUORE DI MAFIA
LMR

Mafia Rota

LMR

CUORE DI MAFIA



OBJ

© 2025 by Laura Moreno Romero.

Todos los derechos reservados. Bajo las sanciones establecidas en el ordenamiento jurídico, queda rigurosamente prohibida, sin autorización escrita de los titulares del *copyright*, la reproducción total o parcial de esta obra por cualquier medio o procedimiento, comprendidos la reprografía y el tratamiento informático, así como la distribución de ejemplares mediante alquiler o préstamo públicos.

Advertencia, novela de ficción, cualquier parecido con la realidad es una mera coincidencia.

Alguien atacó al Don de la mafia siciliana.
Ahora su hijo buscará venganza.
*Pero **Lucian Di Trevi** no derramará sangre, hará algo mejor: un secuestro.*
***Elira Bardhi** no tiene ni idea de lo que se le viene encima.*


D T
DI TREVI

1



[OBJ]

Lucian Di Trevi

Sicilia, Italia

He perdido la cuenta de con cuántos de mis hombres he peleado esta mañana. Estoy dolorido y empapado en sudor, pero necesito más.

—¡El siguiente! —bramo y Aldo da la cara, pese a ser uno de los más novatos de la *famiglia*. El chaval solo tiene veinte años, así que le suelto—: Tú no.

—No me ofendas, jefe. No vas a poder tocarme —dice confiado, pero en sus ojos veo un atisbo del miedo que me tiene.

Mi padre es el Don, pero muchos se empeñan en llamarme «el jefe». Le rompí las piernas al último que lo dijo porque no toleraré faltas de respeto hacia el líder de la mafia siciliana. Pero con este crío, me cuesta ser violento. *Tiene una historia... mira, mejor ni empiezo que sino acabará saliéndome espuma por la boca de la rabia.*

—Vete antes de que te saque los ojos de las cuencas —esto no lo digo yo, lo dice mi hermano gemelo Alesso Di Trevi, el mejor hacker que ha visto Sicilia—. ¿Quieres un rival a tu altura, Lucian?

Asiento.

El cabrón me da una buena paliza, pero el combate lo gano yo, que es lo importante. Mi padre todavía no ha salido de la sala médica en la que le están haciendo la revisión. Como es aquí, en la mansión, sé que no tengo de qué preocuparme que estará a salvo.

Después de lo que le ocurrió, estoy que muerdo.

Tras acabar de zurrar a toda la gente que me importa o respeto, me doy una ducha. Es entonces cuando Angelica Benecci se cuela en el baño y empieza a chupármela. Se le da muy bien, lo hemos unas cuantas veces y ya sabe cómo torturarme.

—Dilo —le ordeno apartándole el pelo de la cara.

—Esto es solo sexo, Di Trevi —corrobora por lo bajo en el único instante que no me tiene en lo más profundo de la garganta.

Buena chica.

Hubo dos razones por las que empecé a acostarme con Angelica: lo bien que se le da acatar mis normas y el hecho de que no quiere nada más de mí que los orgasmos que le provoco.

Antes de que haga que me corra, la aparto, la llevo a mi cama, le abro las piernas y me la como hasta que grita mi nombre, «ahí» «más», «sí, sí» y «cuánto te deseo, Lucian».

No me entierro en ella hasta que está salivando por su cuarto orgasmo. No es que no pueda dejar a una mujer insatisfecha, es que si no le fundo el cerebro del éxtasis soy yo el que se siente insatisfecho.

Soy un esclavo de mi puto ego, es lo que hay, *¿capisci?*

Por desgracia, no sirve para calmar mis nervios.

El sexo nunca deja ninguna huella en mí, así que en el momento en que la euforia del orgasmo se larga, mi cabreo por lo que le ha pasado al Don vuelve a quedarse con el protagonismo de mi mente. *Joder, y yo no tengo a nadie más que romper.* A veces creo que me estallará la cabeza.

Del corazón no hablo, porque no tengo.

2



Elira Bardhi

Los Hamptons, EEUU

Toooodos mis deseos se hacen realidad y *s-i-e-m-p-r-e* consigo lo que quiero. *Si es así, no entiendo por qué a veces me siento tan vacía pero no vamos a ahondar en ello, ¿vale? *Escuchamos, pero no juzgamos**.

Me llamo Elira, tengo veinticinco años y es verdad que no he dado un palo al agua en mi vida, pero no tengo un pelo de tonta porque estudiar sí me gusta.

Me apasiona la química cosa mala y me saqué la carrera con notazas porque leía el material obligatorio y *todo* lo que había en la biblioteca.

Como se hacían en la misma facultad, me picó el gusanillo y acabé sacándome también la de física. Esa ni fu ni fa, pero yo nunca dejo las

cosas a medias y gracias a las convalidaciones, ni siquiera tardé cuatro años en graduarme, así que casi fue un dos por uno.

¿Voy a trabajar alguna vez de eso?

Nope.

¿Por qué?

Fácil: mi padre es asquerosamente rico y no me hace falta.

Pero lo cierto es que el saber me puede. Mi cabeza es un agujero negro de preguntas sin respuesta. Por eso tengo la biblioteca de Bella en casa. *Sí, la de la Bella y la Bestia, toda todita para mí.* Fijo que ahora ya me odias un montón.

¿Todavía no? Pues: vivo en una mansión tan grande que ni siquiera yo sé cuántas piscinas tenemos y si mi vida fuera un libro, sería uno sin errores de imprenta, sin dobleces, ni rayotes.

¿Qué tal ahora? ¿Aún no me odias? Madre mía, debes de ser muy buena persona. Entonces como mi mejor amiga Kathana, ella está metida en más ONG que yo, ¡y eso que yo estoy metida en muchas!

A mis veinticinco, lo único que hago es organizar galas benéficas, salir de fiesta, beber y leer. Y ahora mismo eso último es lo que estoy haciendo aquí, en esta tumbona, bajo el cálido sol de la costa este de Estados Unidos. *Venga, admite que me odias, ¡admítelo!*

—¿Has llegado ya a la parte de...?

—No termines esa frase, Kathana, te lo advierto —amenazo con mi índice a la chica que lee en la tumbona de al lado—. Te he dicho mil millones de veces que no puedes hacer preguntas con spoilers. Eso es como decirle a alguien que está viendo Titanic si ha visto ya cuando Jack muere. La gente así, arderá en el infierno.

—Perdona, es que lees muy despacio.

—*Perdona* —la imito—, pero tú te saltas palabras.

—Pillo la idea general. Es lo importante. Leer en diagonal es el nuevo leer.

—Eso solo si eres una ansiosa.

—La vida es corta y más si a tu mejor amiga le pesa el culo. ¿Es por el palo que tienes metido por el susodich...?

—Toma, échate crema solar, evita un melanoma y dame la ventaja que me merezco —le paso el bote.

A pesar de que es tan albanesa como yo, su tez es de un tono oscuro precioso y tiene la maldita suerte de no quemársela nunca. ¿Yo por el contrario? Paso de blanco nuclear a gamba en su punto. Me cuesta horro-res coger el tono perfecto, pero como ya he dicho: yo siempre consigo lo que quiero.

—Hola, cariño.

La voz de Ewan me sobresalta a mitad de mi lectura tres minutos después.

—¡Cariño! —le rodeo el cuello con los brazos y le doy un beso ignorando el «argh» hastiado de Kathana.

—¿Qué lees ahora, mi pequeño ratón de biblioteca?

Le sonrío y le enseño la cubierta del libro.

A Ewan le brillan los ojos. Le encanta que lea y a mí me encanta leer estamos hechos el uno para el otro. Aunque nunca haya sentido ese calor histérico por él, esas mariposas salvajes. No pasa nada porque esto no es una novela romántica, es la vida real y aquí las cosas, bueno van de manera diferente.

—Seguro que te lo has empezado hace cinco minutos. Lees rapidísimo.

—Qué va, Kathana es más rápida —la señalo, pero Ewan se queda mirándome unos largos segundos, embelesado.

Durante mi primera cita con él estaba tan muerta de ganas de recibir un beso de sus labios que apenas podía pensar en nada más. Me atraía. Pero él no se lanzaba, así que lo hice yo. Él respondió muy bien pero no hubo mariposas. Estaba empeñada en sentirlas, así que le provoqué hasta que quiso acostarse conmigo.

No… no estuvo *mal*, la verdad. ¿Bien? Casi-bien.

Información confidencial de Elira Bardhi, no compartir con nadie

Entre tú y yo, el sexo con Ewan puede llegar a ser un poco aburrido.

Frustrante, incluso, ya que cuando empieza a lamer donde me gusta o a succionar de la manera perfecta, para para hacerme otra cosa. Imagino que son las ganas que me tiene, porque siempre le pasa.

Lo habitual es que no alcance el orgasmo. Pero es normal, ¿no? Las mujeres rara vez llegamos.

—Hola, Kathana —saluda Ewan, todavía con las manos a ambos lados de mi tumbona, desviando la mirada de mis ojos con esfuerzo.

—Ey —dice ella con falsa simpatía.

Reprimo el deseo de poner los ojos en blanco.

—¿Quieres que vayamos a comer? —vuelvo a besarle, deseando probar sus labios de todas las formas posibles con tal de sentir algo más fuerte.

No me rindo. Y soy una viciosa, eso también es verdad.

—No puedo, tengo algunos negocios que hacer con tu padre.

—Así que has venido a verle a él, ¿eh? —levanto mi mano con el mayor pedrusco de la historia en el dedo anular—. ¿Es que acaso él tiene uno de estos? ¿Es que a caso es a él a quien vas a llevar al altar?

Ewan se carcajea por lo bajo y me besa la frente lo cual me enternece.

—Esta noche te lo compensaré. ¿Dónde quieres que te lleve a cenar?

—Siento chafarte los planes, pero esta noche Elira sale conmigo —dice Kathana, sin una pizca de remordimiento coloreando sus palabras.

—Es verdad, es la semana de mi cumpleaños y vamos a empezar a celebrarlo ya. —Una noche de discoteca con mi mejor amiga, no se me ocurre nada mejor.

—En ese caso mañana te despertaré con el desayuno en la cama.

Preferiría comérmelo a él para desayunar, pero no lo digo para que no piense mal de mí. Lo cierto es que Ewan no tiene una gran devoción por el sexo oral. Rara vez me pide correrse en mi boca y aunque siempre le digo a Kathana que es porque me respeta mucho, a veces me ha hecho dudar si le atraigo de verdad.

—Suena genial —respondo forzando una sonrisa.

Me recuerdo que yo siempre me salgo con la mía y prometo dormir desnuda para que sea así como me encuentre por la mañana. Me muerdo el labio inferior solo de pensarlo.

—Joder, Elira, qué bien te queda este bikini… —gruñe por lo bajo pasándome las manos por las caderas, apretándome el costado como imagino que desearía apretarme el culo.

Pídemelo. Pídeme subir a mi habitación y me lo quitaré para ti.

Ewan se endereza y se aparta de mí.

—¿Quieres…?

—Tengo que irme, no puedo hacer esperar a tu padre. Tenemos una reunión en la ciudad y tenemos que salir ya —me besa la frente y se marcha antes de que pueda responder.

Mi mejor amiga emite una serie de sonidos frustrados.

—Venga ya, Elira.

—No empieces otra vez a darme la lata —*es su tema favorito*.

—*Elira*.

—Fijo que ni siquiera tenía tiempo de pasarse a saludar. Es evidente que se está esforzando.

—Ese es el quid, Elira. Si dos personas que van a casarse tienen que esforzarse para querer follar, es que hay un problema. Grave. Inmenso.

—No tiene por qué —digo haciendo una mueca pensativa—. El estrés corta el rollo. Y sé que los negocios son muy importantes para él.

—Eso no tiene nada de malo —mi amiga se baja las gafas de sol para mirarme por encima de ellas—. No, hasta que te pone a ti por detrás de dichos negocios. Contéstame a algo, ¿hasta donde crees que estaría dispuesto a llegar por ti?

—Ewan haría cualquier cosa por mí —digo recordando aquella vez que le dio un buen empujón a un baboso que no me dejaba en paz.

Y eso que él *odia* perder las formas en público.

—¿Dejar de trabajar para tu padre? —sonríe cuando no contesto— Nada más que añadir, señoría.

Me encojo en en la tumbona y pego la cara al libro con tal de ocultarme de los ojos de Kathana. Pero sé que, aunque me duela, tiene razón. No estoy por delante de sus negocios. Pero… eso también es lo normal, ¿no?

3



[OBJ]

Lucian Di Trevi

Sicilia, Italia

—Señor Di Trevi, su padre ya está en sus aposentos —dice uno de mis hombres al otro lado de la puerta.

No tardo ni diez segundos en dejar a Angelica.

En momentos como este maldigo lo grande que es esta mansión Cruzo el patio de palmeras, dejo atrás las piscinas, me cuelo entre la vegetación, entro de nuevo en la casa, subo las escaleras y llamo a la puerta.

—Adelante.

—¿Qué ha dicho el médico?

—¡Que la mafia albanesa no podrá conmigo! —brama con los ojos incendiados con sed de *vendetta*.

—¿No va a haber secuelas?

—Soy el Don, ¡pues claro que no! —dice rojo de rabia, pero veo los medicamentos en la mesita de noche.

Asegura que solo le han ordenado reposo y «dos pastillas tontas».

—Me encargaré de solucionar el tema con la mafia albanesa.

—Ha sido un ataque contra mí, hijo, no contra nuestra familia.

—La *Cosa Nostra* somos todos, padre —ocupo uno de los sillones frente a él y cojo uno de los puros que odio, pero a él tanto le complace que fume—. Si atacan a un miembro, el resto responde. Esta traición no quedará impune.

Si no fuera por toda la seguridad con la que contaba mi padre cuando lo atacaron, estaría muerto. Perdimos a cinco de nuestros mejores hombres. ¿Quién iba a pensar que lo atacarían a plena luz de día y sin motivo?

—Serás un buen Don cuando yo me vaya —sentencia con orgullo.

—Dentro de muchos años.

Asiente. No parece muy convencido. Me preocupa lo que se guarda.

—¿Qué has pensado? —pregunta al fin.

—Osman Bardhi no tiene ninguna hija, pero el hermano del Don sí tiene una. Les haré entender lo que ocurre cuando tocas a alguien de mi familia.

—¿Vas a abusar de una mujer? Eso es nuevo en ti.

Sacudo la cabeza. Que lo insinúe siquiera me repugna.

—Voy a secuestrarla. Estoy seguro de que la mafia albanesa estará más abierta al diálogo una vez pierdan a su princesa.

4



Elira Bardhi

Los Hamptons, EEUU

En el baño, arreglándome para la fiesta, toco el colgante que me ha regalado mi padre con sus iniciales y las mías, unidas en una estrella de oro.

«—¿La estrella es por…? ¿Por mamá?

—Claro, hija. Seguimos siendo una familia unida aunque ella esté en el cielo, cuidándonos.

—Te quiero mucho. Gracias.

—Yo te quiero más, hija. Disfruta de tu noche. Asistiré a todas las fiestas de pre y post cumpleaños a las que se me invite.

Me reiría si no estuviera al borde del llanto.

Me abrazo a su enorme barriga y él me devuelve el gesto. Bernard Bardhi siempre estará aquí para cuidarme. Somos papá y yo contra el mundo. Cuando llegue mi cumpleaños, al soplar las velas, volveré a pedir lo de cada año: trescientos sesenta y cinco días más a tu lado. Me aterra perderte a ti también».

Vuelvo al presente en el que, mi mejor amiga está diciéndome guarradas. Para variar.

—¿Vas a dejar ya el tema? —pregunto alisándome los últimos mechones de mi caos pelirrojo.

Es rizado, pero a Ewan le gusta liso y yo ya me he acostumbrado.

—Solo digo que eres joven y todavía te apuntan hacia arriba, podrías buscar algo mejor.

Saco la cabeza del baño y alzando una ceja, miro a mi amiga sujetándose los pechos.

—Vale, abuela, gracias por el recordatorio.

Kathana se aprieta la elegante coleta larga con rabia y me pone morros.

—Es desquiciante.

—Ehh, que no eres tú la que va a casarse con Ewan. Relájate.

—No puedo. Eres mi mejor amiga, Elira. Tus dolores son mis dolores.

—Es una suerte que no tenga ninguno —le guiño un ojo, termino con la plancha y la desenchufo.

—Los tendrás cuando llevéis doce años casados y hayas pasado once sin que nadie te folle como es debido. La felicidad, amiga, se mide en las veces que te corres.

—¿Tienes que usar un lenguaje tan vulgar todo el tiempo? —pregunto sonrojándome—. No hace falta ser una malhablada.

Odio las palabrotas y el lenguaje tan explícito, pero aquí mi amiga es harina de otro costal.

—Solo digo que masturbarse sola no es tan guay cuando has probado el sexo épico y... espera, ¿en algún momento vuestro sexo ha sido épico?

Una vorágine de nerviosismo me sacude el estómago.

—Deja ya el tema. Te he dicho que nos acostamos, punto. Nos irá bien.

—Para ti todo es o blanco o negro, ¿eh? O bueno o malo.

—Sip. Así la vida es más fácil —le guiño un ojo y le doy un golpe de cadera para que me haga hueco junto al tocador.

—Pero no lo es —insiste, esta vez dejando caer sus hombros con agotamiento—. Sí, trata muy bien a tu padre y es educado, pero eso no quiere decir que sea el hombre que merece esperarte en el altar. Elira cariño, mi amor, tesoro, cielo, si no estás interesada en una escala de grises, ¡al menos deberías incluir un «azul muermazo»! ¡O un «marrón aburridísimo»! *Algo* en lo que colocar a Ewan. Siguen siendo colores positivos, ¡pero mucho más realistas!

—¿Has acabado?

—Yo nunca acabaré de calentarte la cabeza.

—Por esta noche sí —pido, ahora poniéndole morros yo a ella— Venga, Kath, que es mi cumpleaños.

—Todavía no lo es, pero vale. Me callo. Por ahora.

—No te pido más —le beso la punta de la nariz.

Siempre me ha parecido más tierno que la mejilla y la forma que mi amiga se ablanda lo confirma. Al salir, la limusina ya nos está esperando.

En mi opinión, son unos coches bastante horrendos, pero a Kathana le pirra la ostentación. *A veces creo que los cumpleaños no van de homenajeado, sino de hacer feliz a las personas que quieren a susodicho.*

Por eso me he puesto la horterísima tiara de cumpleañera que me ha regalado Kath con todo su cariño. Y, aunque pensaba ponerme un vestido esmeralda de espalda descubierta por el que llevaba suspirando desde hacía semanas, después de ver que no me pegaba con el bolso rojo y caro que me ha regalado con tanta ilusión, he tenido que cambiarme a uno más sencillo de color blanco.

No tengo una hermana, pero imagino que tenerla sería algo así.

—¿Dónde está Agron? —pregunto al no ver aL chófer y amigo de la familia, el hombre que me llevaba a la universidad día sí y día también y no tenía inconveniente en que repasara con él mis apuntes de química antes de un examen.

—Se ha ido con tu padre, ¿no te acuerdas?

—Ah, ¿sí? —*vaya, me gusta cómo conduce.*

—Señoritas —dice Dirton abriendo la puerta de la limusina con una sonrisa falsa.

Le saludo también. *Nunca hemos hecho muy buenas migas. Da la impresión que la cara que te muestra es distinta a la que tiene de verdad. En plan: te sonrío, pero estoy súper serio por dentro #NoMeFioUnPelo.*

—Te lo ha dicho cuando te ha regalado este súper colgante —sigue Kath por lo bajo—. Por cierto, ¿te pesa el cuello con todos esos quilates? ¿Quieres que te ayude a cargar con los di…? —le doy un manotazo para que deje de tocarlo y entre carcajadas, nos subimos a la limusina.

A veces dudo si pertenezco a este mundo porque cuando veo la colección de bolsos caros de mi amiga pienso en cuántos haría falta juntar para pagar una carrera. *Pocos, seguro.*

Y también porque lo que más me importa no es lo que ha costado este colgante, sino que mi padre siga acordándose de mi madre incluso después de trece años de ausencia. Se me vuelve a revolver el estómago cuando una vocecita me asegura que Ewan no me recordaría tanto tiempo. *Tal vez ni una cuarta parte.*

—Mañana por la tarde iremos de compras, ¿verdad? Necesito un modelito nuevo para la fiesta de mañana.

—¿No tienes ciento cincuenta y cuatro nuevos en el armario?

—En el momento en que entran en mi casa dejan de ser nuevos hayan tocado mi cuerpo o no.

Sacudo la cabeza porque no tiene remedio. Entonces, de repente sufrimos lo equivalente a unas salvajes turbulencias en mitad del vuelo pero yendo en coche.

O lo que es lo mismo: alguien ha chocado contra nosotros.

—¿Dirton? —pregunto por encima de los gritos de Kath.

—¿Están bien, señoritas? —es lo último que dice.

Un segundo después Dirton tiene un agujero de bala entre ceja y ceja.

5



Elira Bardhi

Aturdida. Conmocionada. *¿Qué digo? Estoy a mil mundos de distancia de esa meta. La he dejado atrás, ahora estoy en shock y al borde del infarto.* Por eso no reacciono, ni grito cuando cuatro hombres armados rodean la limusina y rompen los cristales necesarios para desactivar el cierre de seguridad de las puertas.

—Dios mío —Kath me coge la mano—. ¡Dios mío!

—¿Cuál de las dos es Elira Bardhi? —pregunta en italiano el psicópata que ha abierto la puerta de Kathana primero.

—Una de las dos es negra, ¿a ti qué coño te parece, gilipollas? —rebuzna el tío a mi lado, el que tiene un mar de dilataciones en cada

oreja y una cicatriz que le cruza toda la nariz y parte de la mejilla izquierda—. Esta, es esta de aquí.

—¡¿Qué dicen?! ¿Esto es un atraco? —Lagrimones inmensos caen por la cara de mi amiga.

—¿Qué queréis de nosotras? —les pregunto en italiano—. Tenemos dinero. Podemos pagar lo que necesitéis. Por favor, no nos hagáis daño

No van con la cara tapada, esto no puede ser bueno.

—La zorra sabe idiomas.

—Al parecer enseñan algo en los colegios pijos.

Dicen varios. El de la cicatriz, que no tiene ganas de reírse, me coge del pelo y tira de mí fuera del coche. Uno de mis pies se enreda con el cinturón que me he desabrochado a la carrera para no quedarme calva y lo siguiente que sé es que el asfalto me araña la cara.

Un par de gotas espesas y calientes resbalan por mi mejilla.

Intento barrer sus piernas como practiqué en defensa personal durante años, pero el tío me ve venir y acaba aplastándome la cara contra el asfalto, agrandando mi herida. Entonces sí grito. Grito hasta que otro tío lo empuja y se ve obligado a liberarme de su agarre.

—¿De qué coño vas, Ernestto? Lucian fue claro. *No puedes* hacerle daño.

—Ya oí que quiere a su nueva puta intacta, ¿pero qué quieres que haga si no colabora? ¿Cantarle una nana?

—Darle una puta oportunidad, al menos, joder. Eso estaría bien.

¿Ha dicho su nueva puta? ¿Comercian con mujeres? Madre mía esto no puede estar pasando. Que me maten, ¡que me maten ya!

—¿Te ha hecho mucho daño? —me pregunta en inglés un chico mucho más joven, de apenas vente y con la bondad en los ojos.

No parece que quiera hacerme daño así que me giro hacia Kath. La tienen cogida del cuello, inmovilizada y está en pleno ataque de pánico. Antes de que pueda echar a correr, el que parecía buena persona me coge los brazos y me los junta a la espalda. Muevo la cabeza hacia atrás y le asesto un buen golpe. A la carrera, me meto bajo el coche para llegar hasta Kathana.

No lo consigo.

Alcanzan una de mis sandalias y me sacan de ahí de un tirón brusco. Ha sido el de la cicatriz, el que cree que hay que tratar a las mujeres con

la delicadeza que tendrías con un par de bloques de cemento.

—¡Soltadla! —exijo revolviéndome en los brazos del tío que apesta a alcohol.

—Me da que no —dice acercándose a ella sin soltarme a mí, arma en mano—. Venimos a por ti, Bardhi y a ti no podemos hacerte daño. Pero es evidente que no vamos a dejar ningún cabo suelto.

—¡Espera! —suplico desesperada, al borde de perder el conocimiento—. ¡Hagamos un trato! ¡No puedes matarla!

—Llévate a Elira, Ernestto Nosotros nos encargaremos de la amiga —El chico que antes me ha preguntado si estaba bien, se acerca a Kathana con la boca llena de planes de asesinato.

—No interrumpas a tus mayores, Aldo —hace por apartarle con la mano del arma, pero no lo consigue.

—Si la matas delante de ella, quedará traumatizada. Hay muchas maneras de destruir a una persona y Lucian fue claro: la quiere intacta.

—Está bien —rebuzna el tal Ernestto, en italiano, olvidándose de Kath.

—¡No, Elira! —chilla Kathana cuando ve que me llevan al furgón blindado.

—Esperad, ¡esperad! No podéis matarla, ¡yo lo sabré! ¡Sabré que está muerta y me destrozará igual! ¡Es como mi hermana, por favor! No opondré resistencia, iré a donde digáis sin oponer resistencia, ¡pero no la matéis, por f...!

Cierro la boca cuando el borde del arma del tal Ernestto me da en el labio. Caigo al suelo y la sangre mancha mi vestido blanco. Muchos maldicen, se agitan. Apenas oigo nada, pero a Ernestto sí. Aunque solo sea un susurro cercano a mi boca.

—Conozco muchas maneras de volver sumisa a una mujer y con gran parte de ellas, en cuestión de horas, no recordarías nada —me pone de pie a la fuerza, frotándome contra sí—. ¿Quieres probarlas? ¿Quieres que me divierta contigo hasta que no puedas más?

Aterrorizada y asqueada, ni siquiera pienso en lo mala idea que es levanto la rodilla y le doy la patada de su vida al energúmeno este, que ha debido salir de la prehistoria. Corro, pero no llego muy lejos.

—Quieta ahí o convierto a tu amiga en un colador —dice Aldo apuntando a mi amiga con su arma—. Sube al furgón. *Ahora*.

Es ridículo que me sienta traicionada, pero por un momento he creído que había algo bueno en él, que se podría dialogar.

—¡No, Elira, no lo hagas! —solloza Kath preocupándose por mí cuando estos desgraciados ya han firmado su sentencia de muerte.

Otro tío llamado Saverio retiene a Ernestto antes de que se levante.

Alguien me empuja dentro del vehículo. No puedo dejar de llorar. De suplicar que suelten a mi amiga. El de la cicatriz acaba tras el volante antes de que me abrochen el cinturón de seguridad, soltando una ristra de palabras malsonantes en su idioma natal. *A menos que conducir lo relaje, no voy a llegar viva hasta el tal Lucian.*

El coche arranca y nos largamos de allí a toda velocidad.

Oigo los disparos segundos después. Son cuatro así que sin duda han convertido a mi mejor amiga en un colador.

Pierdo el conocimiento, pero justo antes me prometo vengar a Kathana matándolos a todos.

6



[OBJ]

Lucian Di Trevi

Sicilia, Italia

—Ya han llegado. Oye, ¿estás seguro de que esto ha sido una buena idea? La mafia albanesa no se anda con chiquitas —dice Alesso nada más entrar en mi despacho.

Si no fuera porque nació moreno y yo rubio, nadie habría sido capaz de distinguirnos. Me levanto y caminamos hacia la entrada.

—Ni nosotros tampoco. Intentaron matar al Don.

—Eso es lo que me parece raro, ¿por qué lo harían? Hasta donde yo sé, no les interesaba entrar en guerra con nosotros.

—Es evidente que eso ha cambiado y merece un ajuste de cuentas.

—Lo sé, pero has secuestrado a una inocente. Nosotros no somos así.

—*Alesso*.

—No quiero ver esto —da media vuelta y se larga antes de que le diga nada.

Con «nosotros» se refiera e él y a mí, porque Zac Di Trevi, nuestro padre sí es así. Él sí está a favor de matar a la esposa y los hijos de quien alza un arma en su dirección. Si hay algo que ha marcado sus setenta y cinco años de vida, es su sed de venganza. Su ira. Su crueldad.

Pero Alesso y yo perdimos a nuestra madre por un ajuste de cuentas con la mafia rusa y siendo muy pequeños, vivimos en nuestras carnes lo terrible que es ver como alguien bueno e inocente paga el pato.

Esta es una de las razones por las que a veces dudo si doy la talla como mafioso, ya que lo lógico sería que buscara infringir ese mismo dolor sangrante tras saber lo mucho que te marca.

Pero no puedo.

Iría contra mi código.

Y yo *nunca* traiciono mi código.

La oigo mucho antes de llegar al jardín y frunzo el ceño. Los secuestros son algo habitual entre mafias, pero en cuanto la veo, sé que esto… esto va a ser diferente.

—¡Eres un monstruo! ¡Asesino! ¡Acabaré contigo por lo que le has hecho a Kathana! ¡Acabaré con todos vosotros!

Me esperaba miedo, terror y daba por sentada la sumisión.

Cualquier cosa, menos encontrar a la mujer que acaban de secuestrar, gritando a la mitad de mis hombres de forma alterna, hecha una verdadera fiera.

—Por favor, tranquilízate —le pide Saverio, el mejor amigo de Alesso, lo cual parece enfadarla más.

Es evidente que habla muy bien el idioma. Al menos, el tema de los insultos y de pedir socorro lo borda.

Mis hombres están despeinados y con marcas por toda la cara heridas frescas. *Empiezo a dudar si se han equivocado de princesa.*

7



[OBJ]

Elira Bardhi

El que han llamado Aldo, se acerca a mí cuando me sacan del coche.

—Por favor, cálmate —dice y tiene que apartarse de mí cuando intento darle un señor cabezazo.

Es Saverio el que me aplasta contra el furgón, pero no para frotarse contra mí como Ernestto.

—Te has aprovechado bien de que no podamos hacerte daño y lo entiendo, estás jodida. ¿Pero quieres estar *muerta*? Porque lo estarás si no te comportas delante del jefe. Si crees que conoces el miedo.... —sacude la cabeza—, todavía no tienes ni puta idea. Haznos un favor a todos, no nos metas en problemas y cierra la boca.

Su advertencia hace que el máximo nivel de terror se filtre por mis venas. El pánico me inunda, ahoga e intoxica, y entonces grito de verdad.

¿Y si antes creían que me había portado mal? ¿Que había sido una «mala rehén»? Ahora ya ni te cuento. *Igual con suerte me pegan un tiro y se saltan no de convertirme en carne de usar y tirar*.

Con suerte, matarán a alguno de ellos de paso, por no saber controlarme. Y si la única forma que tengo de matar a estos energúmenos es provocando que me maten a mí, que así sea. Total, yo ya estoy muerta. Son de la puta mafia siciliana, lo he oído en el avión. No tengo alternativa.

Va por ti, Kath.

8



[OBJ]

Lucian Di Trevi

Ni siquiera reparo en los jarrones rotos del jardín, ni en las partes abolladas o rotas de los furgones nuevos que solo han visto el trayecto de aquí al aeropuerto, ida y vuelta.

No pienso en nada, en cuanto reduzco la distancia lo necesario para verla bien, me congelo en el tiempo. Mi sangre se vuelve hielo y luego se prende fuego. Aprieto los puños al ver que sí, está magullada.

Herida.

Tiene puta sangre seca en distintas partes de la cara. El pelo rojo como el fuego: revuelto como si hubieran tirado de él. Y el vestido con pinta de haber sido blanco en otra vida: hecho polvo.

—¿Quién ha sido? —pregunto a mis hombres, que parecen haberse quedado mudos de repente. Me giro al crío que considero mi segundo

hermano, pero tampoco contesta. Saco su pistola del cinturón y dispar
al aire—. He hecho una pregunta. No volveré a repetirla.

—He sido yo —Ernestto da un paso al frente—. Elira no colaborab
y…

No termina la frase.

No le dejo.

No es ningún secreto que llevo años teniéndole ganas a est
energúmeno y acaba de darme la excusa perfecta.

Le propino puñetazos al sádico que solo sigue vivo por ser la man
derecha de mi padre, y lo hago hasta mucho después de que me duela
los nudillos. Le hago una cara nueva y nadie se mueve de su sitio. Nadi
dice ni una puta palabra, como debe ser.

—Lleváoslo —ordeno a dos de mis hombres.

Desaparecen camino a la enfermería, una de las salas má
concurridas de la mansión, dejando un reguero de sangre a su paso.

Retrocedo y me acerco a ella, tan asustada como un cervatillo fren
a los faros de un coche que ha frenado un segundo antes d
atropellarle.

9



Elira Bardhi

Después de lo que le he visto hacer al «jefe» con sus propias manos debería estar muy asustada.

Más, quiero decir.

Pero a parte de aterrador, ha sido gratificante porque odio al imbéci de «sé como volver sumisa a una mujer». Debe ser que estar al borde de la muerte te vuelve estúpidamente valiente. Por eso cuando el ta Lucian se planta frente a mí, tiemblo como una hoja, pero también alzo la barbilla y miro a los ojos a mi secuestrador con desprecio asesino y una ridícula, casi inaudible, confesión.

Mierda, su cara merecería estar esculpida en mármol y expuesta en museos. ¿Que es este...? Guau. Tiene un porte intimidante. Se m

ocurren una infinidad de profesiones mejores que la mafia con las qu podría haber llenado su vida y su tiempo.

Pero eso es del todo irrelevante porque le odio y va a matarme.

—Me disculpo por el trato que has recibido. Ahora estás a salvo.

¿A salvo? ¿Está de coña el animal este?

No lo pienso, si lo hiciera, probablemente no lo haría, pero le escup la sangre que me manchaba la lengua y le salpico la camisa blanca e un millón de zonas distintas.

Todos los presentes sacan sus armas y me apuntan a la cabeza.

—Alto el fuego —pide Lucifer.

—No, por favor, adelante —digo loca del todo, sobrepasada por l situación—. ¡Habéis matado a mi mejor amiga a sangre fría! Puede qu sea una mimada y una consentida, pero no soy tan idiota como para n saber que vais a hacer lo mismo conmigo de un momento a otro. ¡Com mínimo, podrías ir de frente!

Malhumorado, debía su mirada azul hacia Saverio y este asiente y l agacha.

—¿Quién…? —empieza, poniendo una mano en el capó, cerrando lo ojos en una pose que se me antoja un pelín dramática—. ¿Quié cojones…?

—Puedo explicarlo, jefe —asegura el criajo asesino, Aldo interrumpiéndolo antes de que el muy zumbado se ponga a disparar las nubes otra vez.

—Espera en mi despacho. —No hace falta ni una palabra más par que Aldo obedezca. El pánico que le tienen es tan tangible, que casi e otro ente aquí a mi lado, flotando en el ambiente. El mafioso agraciad vuelve a girarse hacia mí—. Mi nombre es Lucian Di Trevi.

—Sí, Lucifer para los enemigos, supongo —suelto por lo bajini olvidándome momentáneamente de mi objetivo de llevarme a cuanto más pueda a la tumba.

Alzo la vista cuando no continúa y una pizca de diversión adorna s iris azul tipo profundidades-del-océano-a-las-que-no-quieres-llegar. luego sigue mirándome. *Y sigue.*

—Oye, ¿te tomas tanto tiempo para matar a todas tus víctimas? – Alzo una ceja.

—No voy a matarte. A menos que vuelvas a insultarme. En ese caso a mis hombres no les quedará más remedio.

—Entonces, me has secuestrado para… —mi voz estrangulada n siquiera puede decir «trata de blancas».

Dios, a duras penas estoy manteniéndome en pie. Voy a mearm encima.

—El líder de la mafia albanesa ha intentado asesinar a mi padre, e Don. Te he traído aquí para enviar un mensaje. Si no me da problemas, volverás a Albania más pronto que tarde.

—Espera, hace años que mi padre y yo nos mudamos a Estado Unidos. No tenemos relación con mi tío, ni con nadie en Albania *Ninguna*, en serio. Mi padre y el tío Osman no están en bueno términos, que digamos.

—¿De verdad te crees eso?

—Es la pura verdad.

—Tu verdad, al menos. Reconozco que tu sinceridad result refrescante. —Se acerca y baja la voz—. ¿No tienes miedo de no serm de utilidad, princesa?

—Sé que vas a matarme, no es como si ese desarrollo de la trama fuera a pillarme por sorpresa.

Lucian Di Trevi me mira la boca, aprieta la suya y suelta u chasquido con la lengua. Acto seguido, me agarra de la muñeca mientras me arrastra dentro de la mansión, dudo si su piel tiene u exceso de iones y es por eso que noto unas chispas extrañas en l superficie.

Oigo tambores de guerra en mi cabeza.

Ya está, este es el final. Mi final. Hasta aquí hemos llegado.

El corazón me martillea con fuerza desmedida. *Fíjate, igual m desmayo y me abro la cabeza con uno de estos escalones y así M Corleone ni siquiera tiene que tomarse las molestias. No podrá abusar de mí muerta. O sí, pero… dios, qué horror. Al menos así n me enteraría.*

Joder, no quiero morir. ¡No quiero!

—Espera, por favor… —gimoteo llorosa agarrando su brazo—. Deb haber algo que pueda hacer. ¿Quizá llamar a mi tío? ¿Pedirle que s disculpe con tu padre y hacer las paces? Ha intentado ponerse e

contacto con mi padre en numerosas ocasiones, ¡quizá yo podría ser la intermediaria!

—Bernard Bardhi es el principal mediador del canal de entrada de cocaína al *gran país de las oportunidades* —dice con retintín.

—Eso es imposible.

—Es lo que *es,* bonita —dice mirándome por encima del hombro metiéndome en un dormitorio inmenso.

Estoy tan en shock por sus palabras que ni siquiera puedo patearle verbalmente por lo de bonita.

—¡Mi madre murió de sobredosis! ¡Es imposible que mi padre siga traficando con droga! —le chillo con las lágrimas agarrándose a mi garganta. Me niego a creerle—. ¡Nos mudamos a Estados Unidos por eso! Deberías... ¡deberías contrastar tu información antes de ir por ahí secuestrando la gente!

—¿Contrastar...? —parece tener ganas de sonreír, pero se las aguanta y su expresión se vuelve una mueca cínica—. ¿De dónde crees que sale todo tu dinero?

—Tiene una empresa, concede créditos. ¡No hay nada ilegal en lo que hace!

Se saca el móvil del bolsillo trasero del pantalón de su carísimo traje y pone una grabación. La pone tan fuerte que la voz de mi padre no solo retumba en mis oídos, también en las paredes de este dormitorio.

«—...El siguiente cargamento de cocaína es crucial, tengo a muchos salivando por ella —dice la voz de mi padre, provocándome náuseas.

—Te avisaré cuando el barco leve anclas —dice mi tío Osman.

—Hazlo, no puede haber errores. Es mucho dinero y necesito encargarme del tema antes del cumpleaños de Elira...»



OBJ



OBJ



OBJ

10



[OBJ]

Elira Bardhi

Apenas puedo concentrarme en la conversación, la traición retumba demasiado fuerte en mi cabeza como para permitírmelo.

Me libero del agarre de Lucian, me arranco el colgante del cuello y lo estampo contra un cuadro. El cristal se rompe en mi mano y la estrella de oro queda jodidamente intacta. La pateo en el suelo. Los cristales están a punto de cortarme el pie, pero antes de que ocurra, mi secuestrador tira de mí hacia un baño.

Lucian echa el cerrojo y bloquea la puerta con su cuerpo.

—Bernard Bardhi no merece tus lágrimas. —Se afloja la corbata y luego se la quita—. Ahora estáte quieta, Elira.

Empieza a desabrocharse la camisa y empiezo a temblar. *Va a violarme*. Nunca, en mi vida, he tenido tanto miedo.

—¿Qué pretendes? —retrocedo hasta que mi espalda da contra los azulejos—. No te acerques a mí.

—Has tenido que oír a mis hombres advertir que no podían hacerte daño —dice y no sé qué quiere que saque yo de eso.

Más botones, ¡se los desabrocha todos! Deja expuesta un montón de piel bronceada y una camiseta interior de tirantes.

—Sí, lo recuerdo, comentaron que no podían tocarme justo antes de soltar «quiere a su nueva puta intacta». —Miro a mi alrededor, pero no tengo tiempo de encontrar un arma.

Teniendo en cuenta que su bíceps es del tamaño de mi cabeza, no con un buen arsenal armamentístico tendría la más mísera oportunidad.

—¡No me toques!

—Estate quieta de una puta vez, cojones.

—¡No me toques, malhablado!

Me inmoviliza ambas manos con una sola. El grifo está abierto y el agua corre, no sé desde hace cuanto. Quedándose con la camiseta interior blanca, libre de sangre, Lucian moja un paño y me da con él en las heridas de la cara.

Con. Suma. Delicadeza.

Igual su plan era limpiarme antes de hacerme algo terrible, pero nunca lo sabremos porque muevo la cabeza y le doy en plena nariz. *Siempre la he tenido muy dura y muy suelta.*

Harto de mí, quita el cerrojo del baño, saca la cabeza y brama el nombre de alguien para que venga a buscarme. Alguien que resulta ser Saverio.

Poco después estoy encerrada en una habitación cualquiera de la inmensa mansión de la… la mafia siciliana. *S.O.S.*

11



[OBJ]

Lucian Di Trevi

¿En serio? ¿Un puto cabezazo?

Joder, está claro que alguien le tiene que pasarle una circular de «cosas que no hacer en un secuestro».

No recuerdo la última vez que alguien me desautorizó así. Joder, s probablemente fuera mi propio hermano de críos. Si alguno de mis hombres llega a verla agredirme, no habría vivido para contarlo.

Y habría tenido que aceptarlo.

Puede que seamos gemelos, pero Alesso sabe que soy yo el que va a ocupar el lugar de Don cuando nuestro padre fallezca y eso exige ciertos requisitos.

El miedo es uno.

Lo que menos nos conviene, ahora que la mafia albanesa está tocándonos los cojones, es que los nuestros nos vean como un frente débil y alguno se revele. *De caer en oídos de la 'Ndrangheta o la Camorra, nos atacarían esta misma noche.*

Y por otra parte, ¿qué cojones le pasa a esa *ragazza*? ¿Es que está loca?

He conocido a muchas mujeres y todas, sin excepción pueden clasificarse en dos grupos: las que quieren agradarme por miedo a mi poder o las que quieren hacerlo para acabar en mi cama. Ninguna ha expresado el más mínimo arrebato violento en mi dirección. Jamás.

Gruño algunas maldiciones y camino hasta la habitación contigua a mi dormitorio. Esa a la que solo yo tengo acceso, la que he apodado como *la distruzione*. Es en la que guardo mierdas de cristal y cosas que sean satisfactorias de hacer romper y hacer añicos. Cuando formas parte de la mafia y tienes tantas responsabilidades como yo, *y tanta gente imbécil trabajando para ti,* debes buscar maneras de desfogarte sin que eso implique una reconstrucción constante de la puta mansión en la que vives, ¿me explico?

Así que eso hago.

Destrozo una vitrina. Una mesa de cristal. Infinitos jarrones. En definitiva, la habitación entera. Hasta que no queda nada. Las hago pedazos y cuando vuelvo a mi despacho me siento… un poco menos cabreado. Pero solo un poco.

Lo bastante como para hacer pasar a Saverio cuando llama a mi puerta y una hora después, hago lo mismo con Aldo que ha sido lo bastante listo como para esconderse hasta ahora. Si no llega a ser por el mejor amigo de mi hermano, igual habría tenido que arrancarle la cabeza de los hombros.

Pero ahora me contengo.

Aldo entra y veo al mismo criajo albano al que mi padre secuestró como rehén hace cinco años. Acabó traicionando a los suyos y jurándonos lealtad tras conocer el verdadero significado de la palabra *famiglia*.

Nunca me fiaría de un traidor, pero en su caso sí. Porque Aldo solo tenía cinco años cuando su padre estuvo a punto de matarlo a golpes

por primera vez y siete cuando dicho padre dejó que otros hombres mayores le zurraran a cambio de dinero.

Llego a Sicilia a los quince, hace ya cinco años que vive con nosotros y joder, lo he visto crecer. No compartiremos sangre, pero es mi hermano y le quiero. Supongo que por eso no lo he matado.

Todavía.

Se sienta en uno de los dos sillones frente a mi mesa y como siempre ocurre cuando estamos a solas, su rostro no está empapado de miedo solo salpicado de él.

—Dejé muy claro que no quería que hubiera víctimas. ¿Cómo te atreves a desobedecerme?

—No lo he hecho.

—¿Cómo dices?

—La historia oficial es intenté matarla, pero como estaba oscuro y teníamos prisa, no me di cuenta de dónde le disparaba exactamente y la chica acabó llegando al hospital antes de desangrarse. Cosas que pasan

—¿Crees que Ernestto se tragará una mentira tan burda? ¿Que lo hará el Don cuando él se lo cuente? Saverio dice que fueron cuatro tiros.

—De los cual fallé dos —puntualiza.

—*Aldo*…

—Confío en que el Don cuestione mi capacidad de matar a sangre fría, por todo eso de ser un novato y tal.

—Has matado a mucha gente. No eres ningún novato y tienes muy buena puntería.

—Estoy dispuesto a recibir una paliza por no dar la talla —concluye como si oyera llover.

Todos saben el aprecio genuino que tengo a Aldo. No es que eso lo haga intocable, pero está en un punto bastante cercano a serlo. Aun así él nunca se aprovecha de su posición.

—Oye, y en cuanto a Elira…

—Mujer secuestrada —le corrijo irritado.

—Creo que deberías alejarla de Ernestto.

—¿Qué quieres decir?

—En el coche y en el avión dejó claro lo mucho que le gustaría follársela sin su consentimiento, hacerle daño y disfrutar viéndola

sufrir —su advertencia me enfurece a un nivel primitivo.

¿Tocarla?

¿A *mi* protegida?

—Todo el mundo sabe lo que les pasa a los violadores en la *Cosa Nostra*, ¿ya se te ha olvidado, Aldo?

—No, señor. —Abre los ojos con horror llevándose una mano a la entrepierna, imaginándose una vida sin su mejor herramienta.

Es una tradición que instauramos Alesso y yo en cuanto fuimos lo bastante mayores para votar, opinar y decidir. Lo que le ocurrió a nuestra madre cuando cayó en manos de la mafia rusa tuvo mucho que ver.

—Lo imaginaba.

—Pero él lo dijo, Lucian.

—Estoy seguro que solo para asustarla y conseguir que colaborara. No hay hombre que olvide una amenaza así —afirmo con seguridad ocultando como puedo lo mucho que me enfurece lo que acaba de contarme.

Me pone territorial.

Si Ernestto acerca su polla de cincuentón a Elira, o vuelve a amenazarla bajo mi techo, quizá el miembro no sea lo único que le corte.

Joder, quiero proteger a la ragazza que me ha llamado Lucifer delante de mis hombres. Que me ha escupido. Exhalo por la nariz magullada del cabezazo. Mi cabreo hoy no conoce fronteras.

Me levanto de la mesa, levanto a Aldo del sillón con una sola mano y lo sacudo cogiéndolo por las solapas de la camisa.

—Debería darte una paliza por ponerte en peligro. Sabes que Ernestto tiene mucha influencia en mi padre.

—Solo seguía órdenes —dice en tono neutro, aceptando su sentencia con una valentía admirable—. La querías sana y salva. Será justo lo que obtengas en cuanto le digas que su amiga está viva y se tranquilice. Tenemos grabaciones de las cámaras del hospital donde está ingresada. Podrá ver que no han sido más que un susto.

Con este crío las cosas siempre son así.

Tiene más labia que un puto abogado.

Le suelto.

—Sal de mi vista y no te acerques a Ernestto en unos días.
—Claro, jefe.
—¡No me llames… ! —ya se ha ido.
Qué paciencia, joder.

12



Elira Bardhi

Llevo hora llorando con tanta fuerza que siento calambres en e estómago y ya he empapado el cojín que tengo entre los brazos.

Kathana está muerta.

Hemos sido inseparables desde que nos conocimos en la universidad y eso ha hecho que acabe con cuatro malditos disparos. *Un colador*. Era una mujer increíble, fantástica y no tenía culpa de nada Hundo la cara en el cojín y grito con rabia.

Aldo es el primero del que pienso vengarme. Él ha apretado e gatillo. Pero no me engaño, el siguiente en la lista es Lucifer, él es e que ha dado todas las órdenes.

Pero en cuanto a papá... Me obligo a creer que es una grabación falsa y que Lucian solo intenta manipularme, que hasta que no hable con mi padre debería darle el beneficio de la duda.

Pero no las tengo todas conmigo. Ni siquiera tengo palabras para describir el nivel de traición que sería si fuera cierto. Mi madre, la mujer más dulce y buena que he conocido nunca se fue por culpa de su debilidad, su adicción, la maldita droga.

¿Y mi padre sigue traficando? No, mi padre es «el principal mediador del canal de entrada de cocaína al gran país de las oportunidades». *No podría perdonárselo de ser cierto*.

Querría decir que me ha mentido mirándome a la cara más de un millón de veces. La simple idea duele demasiado.

Pero por encima de todo duele saber que eres la peor decisión que pudo tomar tu madre. Que, de no haberse quedado embarazada y a raíz de eso, haber decidido casarse y vincularse con un mundo lleno de peligros, quizá nunca habría probado la cocaína y ahora seguiría viva.

Alguien golpea la puerta varias veces y tras un tintineo de llaves, se abre.

—¿Puedo pasar? —Lucifer se adentra en mi cuarto y tengo los ojos tan llenos de lágrimas que apenas acierto todos los cojines que le lanzo.

Sé que debería tener miedo a perder lo que me queda, pero soy incapaz de ignorar lo que ya he perdido.

—¡Eres un monstruo! —me levanto y me acerco sollozando con los últimos cojines.

Por desgracia para mí, vuelvo a acabar contra la pared. Solo entonces, a una escasa distancia, me doy cuenta de que el hombre cercano a los cuarenta, de traje, pecas y ojos azules no es Lucifer.

Es muy parecido a él, pero tiene el pelo oscuro y su mirada es más dulce. *A mí se me está yendo la cabeza*.

—Deja de hacer eso —dice pegándome las manos a la pared subiéndolas por encima de mi cabeza.

—¡Nunca! ¿Qué pasa? ¿Es que no has tenido suficiente con un cabezazo? —le espeto.

—¿Le has dado un cabezazo a mi hermano?

—¿Hermano? Creo que voy a desmayarme.

—Cálmate, ¿quieres?

—¿Que me…? ¿Que me calme? ¿Es una broma?

—Mira, no tienes ni puta idea de lo difícil que se lo estás poniendo a mi hermano. Compórtate. Es por tu bien, joder.

—¿Por mi bien? ¡Estoy secuestrada!

—¡Pero aún no estás muerta! —exhala con dramatismo, *por lo visto los mafiosos italianos son un poquitín dramáticos*—. Perdona, no quería gritarte. Me llamo Alesso Di Trevi. —Retrocede un paso sin soltarme las muñecas—. Mira, sé que esto no está bien. Sé que es una mierda monumental. Pero la mafia albanesa casi mata a nuestro padre y tenemos que hacerles entender que sus acciones tienen graves consecuencias.

—¿Pero por qué yo? ¡Si ni siquiera vivo en Albania! No formo parte de ese mundo. ¡Hace siglos que no veo a mi tío!

—Formas parte de ese mundo porque lo llevas en la sangre. Además eres la única princesa. Tu tío no tiene hijos y tu padre solo te tiene a ti. Te ha tocado. —Se encoge de hombros.

—Dios, vais a matarme con mucho dolor, ¿verdad?

—Empiezo a pensar que, en realidad, no entiendes para nada mi idioma —Alesso alza una ceja y estrecha la mirada.

—Si mi tío estuvo a punto de matar a vuestro padre, ¡no soy tan estúpida como para pensar que yo…!

—Hemos ordenado a tu tío que dimita del cargo de Don y que encima, nos compense con tanta pasta que nos ahoguemos en billetes. Le hemos dado un plazo de tres semanas. Esa es nuestra verdadera *vendetta*. Tú eres la segunda parte y como te he dicho, si no cabreas a Lucian y te portas bien, saldrás de aquí antes de que te des cuenta.

Me percato que estaba acariciándome las muñecas con el pulgar cuando me suelta las manos. Si Lucian es el demonio, está claro que este tío es el… *bueno, el ángel no, pero un demonio más simpático seguro*.

El móvil le vibra y sale para coger la llamada. El quid de la cuestión es que cuando dejo de oír su voz, cuando me doy cuenta de que Alesso se ha ido, mi puerta todavía está entornada.

Es mi oportunidad. Probablemente, la única que voy a tener antes de que me maten por insultar al jefe llamándolo Lucifer, asesino monstruo o lo que se me ocurra en el momento.

No lo pienso. La abro por completo y sigilosa, escapo.

13



[OBJ]

Lucian Di Trevi

La madera del suelo cruje bajo los pies descalzos de Elira y hace una mueca a cada paso, como si quisiera maldecir como un camionero, pero no se permitiera semejantes libertades.

«Malhablado» eso me ha llamado.

No debería hacerme gracia. Tampoco debería hacerme gracia verla salir de la habitación, desobedeciendo mis deseos como si ni siquiera los oyera. Es evidente que esta muchacha no tiene relación con la mafia y que no tiene ni puta idea del monstruo que soy, pero a su vez... parece una cría inocente. *Lo es, tiene veinticinco y para mí, que tengo treinta y nueve, es una cría. Lo de inocente ya no lo tengo tan claro.*

La veo subirse a la barandilla, tumbarse en ella, y dudo si piensa deslizarse por ahí con tal de ser más sigilosa. *Mamma mia.*

—¿Es que quieres abrirte la cabeza? Es una caída de más de cuatro metros, Elira.

Su cuerpo se petrifica al oír mi voz. Luego se queda blanca. Sin aire. Emite una serie de sonidos que, en ningún caso son una palabra, y suelta una de las manos de la barandilla en la que está tumbada para llevársela al pecho.

—T-tú…

—¡No te suelt…! —gruño y tengo el tiempo justo de agarrarla del vestido y tirar de ella con todas mis fuerzas antes de que su cuerpo se precipite directo a una caída mortal.

Acabamos los dos en el suelo, ella sobre mí y yo más furioso todavía que antes.

—¿Cuál es tu puto problema con acatar jodidas órdenes, Elira?

Tengo su pelo en la cara y huele a naranja. Está sentada a horcajadas encima de mí, lo cual le sube tanto el vestido que apenas tapa sus muslos. Se le arruga a la altura de las generosas caderas y… *¿Qué le está haciendo a mi cuerpo? ¿Por qué quiero acariciárselo? ¡Si no es mi tipo! Las locas no me han ido nunca.*

Alzo la vista hacia la mujer jadeante que tengo encima y por supuesto: por supuesto que no va a darme las gracias por salvarle la vida. En vez de eso:

—Eres un malhablado.

—¿Disculpa?

—¿Tienes que decir palabrotas cada media frase? Es *muy* vulgar.

Vulgar. Acaba de llamar al futuro Don de la mafia siciliana «vulgar».

Oigo mi propia risa. A ella se le abren tanto los ojos que no hay lugar a duda de que la estoy asustando un huevo.

Hace por levantarse, pero la dejo en el sitio. Luego veo sus ojos están tan rojos como su pelo. *De llorar*. *Mierda*. Nos levanto a ambos y aunque me pide que la suelte, no lo hago ni de coña, ¡que al final se mata sola y la liamos!

—¡¿Me estás tocando el culo?!

—No te hagas ilusiones, *fenice*, solo soy tu medio de transporte – suelto al fénix sin miramientos en cuanto entramos en la habitación convenciendo a mi polla que *no* me ha gustado su culo. Aunque *sí* me ha gustado. *Mucho*—. Siéntate ahí, tengo que hablar contigo.

—Yo no quiero hablar contigo, ni con todos los clones que tengas pululando por ahí. Eres un troglodita ególatra con complejo de dios ¡un sociópata primitivo con ínfulas de emperador romano!

Joder, qué léxico tan rico tiene esta mujer. ¿Qué coño es eso de ínfulas?

—Acabo de salvarte la vida, ¿de verdad no vas a darme las gracias?

—Has matado a mi mejor amiga, las gracias deberías darlas tú porque no te haya dado una patada en tus preciadas partes, ¡o metido un dedo en el ojo! ¿Sabes que hay especies más evolucionadas que tú en la escala zoológica? ¡El mejillón, por ejemplo!

Saco el arma de mi cinturón y señalo su cama con ella.

—Cierra la boca y siéntate —digo señalando el borde de la cama Elira obedece por primera vez, empalideciendo por segundos—. Así me gusta. Ahora nos vamos entendiendo.

Me mira con odio, pero el miedo le gana la partida y baja la cabeza.

Por fin un respiro, joder. Menuda mañanita.

Entonces me acerco y me agacho frente a ella.

—Aquí nadie comete errores, Elira. Alesso menos que nadie. ¿Crees que mi hermano se había dejado la puerta abierta por despiste?

—Empiezo a dudarlo —se le llenan los ojos de lágrimas.

—Te vendría bien recordar que, aunque alguien lo hiciera, esta mansión tiene más vigilancia armada de la que podrías llegar a imaginar. Nunca saldrás de aquí a menos que yo dé la orden. Viva no —No me doy cuenta de lo cerca que queda el arma de su cara por culpa de mis gesticulaciones italianas.

—¿Crees que tengo miedo a morir? ¿Que tengo algo que perder? – pregunta con voz temblorosa. Agarra mi muñeca con sus esbeltos dedos suaves y separa los labios abriendo la boca justo a la altura de cañón de mi arma. Me mira con unos ojos inundados de lágrimas y un desafío inconsciente, pero joder, *valiente*—. Ya no. Dispara si quieres ¡Hazlo!

Le aparto el arma porque odio la imagen sádica que me presenta aunque mi polla tenga otras fantasías al respecto.

Me la guardo en la parte trasera del cinturón y exhalo con una maldición.

—Tu amiga está viva, Elira. Sí, tienes mucho que perder. Tu vida para empezar. Debería valer algo para ti.

—¿Tan tonta piensas que soy para que creer que Kathana…?

—Aldo sacó a Ernestto de allí porque sabía que él ya había tomado la decisión de matarla, a pesar de que yo les dejé claro que tenía que ser un secuestro limpio. Sin sangre. Aldo lo hizo para salvarla.

—¡Ese niñato pegó cuatro tiros a mi mejor amiga! ¡La convirtió en un colador y pienso vengarme antes de morir! —solloza con rabia.

—No me gusta que hables así de él —le advierto—, y hasta hace un segundo me has pedido que te mate, ¿pensabas vengarte volviendo en plan poltergeist?

—¡Muérete!

—Maldita sea, mujer, no me hagas volver a apuntarte con el arma.

—¿Pretendes que me crea que ese niñato asesino y traicionero pegó cuatro tiros al aire delante delante de sus compañeros y que a todos los que se quedaron, les pareció muy bien?

—Cuidado, Elira, estás hablando de mi *famiglia,* hazlo con respeto o iré yo mismo a por Kathana y te la traeré metida en una bolsa.

Sus labios se cierran de golpe, se sellan con terror. Aprieta los dientes.

Está cabreada y asustada, pero no es tonta. *Menos mal porque yo odio a los tontos*.

—De los cuatro tiros, Aldo "falló" dos.

—¿Por qué usas comillas? —musita.

—Porque Aldo nunca falla. Puede que sea joven, pero lleva cargando con un arma casi desde que tenía pañales. Le disparó dos veces, sí, pero en lugares que no la matarían. Una bala le rozó el brazo y otra el hombro izquierdo. Tu amiga está sana y salva en el hospital, solo han tenido que darle varios puntos.

—¿Solo le rozaron? —repite aturdida.

—Sí, lo justo para que la sangre fuera escandalosa y convincente. Según me han dicho, tu amiga puso mucho de su parte con todas esas lágrimas y gritos. La próxima vez que lo veas, tal vez quieras darle las gracias a Aldo, pero en resumen, sí, tienes mucho que perder.

—No te creo, Lucifer —dice como si no se diera cuenta del insulto, no soportara la idea de hacerse ilusiones.

Me saco el móvil y odio que se encoja pensando que es voy a sacar e arma, pero supongo que me lo he buscado solito.

Sin decir nada, le enseño las imágenes del hospital, con su padre junto a la camilla de su amiga.

—¿Está…? ¿Está viva? —pregunta con un hilo de voz, de vuelta a los sollozos, tapándose la boca para acallar los agudos sonidos de alivio.

—Supongo que ahora podemos hablar sobre tu descaro a la hora de insultarme —digo, en ningún caso para que deje de llorar ya que sus lágrimas me son del todo indiferentes.

—¿Qué puedo decir? El parecido es innegable.

Le lanzo una mirada, una, y su espalda se tensa. *Es hora de que empiece a tenerme miedo*.

14



[OBJ]

Elira Bardhi

Lucifer se yergue sobre sus dos piernas, tan grandes como un par de columnas griegas, y me mira desde las alturas. En un vistazo rápido calculo casi por reflejo que su centro de gravedad está muy por encima del mío: malas noticias si decido huir.

Emito un gemido estrangulado al reconocerme que estoy a su merced, que no puedo escapar. Me encuentro sentada en la cama de una habitación en la que solo estoy yo y el puñetero mafioso que ha dado una soberana paliza tan bestia a uno de los suyos que casi lo mata. Tonta, he sido muy tonta. Puede hacer *lo que quiera* conmigo.

—Pienso resistirme —cierro las piernas y me alejo hasta que mi espalda da contra el cabecero de la cama—. ¡Resistirme tanto que será

el polvo más soso y desagradable de tu vida! ¡Además no me callaré n un segundo y...!

—Nadie va a forzarte a nada de eso, *fenice*.



OBJ

Usa un tono dulce, suave, como si estuviera acariciando a un tigr malherido. Y, ¿un mafioso acaba de ponerme un apodo?

—No te creo. ¿Por qué no ibas a hacérmelo a mí? Estoy segura d que se lo haces a todas.

—Nunca —sentencia mascando la palabra con desprecio—. Tampoc permitiría que otros te lo hicieran.

Tras su mirada cargada de odio, lo siguiente que veo es su espald repleta de músculos abrazados por una camisa blanca limpia.

Desaparece en un baño en el que ni siquiera he entrado y estoy ta asustada que no me fijo que lo hace con un pequeño maletín rojo.

—Ven aquí —dice tocando el borde de la cama, donde estaba ante —. Puedo arrastrarte hasta aquí si lo prefieres.

La verdad que no. Teniendo en cuenta todos sus iones extra, l mejor será que no vuelva a tocarle nunca más.

—¿De verdad no vas a violarme?

—No. Estás bajo mi protección, no voy a hacerte daño.

—¿Y tus hombres? ¿Tampoco? Porque si puedo elegir prefiero un paliza a que me violen.

—Se la cortaré al primero que lo intente, pero como lo saben, n siquiera lo intentarán. Estás a salvo. —Toca el borde de la cama—. No me hagas repetírtelo.

Obedezco a regañadientes, mirándolo como si fuera una bomba que está a punto de detonarse en mi cara. Me arrastro con mi vestido sucio.

—¿Ves esas tijeras de ahí, Elira? —su voz se vuelve peligrosa cuando señala con la mirada el interior del botiquín—. Si tus dedos acaban mínimamente cerca de ellas y las usas contra mí, ordenaré que te esposen a la cama y no te liberaré. Ni siquiera para ir al baño. Créeme cuando te digo que tu cautiverio pasaría a ser algo *muy* desagradable.

Trago saliva y entrelazo las manos en mi regazo sabiendo que algunas amenazas tienen una probabilidad de cumplimiento de noventa y cinco por ciento cuando vienen de alguien con la expresión facial de un reactor nuclear en plena fusión.

—Buena chica —dice y supongo que es el shock, la falta de sueño, el hambre y el disgusto lo que hace que sienta calambres por toda la espina dorsal tras oírle gruñir con aspereza esas dos palabras.

Lucifer empieza a curarme con una delicadeza en absoluto propia de alguien de su tamaño y profesión. *Curioso*.

—Alguien debería haberte curado esto.

—Una mujer ha intentado entrar, pero me he puesto a gritar y golpear la puerta. Creo que la he asustado.

Sonríe. No debería sonreír así, podría hacer pensar a la gente que lo que tienen delante es un ángel y no el mayor demonio de toda Sicilia.

Sus ojos caen sobre los míos cuando le estoy mirando la boca y no sé porqué, pero me da mucha rabia que me pille.

—Has preguntado por tu padre, por tu mejor amiga, pero no has preguntado ni una vez por tu prometido. Es evidente que no debes quererlo mucho si «ya no tienes nada que perder».

—Ewan —digo para mí, sorprendida al unir esas vocales y consonantes y oír ese sonido familiar del que sí, me había olvidado por completo.

—¿Problemas en el paraíso, *fenice*?

—Estará muy preocupado.

—Si lo está, le gusta disimularlo. Tu padre es el único que se ha puesto en contacto con nosotros y nos ha ofrecido una gran suma de

dinero por tu rescate.

—Eso es solo porque sabía que mi padre ya estaba en ello. No querría faltarle al respeto pasándole por delante.

—Puede. O puede que sea un imbécil a quien no le importas lo suficiente como para meterse con la mafia.

—¿Por qué disfrutas tanto con esto? —estrecho la mirada con malicia en dirección al enfermero asesino.

Trastea con gasas y desinfectante. No le presto atención, solo me repito en bucle que coger las tijeras y clavárselas en la yugular no sería sensato. Lucian rompe el silencio tras un breve instante.

—No disfruto, solo me parece curioso.

—¿El qué?

—Que te aferres tanto a ese anillo. Si yo fuera tu prometido, no habría lugar lo bastante lejano para que no fuera a buscarte, ni suficientes personas en el mundo para frenarme. Las mataría a todas sin contemplaciones porque nadie me quita lo que es mío ni toca a quien quiero.

Le digo a mi corazón que deje de acelerarse así, que ahora no estamos en peligro, pero no me hace ni caso. Es como si sus palabras fuera mi catalizador.

—Eres un bárbaro con fachada de aristócrata —digo mientras me pone una tirita aquí y otra allá—. Un estratega sanguinario con alma de depredador.

—Eso que haces con las palabras…

—Ewan te da mil patadas —le interrumpo.

—Si tú lo dices.

—Lo digo.

—Tu actitud defensiva e insistencia hacen que me pregunte cuánto tardarás en estampar el anillo contra uno de mis cuadros, como ha pasado con tu collar —sonríe de lado, con arrogancia repelente.

—No lo haré.

—Yo creo que sí.

—¿Por qué? ¿Crees que voy a tener síndrome de Estocolmo y a enamorarme de ti?

—Ya estás.

—¿Enamorada? —resoplo, bufo, me ahogo con mi propia saliva— ¿Es que te has vuelto loco?

—Curada, *fenice,* ya estás curada. —Cierra el botiquín y se pone en pie—. Haré que te traigan algo de comer a la habitación, pero esta noche cenarás conmigo. En la contigua a esta está mi despacho. Si intentas huir seré el primero en enterarme y ya sabes lo que pasará si vuelves a hacerlo. Puedes dejar lo de Lucifer para la intimidad, pero si lo haces delante de mis hombres, tu destino…

—Ya, las esposas, mearme encima, lo pillo —digo alzando la barbilla fingiendo una serenidad que no siento.

Un brillo azul claro aparece en su mirada oscura y me niego a creer que es diversión. Este hombre es aterrador, fijo que nunca se ha divertido y que eso fue lo que despertó su instinto asesino.

Solo eres una hiena jugando con su comida. Y me importaría un pimiento sino fuera porque la comida soy yo.

En cuanto me quedo sola, dejo que el miedo vuelva a apoderarse de mí y lloro desconsolada.

15



[OBJ]

Lucian Di Trevi

El oído me pita y la mejilla me arde. El anillo que siempre adorna e índice de Zac Di Trevi debe haberme dejado marca.

Sé que me lo merezco, que moler a puñetazos a Ernestto delante d todos, siendo su mano derecha, no estuvo bien. Yo mataría a cualquier que tocara a Aldo o a mi hermano Alesso y aunque mi padre no tien hermanos, Ernestto ocupa esa posición especial.

—Lo siento —digo manteniendo la cabeza gacha en señal de respeto.

Mi padre, todavía débil, vuelve a tumbarse en la cama.

—Las cosas que me obligas a hacer. ¿Tienes a la chica?

—Sí.

—¿Dónde?

Elira accedió a cenar conmigo varias noches seguidas sin oponer resistencia, así que la he dejado salir de su habitación porque no quiero que se vuelva loca.

«Estando sola, secuestrada, encerrada en una habitación de treinta metros cuadrados, ¿de verdad crees que no le estás haciendo daño aunque no le hayas puesto una mano encima?», me dijo Alesso.

A mi hermano le encanta ser un grano en el culo, pero tenía razón. Como siempre.

No soy tonto. Sé que Elira se está portando bien para que baje la guardia. No va a pasar. Ni siquiera tengo esperanzas de que, viendo a todo el personal armado que custodia la mansión Di Trevi, se le quiten las ganas de escapar. *Es peleona. Y la verdad que eso me gusta.. aunque vaya a traerme muchos problemas.*

—Ve a buscar y tráemela, quiero hablar con ella.

—Ahora mismo —salgo de allí, aunque debería haberle recordado que el médico le ha recomendado reposo y que no debería ver a nadie, no quiero ganarme otro bofetón.

Tras comprobar su habitación y encontrarla vacía, la busco sin éxito por todas partes. Mi cabreo aumenta a cada paso. *Un puto cascabel le voy a poner a esa mujer.* Me topo con Saverio de camino a la planta baja.

—¿Sabes dónde está Elira?

—En el jardín de atrás, leyendo.

—¿Leyendo el qué? —pregunto, pero él se encoge de hombros.

La encuentro en la mesa de piedra junto a la fuente de Afrodita leyendo uno de los libros de… *joder, no.*

Se lo quito y me chilla un «¡eh!». Se percata de lo roja que tengo una mejilla, pero ignoro su pregunta y vuelvo al libro.

—¿De dónde lo has cogido?

—No sé, de alguna habitación abierta de por ahí. Es la única novela que he encontrado, ¿no sois muy dados a la lectura, eh? Imagino que el crimen te robará mucho tiempo. Ufff, robará, ¿lo pillas? —se sube al banco de piedra e intenta recuperar el libro—. Vamos, ¡devuélvemelo! Tú no lo estabas usando.

—No vuelvas a entrar en esa habitación, ¿te ha quedado claro? —La sujeto de la cintura con la mano libre para que se quede quieta.

—Pero estaba abierta —musita dejando el brazo estirado hacia m mano, petrificado, pero moviendo sus minúsculos dedos.

—Lo estaba porque *nadie* en su sano juicio entraría ahí, porqu todos saben que no pueden pisar el despacho de mi madre.

—¿Por qué no? —baja el brazo—. ¿No le gusta compartir?

—Le gustaba cuando estaba viva.

—Oh, yo… Lo lamento —se pisa un pie descalzo con el otro y parec sentirlo de verdad.

La suelto de inmediato, incómodo ante el evidente despliegue d emociones.

—Ven, el Don quiere verte y tenemos qu… —dejo de hablar cuand me doy cuenta. Estaba tan emperrado en quitarle el libro de mi madr que no me he fijado en lo que lleva puesto. No hay rastro del vestid blanco y sucio. Esta mañana Elira se ha puesto una de… una de mi camisas. Y le llega por mitad del muslo—. ¿Qué cojones haces con eso Es mío.

—¿No te gusta compartir? Pues no has salido a tu madre.

—Te. He. Hecho. Una. Pregunta.

—¿Qué? Me he duchado y no quería volver a ponerme el vestido Estaba sucio y manchado de sangre —dice en tono bajo cogiendo la puntas de mi camisa como si fuera un atuendo de gala—. He intentad añadir unos pantalones, pero se me caen hasta los tobillos.

Joder.

Joooder.

16



[OBJ]

Elira Bardhi

Sé que hay tíos a los que les pone mucho ver a sus chicas con su ropa después del sexo. No es el caso de Lucifer. A él solo le cabrea que la peña toque sus cosas. Es evidente teniendo en cuenta que no puede aguantarme la mirada ni dos segundos sin soltar un bufido. *Será tiquismiquis el tío. No es que fuera mi primera opción, pero no quería pasearme en toalla en una mansión llena de asesinos, ¡no estoy tarada!*

—¿Quieres que me la quite? —masco las palabras irritada y a él se le alzan las cejas—. ¿En serio eres tan ruin? ¿Eres rico y te da alergia cederme una mísera camisa cuando yo no tengo *nada*? *—qué asco de tío.*

Mis dedos alcanzan el primer botón y la abro con tanta rabia que casi la rompo.

No llego a tocar el segundo.

—Para —gruñe, ¡y para gruñidos los míos!

—A ver si te aclaras. ¿Qué tienes, personalidad múltiple?

Lucian rebuzna. Genial, ahora como los burros. Al final montamos un zoo.

—Creo que podrías pedirle a Aldo que se encargue de mí a partir de ahora —comento—. Me cae mejor.

Aldo ha venido a pedirme perdón por darme un susto de muerte por secuestrarme y por hacerme creer que había convertido a mi mejor amiga en un colador.

¿Soy demasiado débil si ver la cruda tristeza en sus ojos me ha ablandado?

Es probable que esa hipótesis ya haya sido confirmada con anterioridad, pero no vamos a ahondar en el tema.

—¿Aldo?

—Sí.

—No —dice tajante, zanjando el tema antes casi de que lo saque.

Lucian coge la manga de mi camisa y tira de mí al interior de la mansión, obligándome a seguir sus andares imposiblemente rápidos. Estoy a punto de recordarle que mis piernas no son tan largas como las suyas, pero cierro la boca al ver el arma de su cinturón. También contengo el escalofrío de miedo.

Las vistas de Sicilia desde mi habitación son espectaculares, pero su mansión es otro tipo de obra de arte. No es solo por lo carísimo que parece hasta el último sofá, hasta la más pequeña de las lámparas enjoyadas, sino que tienen arte literal. Esculturas, cuadros, de todo. *Robada de museos, fijo. Espero que el karma se lo devuelta.*

Entre otros eventos importantes: todos se apartan de Lucian como si tocarlo les provocara la muerte inmediata. Debería ser más sensata y no olvidar que el arma que guarda en su cinturón no es lo más peligroso que tiene. Su poder lo es.

—¿Quieres que te arranque los ojos de las cuencas? —pregunta a uno de sus hombres cuando nos cruzamos con él y se queda mirándome las piernas en plan baboso.

—Perdone, jefe.

Masculla más palabrotas en italiano.

A estas alturas, dudo que exista alguna que no haya oído ya.

—¿Por qué hablas de manera tan vulgar?

—¿Y por qué tú no? —pregunta irritado.

—¿Sabes? Te respondería con honestidad, pero no quiero que me mates. Un segundo, ¿para eso me llevas arriba? ¿Vas a matarme? Si es así, el jardín sería un lugar mejor, así puedes enterrarme sin tener que mover el cadáver. Dios mío, ¿vas a hacerme cavar mi propio hoyo? Pienso hacerlo fatal para que te fastidies.

Se frena en seco, me coge de los hombros, y por poco pega su frente a la mía. Todo con tal de atravesarme con la mirada.

—Tú no tienes instinto de supervivencia, ¿verdad?

—Puede que Aldo salvara a mi mejor amiga, pero no me hago ilusiones con mi propia vida. Estoy en Sicilia —digo con la rabia anegando mis ojos—. Aunque lograra escapar de aquí, no lo tengo fácil para volver a Estados Unidos. Y si me voy a ir, te aseguro que lo haré siendo yo misma, ¡no como una mosquita muerta aterrada!

—Te he dicho que el Don quiere verte. ¿Tienes el disco duro saturado de tanto léxico rico que no puedes retener nada más?

—Hasta donde yo sé, el Don podría querer verme para meterme una bala entre ceja y ceja.

Me suelta y se pasa una mano por la mandíbula afeitada. Si se tratara de cualquier otro ser humano, creería que se siente mal. Pero es Lucifer de quien estamos hablando.

—¿Te he agredido de alguna forma?

—Tu manera vulgar de hablar ha agredido mis tímpanos un par de veces… —murmuro por lo bajini.

—*Elira*.

—No. *Todavía* no.

—Y no te he esposado a la cama, ¿verdad?

—No.

Asiente pensativo, entonces se acerca a mí de nuevo, su deliciosa loción de afeitar inundándome las fosas nasales. Retrocedo hasta que mi espalda da contra la pared más cercana.

—Me debes el beneficio de la duda, como mínimo.

—Yo no te debo nada.

—Estoy siendo justo contigo.

—Su concepto de justicia da vergüenza ajena en cinco idiomas, ¿te digo en cuales?

—Elira… —suelta una risita peligrosa, aterradora.

—Me has secuestrado. Por tu culpa han disparado a mi amiga ¿Sabes la de terapia que tendrá que hacer? ¿La que tendré que hacer yo en el hipotético caso de que de verdad saliera de aquí?

Lucian pone las manos a ambos lados de mi cabeza, enjaulándome con un golpe.

—No me tienes el miedo que deberías, Elira. Eso no te hace valiente te convierte en una necia estúpida.

—Te tengo miedo, ¡claro que te lo tengo! ¡Tienes un arma en la mano la mayor parte del tiempo y me has encerrado con los lobos más peligrosos de Sicilia!

—Pues que se note.

—No va a pasar. Soy más de afrontar el miedo que de encogerme y llorar.

#Farol.

—Mira, vas a venir conmigo, vas ponerte unos pantalones y a sujetártelos con la mano si hace puta falta porque el Don quiere verte y no vas a presentarte ante él en bragas —gruñe—. Y te recuerdo que con una sola llamada podría matar a Kathana, a tu padre, a tu prometido y a todas las personas con las que hayas hablado en tu corta vida de niña rica malcriada que no sabe cerrar su bocaza de sabionda. ¿Estamos?

Su mirada gélida resulta intimidante a un nivel desconocido para mí. Me sella los labios y solo me deja una alternativa: asentir.

Alguien carraspea. Giro la cabeza igual que Lucian, pero no veo la cara del que acaba de llegar porque me lo tapa el bíceps de mi raptor.

—¿Has acabado?

—¿Qué quieres?

—He oído que padre quiere verla. Os acompaño —dice el hermano casi idéntico de Lucifer, le veo cuando el monstruo se aparta. Desvía la mirada de la mejilla roja de Lucian a mí—. No puede ir así vestida.

—Ya lo sé.

17



Elira Bardhi

Lucian Di Trevi me lleva a su dormitorio, un camino que ya conozco

Una vez allí, comprueba por sí mismo lo de que se me caen hasta los tobillos y mientras él maldice, juraría que Alesso se aguanta la risa.

—Podrías ayudar y pensar en algo, gilipollas.

Puede que nacieran a la vez, pero Lucian actúa como si fuera e hermano mayor.

—Esto es más divertido.

—¿Que te parta la cara te lo seguirá pareciendo?

—Lo que hay que aguantar —murmura Alesso cogiendo un cinturón.

Sus ojos son tan sombríos que retrocedo por instinto, igual que un electrón se alejaría de un potencial negativo; pero Lucian vuelve a

tomarse libertades que no le corresponden y me frena cogiéndome de brazo.

—No tenemos todo el día —me gruñe—. No entorpezcas.

—Con permiso. —Alesso se arrodilla y maniobra con el cinturón haciéndole un complicado nudo y luego usando el cierre para que no se abra—. ¿Y si le pusiéramos algo de Angelica?

—Angelica no vive en esta casa, no deja sus cosas aquí —dice Lucian cortante.

Me genera curiosidad por saber quién es esa Angelica. ¿Novia de alguno, tal vez? Alesso es paciente y rápido, así que mi corazón torturado se relaja con él. *A diferencia de lo que le pasa cuando cruzo una simple mirada con Satán.*

—Voy arrastrando los pantalones —alzo una ceja—. Mucho.

—Si le ponemos tus zapatos parecerá un payaso —dice Alesso riéndose—. Tal vez podríamos buscar si queda algo de Aldo, de antes de que diera el estirón.

—Esto no es un puto pase de modelos. Valdrá —concluye Lucian eternamente furioso, sacándome de la habitación a rastras.

—No soy una marioneta, ¿sabes? Soy un ser humano y sé caminar sola.

Asiente en plan «ya, ya, ea, ea».

Estoy a punto de caerme varias veces por subir las escaleras demasiado rápido arrastrando tanta tela. El mafioso rubio y perverso pone los ojos en blanco y antes de que pueda reaccionar, me ha cogido bajo las axilas y levantado sin esfuerzo alguno.

—¿Qué crees que estás haciendo? —digo sin aire.

—Lo necesario.

—Bájame.

—Has sido tú quien me ha dado la idea de la marioneta.

—Eres odioso. —*Vibro a una frecuencia peligrosa. Su despliegue de fuerza no debería provocarme ninguna reacción química en absoluto. Pero es lo que pasa. Lo achaco a un pico de dopamina y catecolaminas, pero la excusa hormonal no me convence…*—. Fijo que son los iones de su piel alterándome el raciocinio.

—¿Qué has dicho?

—Nada que sea asunto tuyo.

—Si miras así a mi padre, no llegarás viva al mediodía —comenta y siento que empequeñezco todavía más.

Me deposita en el suelo con la delicadeza que alguien deposita un bebé recién nacido o un pack de dinamita.

—Limítate a contestar si te hace preguntas y todo irá bien —me explica Alesso con voz amigable cuando nos paramos frente a una puerta doble de lo más imponente.

Digamos que no hace que la situación me ponga menos nerviosa.

—Buena suerte intentando que mantenga la boca cerrada —se jacta Lucian.

Sé que no sería inteligente y que moriría poco después, pero mataría por poder darle una patada en el culo a este insoportable.

—Dejadme llamar a mi padre después de esto y me comportaré —les digo.

Alesso se queda pálido, pero Lucian sonríe.

—Amenazas, pues claro que sí. ¿Algo más?

—Elira… —la voz de Alesso es una advertencia que me voy a pasar no-digo-por-dónde.

—No hay tiempo de discutir. Necesito saber si la grabación que me enseñaste de Kathana es real.

—Nunca te he mentido.

—Mira esto es como el principio de Le Châtelier. Un sistema químico está en perfecto equilibrio hasta que alteras alguna condición como la presión —gesticulo en un gesto de «la tú ejerces en mí»—. ¿Y qué pasa entonces? Que el sistema se defiende. —*Como yo*—. Se mueve y hace lo necesario para recuperar el equilibrio. Necesito hablar con mi padre, saber que eres un mentiroso y recuperar el equilibrio de mi universo donde los mafiosos no son peña fiable.

Ambos se han quedado mudos.

Dudo que Lucian sea capaz de fruncir más el ceño y la atractiva boca de Alesso ha quedado entreabierta en un «¿qué demonios acaba de decir?» bastante mono. Los hermanos Di Trevi comparten una mirada por encima de mi cabeza, una que no entiendo.

Carraspeo.

—¿Entonces tenemos un trato?

Lucian aprieta los dientes como para rompérselos.

Está cabreado a otro nivel.

No le ha gustado mi gesto

—Sí, trato hecho —murmura.

Las puertas se abren y ya no hay nada que hacer salvo dar un paso adelante.

18



[OBJ]

Lucian Di Trevi

—Muy bella, pese al... atuendo —dice mi padre, que todavía no se por dónde va a salir. No ha dicho mucho después de que se la presente —. Acércate, muchacha, que no muerdo.

Los tres lo hacemos. Mi padre le pregunta si es verdad que habla italiano.

—Sí, señor Di Trevi, me gustan mucho los idiomas y el italiano es una lengua preciosa —dice con una educación que rara vez suelta en mi dirección.

—Educada, me gusta. ¿Estarías dispuesta a traicionar a tu familia por quedarte con nosotros? No serías la primera.

—¿C-cómo? —pregunta ofendida en un tono que conozco de sobras Ladeo la mirada y da un respingo—. Quiero decir... Me gustaría

mantenerme al margen de la mafia, señor Di Trevi.

Alesso traga saliva tan fuerte que lo oigo.

—Es una suerte, de lo contrario habría tenido que matarte y odiaría que me mancharas la alfombra con tus sesos. —Mi padre alarga la mano hacia la cadera de Elira.

Alesso y yo somos tan rápidos como poco sutiles. Antes de que la toque, damos un paso al frente. Nos interponemos en su camino, con la cabeza gacha en señal de respeto.

Zac Di Trevi suelta una falsa risotada.

Algunos podrían pensar que por ser sus hijos, nosotros no tenemos razones para tenerle miedo. *Nosotros hemos visto la peor cara de nuestro padre, lo lejos que puede llegar por la famiglia. Tenemos razones de sobra para temerle.*

—Es tu protegida, Lucian. Entendido —dice al fin—. No quieres que la mafia albanesa nos declare la guerra, solo enviar un mensaje. Lo respeto.

—Es lo último que necesitamos.

—Ya, te oí decirlo cuando me presentaste tu… «plan» —no es ningún secreto que él está más que dispuesto a declararles la guerra a los albaneses.

De hecho, se muere de ganas.

Alesso le pregunta por su salud y yo aprovecho la distracción para mirar a Elira, que está más encogida que nunca. Está mucho más guapa llevándome la contra y roja de rabia que así. Aunque para ella es difícil no estarlo.

—¿Qué opinas de que mi hijo golpeara al hombre que te hizo esas heridas? —pregunta mi padre cuando creía que ya habíamos terminado.

Mierda. No. Joder, eso no. ¿Elira sabe que Ernestto es la mano derecha de mi padre? ¿He llegado a decírselo?

—*S*olucionar la violencia con más violencia no sirve de nada. Es como intentar apagar un fuego con otro. Hace falta agua —dice y desvía la mirada hacia mí—, *diálogo*. No comportarse como animales.

Mi padre se carcajea y nos despacha satisfecho, aunque lo conozco lo bastante bien como para saber que no le gusta que esté aquí, ni mi plan, ni nada que no sea una *vendetta* sangrienta y desmedida.

Por el bien de todos, espero que Osman Bardhi cumpla con su parte.

—¿Qué tal? —pregunta Alesso cuando llegamos al piso inferior.

—No ha ido mal. —Dejo a Elira en el suelo tras bajar todas las escaleras.

—¿Has estado en la misma sala que yo?

—No está muerta, ¿no? Con eso me basta. ¿Puedes llevarla a su dormitorio y asegurarte de que se queda allí?

—Claro.

—Eh, creía que lo de encerrarme como Rapunzel ya había acabado —retrocede un paso, como si estuviera dispuesta a echar a correr— Además, tenéis que cumplir lo prometido. Quiero hablar con mi padre Ahora.

El odio sigue pugnando en sus ojos. No se da cuenta que si hubiera soltado algún comentario fuera de tono y mi padre se hubiera sobrepasado con ella, habría tenido que intervenir y el Don habría acabado con mi vida. *No tiene ni puta idea de hasta dónde estoy dispuesta a llegar por protegerla*.

—Voy a buscar a Saverio para que te vigile mientras hablas con tu padre y no quiero perder el tiempo buscándote por todas partes, así que espera en tu habitación. —Dejo espacio entre las últimas cuatro palabras para más énfasis.

Aprieta los labios y lava candente resbala por mi columna vertebral al imaginar la de comentarios que estará pensando. ¿Qué me está haciendo esta nerd rebelde y loca? *¿Y por qué me intriga tanto?*

Me largo antes de tener dar con la respuesta.

19



Elira Bardhi

—Tu hermano y tú no os parecéis en nada. Imagino que él sale a tu padre —digo por lo bajini sentándome en mi cama.

—Lucian no se parece a él —sacude la cabeza y mete los dedos en esa mata oscura de pelo que tiene—. Es igual que mamá.

—¿De veras? ¿En qué sentido?

—Tiene un código de honor muy estricto y lo cumple a rajatabla. Cueste lo que cueste nunca rompe una promesa. Estaría dispuesto a morir por su palabra.

Creo que los iones de Lucian se me han quedado encima.

Me quemo.

—¿Y tú no?

—Yo no soy tan fuerte —dice agachando la cabeza.

No me parece una persona débil ni por asomo, pero no se lo digo.

—Tal vez no conozcas tan bien a tu hermano porque está claro que miente y su palabra no vale tanto. Es la verdad, estoy segura de que ha mentido en cuanto a mi padre —digo, cada vez más segura de que la grabación era falsa.

Sus ojos se abren con horror y sacude la cabeza.

—Por tu bien, espero que sepas comportarte delante de los hombres de Lucian. Ninguno permitiría que lo cuestionaras sin sacar un arma y apuntarte con ella a la cara.

—¿Y contigo sí puedo ser sincera?

—Yo no voy a pegarte un tiro porque lo desprecies, Elira. Teniendo en cuenta que te ha secuestrado, no sería justo. Pero le quiero y no solo porque sea mi hermano —dice con una obvia desvalorización al lazo de sangre—. Sería capaz de ganarse el respeto del mismísimo Lucifer si se lo propusiera.

Claro, porque tienen un montón de cosas en común.

—Aun así, estoy segura de que miente. Todos lo hacemos. Yo sin ir más lejos, he mentido a tu padre. La realidad es que, a pesar de que fue aterrador ver a alguien tan fuera de sí, me sentí bien cuando tu hermano pegó a Ernestto. Superman también zurra a los malos.

Se carcajea y es de lo más agradable. Unas arruguitas aparecen en las comisuras de sus ojos y me pregunto si a Lucian también le saldrán cuando sonríe con tanto cariño. *Nunca lo sabremos.*

—No se lo digas a él o su ego crecerá más alto que la mansión.

—No lo haré.

—Tarde —Lucian entra en mi celda con una sonrisa arrogante y una ola de vergüenza me acalora de pies a cabeza—. Saverio te espera en la sala. Vamos, te llevo.

Dice esto y estoy convencida de que se marchará dejándome a solas con Saverio. Pero no es lo que pasa, cuando entro en la sala con un teléfono antiguo, de los que tienen cable, él me sigue.

—¿Qué vas a…? ¿No vas a dejarme llamar?

—Yo nunca rompo mi palabra —dice mirándome por encima de hombro. Luego una chispa de maldad irradia en su iris—. Solo quiero

oírte decir «tenía razón, señor Di Trevi» cuando termines de hablar con tu padre.

Ocupo el sofá bajo su atenta mirada y dudo si este revoltijo estomacal debería preocuparme. *Vaya día llevo. Qué estrés*. Al menos Saverio ha tenido la decencia de darme espacio y esperar junto a la pared.

Marco el número de casa y mi padre descuelga enseguida.

—¡¿Papá?! —hablo al manos libres esperando oír su voz.

—Elira, mi tesoro, ¡mi niña! Hija mía, ¿estás herida? ¿Has escapado?

—Estoy bien, sigo… —recuerdo la lista de cosas que Alesso me ha dicho que no podía mencionar en la llamada si no quería que la cortaran de inmediato—. Retenida. Pero estoy bien. Me han dado de comer y me dejan leer un poco.

—Voy a sacarte de allí, tesoro, no lo dudes ni por un segundo. Pero necesito que entiendas una cosa, estás con personas muy peligrosas y necesito que seas dócil como Kathana.

—Lo soy, papá —miento para que se quede tranquilo y Lucian suelta una risita que me da ganas de tirarle el teléfono a la cabeza—. ¿Cómo está Kath? ¿Ha salido del hospital?

—Sí, la he traído a casa porque sus padres siguen en Bali. No les hemos llamado para no preocuparlos.

Los padres de Kathana nunca se han ocupado de ella. Fijo que ni pestañearían de enterarse de lo que le ha pasado. Ese tema siempre me ha cabreado horrores y las lágrimas de odio se me acumulan en la garganta.

La vorágine de emociones debe reflejarse en mi cara porque Lucian da un toque en la mesa con el índice y mueve la barbilla en plan «¿qué pasa?». Sacudo la cabeza y me centro en el motivo de la llamada.

—Papá, dicen que todo esto tiene que ver con el tío Osman. Pero nosotros no tenemos trato con él desde hace muchos años. ¿Puedes hacerles entender que somos inocentes y que nunca…?

—Hija.

Su voz suena con eco en mi cabeza.

—¿Papá?

—Hija, mis negocios en Estados Unidos no fueron tan exitosos como esperaba. Necesitaba el dinero y… hace unos años contacté con mi hermano. Hicimos las paces y desde entonces…

—No —le corto—. No puedes hablar en serio. Tiene que ser una puta broma.

—Elira —dice sobresaltado por mi lenguaje.

—¡Tu puta droga acabó con mama! ¡Tú la mataste, ¿y ahora sigues vendiéndola?! ¡¿Cómo has podido?! ¡Me lo habías prometido! ¡Te odio!

Mi padre intenta excusarse y eso lo hace todo todavía peor. Me lanzo contra el teléfono, pero Saverio me frena, me levanta de la silla mientras forcejeo.

—Llévatela de aquí —ordena Lucian quitando el manos libres y llevándose el teléfono al oído.

—¡Esto es culpa tuya, de tus negocios! ¡Me han secuestrado por tu culpa y si me matan mi sangre manchará tus manos! —le grito sollozando, esperando que lo oiga—. ¡Vas a acabar conmigo igual que hiciste con mamá!

Solo cruzo una mirada, una sola, con Lucian antes de que Saverio me saque de allí. Lo que veo en los ojos del mafioso no puede ser lástima.



OBJ



OBJ



OBJ

20



OBJ

Lucian Di Trevi

—Escúchame, escoria —tengo muy poco aguante con los mentirosos —. ¿Quieres volver a ver a tu hija con vida?

—Si le tocáis un pelo empezará una guerra, ¡mi hija no ha hecho nada!

—Es cierto, pero tu hermano sí. Y si creía que atentar contra mi padre no le saldría muy caro, es que ha estado consumiendo buena parte de la droga que vende. Fue él quien tiró la primera piedra atacando a al Don de la *Cosa Nostra*.

—¡No es cierto! Osman nunca empezaría una guerra que no puede ganar. La mafia albanesa ya no es lo que era.

—¿Intentas darme pena? —bufo—. Resulta que sí, todavía puedes ser más patético.

—¡Escúchame!

—No, escúchame tú porque no lo repetiré otra vez. Tenéis tres semanas para enviarnos la recompensa monetaria y para que Osman ceda el trono a un lacayo de tercera. De lo contrario, la ira de la mafia siciliana caerá sobre vosotros. —Cuelgo el teléfono y al cerrar los ojos veo los de Elira, rojos de pena, rabia y traición.

Como soy un cabrón, esperaba sentirme bien al demostrarle que tenía razón, pero no es así para nada.

Camino hasta la *distruzione* para desahogarme. Al salir me topo con Angelica, ni idea de qué hace en mi casa.

—¿Y este corte? —pregunta acariciándome el pómulo donde uno de los cristales me ha abierto una pequeña brecha en la mejilla.

—No es nada.

—¿Quieres que te lo cure?

—No, quiero estar solo. No estoy de humor. —Le quito la mano mano de mi mejilla y ella la lleva a mi entrepierna.

—Yo puedo mejorártelo mucho.

No siento el más mínimo deseo de dejarla seguir.

En su lugar oigo a Elira con sus insolencias y ocurrencias. Con su «Lucifer» y su «eres un malhablado, blablabla *inserte frases químicas que no entiendo*». Y para rematar, la recuerdo con mi camisa. *No tenía ni idea de que esa mujer pudiera ponerme así de cachondo.*

—Ya sabía yo que no podrías resistirte —ronronea Angelica, que ha entendido lo que ha querido de mi monólogo mental.

Doy un paso atrás.

—No me hagas repetirme.

—Vale. —Alza las manos en son de paz—. ¿Me cuentas qué ha pasado con la de Albania?

Siento el deseo de ponerme tiquismiquis y decirle que hace años que Elira vive en Estados Unidos. *Que alguien me dé ya una paliza.*

—Ahora no, estoy ocupado.

—¿Esta noche?

—Iré a verte el día que tenga tiempo —le digo y solo me refiero para hablar de lo que está pasando con Osman, Bernard y su hija, pero es evidente que cree que es para desnudarla.

Se marcha antes de que pueda aclararle que... Joder, no quiero volver a acostarme con ella. *¿Por qué? No lo sé. Hasta hace un par de días no era una mala idea.*

Camino hasta la habitación de Elira junto a mi despacho y la oigo sollozar desde fuera. Me siento como el culo. Justo cuando voy a coger el pomo, a chocar los nudillos para alertarla de que voy a entrar, me doy cuenta de que mi intención es consolarla.

A ella, la mujer que he secuestrado. La mujer que está emparentada con el puto Osman Bardhi.

¿Qué cojones me pasa?

Tal vez lo que necesito precisamente es acostarme con Angelica y volver a mis cabales. Me encierro en mi despacho, solo, para aclararme las ideas.

21



OBJ

Elira Bardhi

Conozco a Angelica esa noche.

Parece amable incluso cuando yo estoy histérica y encima tiene e detalle de traerme un bol de deliciosa pasta italiana con un mar d especias que deleitan mi paladar y lo matan a orgasmos gustativos. N me la merezco. Nada más empezar a cenar me siento mejor, má tranquila. Y de hecho, creo que me duermo antes de pode terminármela.

¿Cuánto duermo? De eso no estoy segura…

Alguien irrumpe en mi habitación sin permiso, se carga la perfect oscuridad y mi racha somnolienta que me ha secado las lágrimas

Detecto el carísimo olor a perfume masculino de lujo e incluso reconozco los andares de Terminator-italiano que caracterizan a Lucifer.

—Ya basta —murmura entre otras palabrejas similares, en su tono de gruñido habitual mientras abre las cortinas.

Una preciosa puesta de sol decora el cielo siciliano con cariño.

—Vete.

—Esto no es un hotel, ¿sabes?

—Sueeerte la tuya, de seeerlo solo teeendrías reeeseñas de una eeestrella —digo con dificultad de mover la lengua para hablar.

Exhala y se sienta a mi lado en la cama. Me pesa demasiado el cuerpo como para darle un empujón que lo tire al suelo.

—Tienes que salir de la cama.

—¿Por qué? Aaacabo de aaacostarme —bostezo.

—Elira has dormido día y medio.

—Pues tengo más sueñño. Aquí soy la rrrehén perfecta. No molesto y encima no tengo que verte la cara, Lucifer. Dos por uno.

Estoy convencida de que va a darme un bofetón cuando acerca la mano a mi mejilla, pero solo me aparta el pelo de la cara.

—Necesitas ropa.

—Desnuda estoy a gusto —su cuerpo se tensa y yo me doy un metafórico bofetón porque es imposible que yo haya dicho eso.

—Tienes que venir conmigo.

—¿Por qué no vienes tú conmigo? —tiro de su brazo y la mitad superior de su cuerpo se frota contra el mío a través de las sábanas.

No sé en qué momento se me han puesto los pezones duros, pero ahora lo están un montón.

—¿A qué estás jugando? —ladra por lo bajo de un modo amenazante que me excita.

—Seguro que follas muy bien. Seguro que duras un montón y sabes hacer que una mujer se corra hasta perder el sentido. Imagino que va de la mano con lo de ser un delincuente.

—*¿Qué?*

—Que haces que todas las mujeres giman así: *ah-ahhh. Ahhhh ¡Lucian!* —arqueo la espalda—, más rápido. Más, por favor. Maldita sea, ¡qué bien lo haces!

—Para —grazna y me aplasta los brazos contra el colchón lo cua también me excita.

—Ewan no es un criminal, así que su forma de follarme es bastant mediocre —hago una mueca triste arqueando la espalda hasta que mi pechos vuelven a rozarse contra él—. Creo que es posible que fantase contigo en nuestra luna de miel, cuando lo tenga entre mis piernas Aunque quizá allí también trabaje y no tenga tiempo para el sexo. —M dejo caer contra el colchón—. Ufff, qué deprimente todo.

—Elira, ¿qué te pasa? Mírame, mírame a los ojos. ¿Me oye siquiera?

—Tengo una pregunta, si Alesso, tú y yo hiciéramos un trío de sex salvaje, ¿contaría como tal? Porque genéticamente hablando, Alesso y tú sois la misma persona.

Enciende la luz de la mesita como si el atardecer no me hubier freído ya bastante las córneas.

Estoy un poco aturdida, pero soy capaz de ver que se queda pálido.

—¿Qué has hecho?

—Dormir, ¿no es evidente? Anda vete antes de que diga algun sandez. Qué guapo eres y cuanto te odio. *¿Has oído, clítoris?* Est hombre hace que nos hierva más la sangre de lo que lo hace el ácid sulfúrico en su punto de ebullición y eso es decir mucho, pero e definitiva, ¡le odiamos hasta la muerte!

Lucian maldice en italiano y por algún motivo, le hago el coro a su palabrotas.

Estoy irreconocible.

Me coge las mejillas con una posesividad con la que me gustaría qu conquistara mi clítoris. Ufff, esto de reconocerse la pura verdad a un misma sienta muy bien.

—¿Qué cenaste anoche?

Se lo señalo y huele el plato, todavía queda mucho. No tenía un gra apetito. ¿O sí? No me acuerdo.

—Si chupas la cuchara voy a escandalizarme —admito recostándom —. Aunque creo que también me pondría más cachonda.

Las venas del cuello se le marcan por la tensión, *qué sexy es po dios*.

El cretino se marcha y no solo no me dice a dónde, sino que encima lo hace sin apagar la luz. *Cretino se nace. Per favore. Ci sarà vendetta.*

Antes de que me quede frita, vuelve con Alesso y pese a que el D Trevi de pelo oscuro se pone a mi lado en la cama y me coge las manos no sé qué dice. Estoy ocupada mirando a Lucian, entornando los ojos hasta que solo son dos lunas.

—Te has pensado lo del trío, ¿eh, pillín? —me muerdo el labio inferior. Aparto la sábana y me quedo desnuda ante ambos—. Bien empecemos.

—Así que no has exagerado —dice Alesso, a quien se le va curvando la sonrisa mientras me repasa.

Su hermano le da un fuerte codazo en el estómago y lo obliga a darse la vuelta. Luego me tapa con las sábanas, pero vuelvo a apartarlas.

—Mírame.

—No.

—Mírame el cuerpo, Lucian —insisto arqueando la espalda manteniéndole la mirada lujuriosa al cruel demonio.

Exhala, maldice y tensa la mandíbula.

—Tú no quieres que te mire, Elira.

—Yo puedo mirarte, Elira —propone Alesso levantando la mano, aún de cara a la pared.

Lucian está muy ocupado maldiciendo a su hermano y amenazándole de muerte, baja la guardia y yo lo aprovecho. Cojo una de sus inmensas manos y la llevo hasta mi pecho.

Creía que la naturaleza había sido medianamente generosa conmigo pero comparado con su mano gigante, ya no estoy tan segura.

Gimo como antes, pero esta vez no es fingido, es debido a lo que el calor de su palma le hace a mi pezón erecto.

—*Joder* —me acaricia con el pulgar justo donde quiero y creo que voy a correrme si me da unos segundos.

Por desgracia, no me los da.

Lucian aparta la mano de golpe como si le hubiera dado asco y vuelve a taparme. De repente me siento fría, con ganas de llorar.

—Tengo que sacarla de aquí —le dice a Alesso—. Averigua quién narices le dio la cena ayer.

—Fue Angelica. ¡Y la prefiero a cualquiera de vosotros dos! Es guapísima y mucho más simpática.

—Auch —dice Alesso llevándose la mano al pecho. Su mirada divertida se vuelve gélida al mirar a su hermano—. Entonces habrá sido alguien de la cocina. Preguntaré quién preparó su cena y me ocuparé del responsable.

—Dile a Aldo que averigüe dónde estaba Ernestto anoche.

—Bien pensado. Por el momento lo mejor es que no cene aquí.

—No, pero tú tampoco. Traeremos comida para el Don, para Aldo y para ti —sentencia Lucian, me dice que tengo dos minutos para vestirme con lo que sea y me veo tentada en aparecer con la sábana enrollada al cuerpo.

Por desgracia, su rechazo me ha dolido bastante y ahora ya no quiero bromear. Estoy mareada, pero me enfundo en su camisa y sus pantalones, intentando imitar el lazo que hizo Alesso con el cinturón.

Al parecer, vamos a cenar fuera. Sonrío. Igual allí consigo que me folle.

22



OBJ

Lucian Di Trevi

Podría ahogarme en su risa, intoxicarme a voluntad con su forma de pronunciar mi nombre. Pero eso me convertiría en algo que no soy.

Tengo principios.

Aunque en noches como hoy, necesite recordármelo cada medio minuto.

—¿No eres un poco joven para hacer de el-tío-viejo-y-rico-de-Pretty Woman? —pregunta mareando el caviar a mi lado, en la mesa con forma de media luna, la mejor de todo el lugar.

Estamos en el restaurante más caro de Italia y aquí la gente no habla tan alto como Elira, pero no puedo controlarla. Hoy menos que nunca. Me ha quedado claro cuando ha estado a punto de salir desnuda de la tienda en la que me he dejado un pastizal para que no le falte de nada

Le he comprado hasta trajes de baño por si se anima a nadar en alguna de nuestras piscinas. *Sí, por supuesto que son todos de una pieza y los más recatados que he encontrado. Conozco a los hombres con los que convivo y no quiero tener que matarlos.*

—Tengo treinta y nueve. Dudo que sea «un poco joven» para nada.

—Es imposible que tú tengas treinta y nueve.

—¿Por qué?

—Porque eres espantosamente sexy. Es hasta molesto. Oye, tienes las pupilas muy dilatadas. ¿Estás malito?

Me estás poniendo malísimo, sí.

—¿Cual es tu comida favorita? —le pregunto, desviando el tema de mis ojos.

—Pato a la naranja.

—Pobres patos.

—Eh, no sabes si me como los comatosos, los que están al borde de la muerte. Los que dicen «eh, ya he vivido suficiente, ¿es que no hay nadie que quiera comerme?».

Esta mujer del demonio va a acabar conmigo.

Carraspeo. Recibo un mensaje de Angelica, asegurándome que ella no vio nada raro en el plato y pidiéndome permiso para meter a Saverio en el tema. Le doy carta blanca porque me fío ciegamente de Alesso igual que él lo hace de su mejor amigo.

—Si no te gusta el caviar puedo pedir cualquier otra cosa.

—Lo que yo quiero —se inclina hacia mí y sus delicados dedos alcanzan mi bragueta—, no está en la carta.

Nunca me aprovecharía de una mujer drogada, no soy ese tipo de escoria, así que vuelvo a apartarle la mano de mi entrepierna por enésima vez esta tarde.

Mis hombres, escondidos en distintos rincones del lugar, deben estar descojonándose a mi costa. *No puedo permitir que me deje en evidencia.*

—Para.

—Protesto señoría —le da un tirón a mi polla dura.

—Basta —digo frenándola, una vez más reviviendo el gemido que soltó cuando me traicioné a mí mismo y le acaricié el pezón.

Quería metérmelo en la boca, abrirle las piernas y devorarla. Pero no lo hice, es lo que cuenta. *Esta noche voy a tener que masturbarme hasta que me duela el puto brazo.*

—Tienes razón, no es no, también para los chicos. Pero… ¿No te parezco atractiva? —pregunta con una neblina triste turbando sus bonitos ojos castaños, apartándose de mí esta vez de verdad.

Masco mis ganas de contestarle que cualquier hombre haría lo que fuera por meterse entre sus piernas, ya fuera con la boca, con los dedos o con la polla.

Tengo más autocontrol que dinero y eso que soy jodidamente rico. Aun así, si sigo oliendo lo bien que huele su piel y escuchando las guarradas que suelta por la boca, voy a acabar corriéndome en los pantalones. Aquí, en mitad del restaurante.

Dios cuanto envidio a su prometido. Él la ha visto estallar en pleno orgasmo.

Me encantaría tener una razón de peso para exigir que ese derecho fuera solo mío.

—Te han drogado, Elira.

—¿Ves? Tenía razón.

—¿Qué quieres decir?

—Que ya le dije a Alesso que tú también mentías. Como todos, es normal.

Le cojo la mejilla y le giro el rostro para que me mire.

—No te miento. Voy a llegar al fondo de este asunto. Juré protegerte y te he fallado. No volverá a pasar.

—No volverá a pasar —se le llenan los ojos de lágrimas—. Eso me dijo mi padre cuando nos mudamos a EEUU. Todos sois iguales, una panda de mentirosos.

—Yo no lo soy.

—No me… no me encuentro muy bien —dice llevándose la mano a la frente.

—Te estás quedando pálida. —Lo que mi médico de confianza me ha recomendado darle ya está surgiendo efecto.

La llevo al baño antes de que sea tarde y le aparto el pelo de la cara para que no se lo manche. Acabo llevándomela de allí en brazos.

Aparto la mirada de su rostro contraído, pegado a mi pecho, porque si no... joder, si no esta noche todo mi personal de cocina perderá la cabeza y pagarán justos por pecadores.

23



OBJ

Lucian Di Trevi

Pasan de las doce y mi hermano y yo todavía estamos en pie. Alesso le contó lo sucedido al Don poco después de que me llevara a Elira Acaba de convocar a todo el personal de cocina.

—¿Qué dicen las cámaras? —pregunto en voz baja, inclinándome hacia Alesso.

—Que Idhela Madrussco fue la que le preparó la cena a Elira. Es la única que toca el plato hasta que Angelica aparece y se lo lleva.

—¿Nadie interceptó a Angelica?

—No. En las grabaciones del pasillo y las escaleras en las que aparece, va directamente a verla.

Solo ellas dos tocaron su plato y teniendo en cuenta lo que está a punto de pasar, es evidente de quién desconfía nuestro padre. *Joder*

normal. A sus treinta y cinco, Angelica lleva toda la vida con nosotros
Su padre era muy buen amigo de Zac Di Trevi. Mi padre la quiere como
una hija.

Quiero odiar a Idhela por traicionarnos, pero cuando la miro, m
instinto me dice que algo no va bien. Es un susurro casi inaudible, pero
ahí está. Espero a que mi padre termine de reprenderle con su sentido
discurso sobre el honor.

—¿Tienes algo que decir en tu defensa? —pregunto dándole la
oportunidad, a la espera de que mi padre no se ofenda, dispuesto a
aceptar las consecuencias si lo hace.

—No —sacude la cabeza—. Sí fui yo. Lo siento.

Alesso se larga enfurecido.

Yo me quedo a ver cómo mi padre saca el arma y acaba con la vida
de la traidora.

24



OBJ

Elira Bardhi

Recuerdo a Angelica, pero no recuerdo mucho de lo que pasó después de cenar lo que me trajo. Me drogaron. Me juré que jamás caería en las garras de lo que se llevó a mi madre ¡y alguien me ha arrebatado la opción de decidir! Es asqueroso.

Mi cuerpo ha ido por libre durante más de veinticuatro horas, sin mi consentimiento y yo... Tengo más lagunas que otra cosa.

«—¿Qué ha sido ese ruido? —preguntó. Él me dice que un disparo y ya sé quién lo ha recibido—. ¿Han matado a la cocinera?

—Era necesario —La silueta de Lucian se desdibuja en la habitación a oscuras.

—No es que esté a favor de que me droguen —digo llorosa—. Podría vomitar otra vez solo con oírte decirlo y esta noche ya me encuentro bastante mal. Pero no intentó matarme, Lucian, solo atontarme. Igual quería que me desnudara para ti. Igual solo quería hacerte un favor ¿Sabes? Pfff, no sueno convincente ni a mis oídos.

Me agarra la barbilla y me levanta la cabeza.

—Sí, quería matarte. No te terminaste la cena y eso te salvó. Elira Bardhi, nadie que decida ir en tu contra vivirá para ver el siguiente amanecer.

—¿Por qué? Ni siquiera te caigo bien.

—Puede que tú me odies a mí y que no te falten razones, pero no son recíprocas.

—Lucian… estoy muy cansada.

—Es normal. Sé una buena chica y duérmete. Yo estaré aquí hasta que lo hagas».

Necesito saber qué pasó entre nosotros. La última vez que vi a Lucian (la última que recuerdo estando en mis cabales) fue mientras hablaba con mi padre y me rompía el corazón en pedazos.

¿Y ahora de repente me viene con…? *ASDFGHJKL, ¡¡¡a otra con esas!!!* Es demasiado difícil de creer. Así que, ¡¿qué demonios pasó mientras estuve fuera de servicio?

Me levanto de la cama. Ha amanecido y me arde la garganta, pero ya no me encuentro mal. Me tropiezo con un montón de bolsas de ropa de mi talla y mi nivel de alucinación sube hasta la estratosfera. Decido ponerme una camisola rosa fucsia y unos shorts tejanos cualquiera. Alguien llama a mi puerta antes de que pueda salir escopeteada.

—Aldo —digo sorprendida.

Da un paso al frente y me rodea entre sus brazos en un gesto de cariño.

—Siento mucho lo que te ha pasado. —Se aparta enseguida, rojo y cabizbajo—. Perdona, no quería incomodarte.

—No lo has hecho, tranqui. Ehhh —le levanto la barbilla y le dedico una sonrisa amigable—. No te he preguntado, pero tengo curiosidad ¿es acento albanés lo que adorna tu italiano?

Su rostro se desencaja como si le hubiera insultado, luego se transforma en vergüenza y se mancha de culpa.

Vaya. Acabo de meter la pata. Aldo asiente y cambia de tema.

—¿Cómo te encuentras?

—Como si un tornado hubiera pasado por mi estómago. No quiero oír hablar de pasta italiana nunca más.

—Lo entiendo. Viniste más cerca del mundo de los muertos que de los vivos. Nos asustamos —se apoya en el marco de la puerta como si le diera corte autoinvitarse a pasar.

Para ser parte de la mafia, este chaval es adorable.

En mi mundo, antes del secuestro, todo se dividía entre blanco o negro, bueno o malo, luz o oscuridad. Pero tendré que crear un color especial para Aldo y otro para Alesso. *Es evidente que no encajan en ninguno de los dos que tengo.*

—¿Nos vimos?

—Ayudé al jefe a airear la habitación y a mover las compras de la zona de… peligro. Pero no dejó que nadie más entrara en el baño.

—Espera, ¿él…? ¿*Lucian* me cuidó?

«Sí» vocaliza de forma exagerada sin emitir sonido.

—No puedo contestar a eso, señorita —responde bien alto señalando con el índice hacia el techo del pasillo donde hay una cámara.

Esta conversación está siendo grabada.

Más preguntas. Más, más ¡y más preguntas!

25



OBJ

Lucian Di Trevi

—Me siento fatal, es solo eso —Angelica remueve su café que ya debe estar frío.

—No tienes ningún motivo, nada de lo ocurrido ha sido culpa tuya –digo, intentando que no se me note el aburrimiento, porque llevamos veinte minutos dándole vueltas a lo mismo.

—A otra con esas, Luci, yo le llevé la bandeja con la cena a Elira. S no hubiera elegido esa noche para presentarme…

—Habría tenido que matar a las dos personas implicadas porque de ti no desconfiaría nunca, pero mis empleados no tienen esa misma suerte —*es mentira*.

Desconfío de cualquiera que no sea Alesso. Por él pondría la mano en el fuego en cualquier momento.

Pero lo considero una mentira piadosa porque Angelica lo está pasando mal.

Alguien llama a la puerta justo después de que le ofrezca pañuelos a la de las lágrimas de cocodrilo.

—Adelante.

—¿Lucif…? -cian, *Lucian*. Hola, ¿podemos hablar? —Elira se corrige sola y apenas puedo contener la sonrisa.

Esta sí es ella.

Miro a Angelica, pero ya no está subida en mi mesa. Se acerca a Elira como un torbellino y la abraza. No es habitual que tenga gestos de afecto con personas que no conoce en profundidad. Debe haberse asustado de verdad.

—Me disculpo por lo ocurrido, no sabía nada. Apenas te conozco pero Aldo te tiene mucho cariño. Todos nos llevamos un buen susto. No vayamos a empezar una guerra con la mafia albanesa por accidente ¿eh? —ríe nerviosa.

Carraspeo.

—Angelica, ¿puedes ir a ver a mi padre? ¿Asegurarte de que ha desayunado? —*y dejarme a solas con Elira*.

—Con mucho gusto —se acerca a mí, me besa la mejilla, cosa que tampoco hace nunca.

Está rarísima, pero como de costumbre, no intento entender por qué hace las cosas Angelica. No me interesa porque sus tejemanejes siempre se reducen a ser el centro de atención en la próxima fiesta de gente peligrosa, rica e influyente.

Me tomo un momento para inhalar la imagen de la princesa albanesa frente a mí. Estoy tan absorto en ella que ni siquiera me percato en la chispa de celos que brilla en el iris de Angelica. Elira tiene buen aspecto, saludable incluso. Es todo lo que me importa.

26



OBJ

Elira Bardhi

Me importa medio pimiento albanés con quién se acueste Lucifer, yo solo he venido aquí a por respuestas.

Soy una niña mimada, lo he sido siempre, porque hasta que me secuestraron siempre me había salido con la mía. Pero, y es un gran «pero», soy capaz de reconocer que no siempre soy la mejor en todo.

Por ejemplo, en cuanto a genética, Angelica me da mil patadas. Lo digo en serio, parece un ángel de piernas infinitas y curvas sutiles, pero bien puestas. Fijo que ni le sale celulitis. ¿Y todas esas pestañas? *Venga ya, el universo debería repartirlas de un modo más equitativo, jopé.* Y *de mi celulitis mejor no hablo porque vaya que si tengo.*

Me hago un poco pequeña cuando se va y después cuando su aura glamurosa y chic sigue flotando en el ambiente.

Entonces desvío la vista hacia Lucian.

Alivio no hace justicia a cómo me mira. Paso a medir tres metros de altura. Todavía debo estar delirando porque me mira como si fuera todo su mundo. Camino hasta el sillón frente a la mesa de madera oscura de Lucian y me dejo caer como si no me temblaran las piernas.

—¿Cómo te encuentras?

—Estoy bien.

—¿Segura? Puedo volver a llamar al médico.

—No hace falta, pero…

—¿Qué? —pregunta en un «pídeme lo que necesites y lo tendrás» que me deja temblando.

—Tengo preguntas. Sé que me drogaron antes de ayer, que me pasé el día durmiendo, que por la noche salí a cenar y que cuando volví estaba malísima.

—Es un buen resumen, sí. También fuimos de compras. Te probaste cantidad de cosas, si no recuerdo mal, diría que ese conjunto te «resaltaba los pómulos» —dice burlón y paciente a partes iguales reclinándose en su silla.

Sigue. Mirándome. Con. Alivio.

—¿Podrías rellenar los huecos?

—¿A qué te refieres?

—No lo sé, ¿quién se dio cuenta de que me habían drogado?

—Yo.

—¿Y cómo lo supiste?

Endurece la mandíbula. Desvía la mirada y sacude la cabeza.

—¿No me lo vas a decir? —insisto.

—¿Importa?

—A mí sí, mucho.

—Actuabas de forma impropia.

—Me conoces desde hace dos minutos, ¿cómo vas a saber tú…?

—Te quedaste desnuda en la cama y me pediste que te…

¿Besara? ¿Tocara? Dios mío. ¿Follara?

—¿Qué? ¿Qué te pedí? ¡Termina la frase! —pido entrando en Horror-ville, capital: infarto.

—Que te mirara.

—Ay, mi madre.

—También me cogiste una mano y la llevaste hasta tu pecho. Y perd la cuenta de las veces que me metiste mano o me dijiste que te follar como Ewan no había hecho nunca.

—Vale, *stop*. Cállate. Basta. Suficiente —suplico tapándome lo oídos.

El cretino tiene la indecencia de carcajearse.

—Definitivamente vuelves a ser tú.

—¿No...? —dejo la frase a medias, demasiado asustada como par seguir.

—¿Ahora quién no termina las frases?

—No hicimos nada, ¿verdad? No follamos.

Su mirada se vuelve felina, asesina. Su postura, tensa. El ambiente gélido.

—¿De verdad acabas de preguntarme si abusé de una mujer droga que no tenía voz ni voto? *No* —dice tajante—. No lo hice. Y ya puede largarte de mi despacho.

Este sí es el Lucian que conozco.

—¿Por qué cuidaste de mí al volver del restaurante? Aldo dice qu no dejaste que nadie más lo hiciera.

Tiene cara de «Aldo tiene que aprender una lección y yo se la voy dar con este bate de beisbol de metal» y me siento fatal, porque n quiero que le pase nada al que salvó la vida de Kath.

—No tiene importancia.

—La tiene y quiero saberlo. Y además, lo recuerdo. Estar a sola contigo, me refiero. No vas a contarme nada que no sepa —*es mentir cochina, pero eh, yo puedo mentir no soy de la mafia, ¡y mi código d honor va por otros derroteros!*

—Quería asegurarme de que estabas bien.

—¿Porque me diste tu palabra de protegerme?

—Sí. Me disculpo por lo que ha pasado. No se volverá a repetir. Y nos hemos encargado de la cocinera que lo hizo.

—Sí, recuerdo que me dijiste anoche que la matasteis.

—Las cosas funcionan así en este mundo. En cuanto a traición s refiere los Di Trevi no dan segundas oportunidades.

Es simpático y al segundo siguiente, aterrador.

Este hombre es impredecible.

—¿Y por qué quiso drogarme? ¿Con qué fin?

—Matarte, por supuesto. Quizá solo con la cena o después colándose en tu habitación. Lo cierto es que el día que te lo pasaste durmiendo fui a verte varias veces para asegurarme de que estabas ahí. Quizá entorpecí sus planes.

—¿De verdad viniste a verme?

—Por no hablar de que tu dormitorio está justo al lado de mi despacho —continúa, pasando de mi alucine—. Decir que era «arriesgado» sería quedarse corto de cojones.

—Pues si hubiera tenido que señalar quién creía que intentaría acabar con mi vida, primero hubiera dicho Ernestto y luego hubiera dicho tú.

—¿Así es como me pagas que haya sido tu niñera?

Me encojo de hombros. No es Alesso. Ni Aldo. No puedo ver a través de él. No puedo fiarme del todo de él.

—¿Qué te pasa?

—¿A qué te refieres?

—Has hecho un gesto de dolor. Ibas a agarrarte el brazo, pero te has frenado a medio camino. Dios mío, ¿te zurré? ¿Te hice daño de alguna forma?

—No fuiste tú, Elira —sonríe con arrogancia y picardía—. Todo lo que tú querías hacerme era muy dulce.

—Que curioso, ahora sí tengo ganas de hacerte daño —estrecho la mirada—. Confiesa, ¿qué te ha pasado?

—Intentaron apuñalarme en el restaurante.

—*¡¿Quéeee?!* ¿Quién?

—Vete, Elira, tengo trabajo.

Ni el menor caso le hago, ¡ni el menor!

Me acerco a Lucifer y me tomo la libertad de remangarle la camisa. El esparadrapo está empapado en sangre.

—¡Dios! ¡Pero si esto necesita puntos! ¿Por qué no te lo has curado?

—Primero estaba ocupado contigo procurando que no vomitaras ningún órgano vital y luego tuve que presenciar cómo el cerebro de la

veinteañera que hacía los mejores *tortellini* de toda Italia manchaban e suelo de la cocina. No he tenido mucho tiempo libre.

Le miro. Le estudio. Estrecho la mirada y le analizo.

—No se lo has contado a nadie.

—No sé de qué hablas.

—El ataque en el restaurante. No le has contado a nadie que t atacaron.

27



OBJ

Lucian Di Trevi

Esto puede ser un problema. Está muy cerca. Muy guapa. Muy preocupada. Y no podemos olvidarnos de que me pone oírla ser más lista que el puto hambre. Ni de que le he tocado un pecho. De que he *sentido* su pezón duro y erecto contra mis dedos.

—No te lo repetiré otra vez, vete.

—¿Ha sido mi tío? —pregunta y no hay que ser un lince para sospechar de los albanos teniendo en cuenta que he secuestrado a su princesa.

—La gente suele ser rencorosa cuando te llevas lo que es suyo sin permiso —digo, pero no es lo que pienso de verdad.

Esta mañana estoy paseándome en el filo de mis principios, pero no quiero asustarla.

El quid de la cuestión es que nadie vio a Ernestto ayer por la tarde He revisado las cámaras y no aparece por ninguna parte.

Llegó poco después de que lo hiciéramos nosotros del restaurante recuerdo cruzar un par de palabras con él en la entrada. Dijo haber ido a visitar a su madre en la residencia y por supuesto, no me lo creí. El problema es que Alesso lo ha comprobado y en el centro aseguran que estuvo allí. Aun así, no me sorprendería nada que Ernestto estuviera detrás del asalto, que quisiera vengarse de mí a través de Elira por la paliza que le di y, de paso, hacer realidad los sueños de mi padre de empezar la guerra con la mafia albanesa.

—Pero no sabes seguro si ha sido cosa de mi tío.

—Mis hombres acabaron con los atacantes en cuestión de segundos —chisto la lengua—. La pega es que a día de hoy, por mucho dinero que tengas, no puedes preguntar nada a los muertos.

—Lucifer, tú sabes algo más.

—Si vuelves a llamarme eso… —*le encanta jugar con fuego*.

—Estamos solos, quedó implícito que tenía más manga ancha para faltarte al respeto si no había nadie delante.

—De eso nada.

—De eso todo.

—¿Es que siempre tienes que salirte con la tuya?

—Sí. Además, te he preguntado si hay algo más.

—Lo más probable es que haya sido tu tío, fin de la historia.

—Pero no es lo que tú crees.

O mi cara de póker se ha roto de tanto usarla, o esta es la mujer más avispada que conozco. No le he contado nada y se está dando cuenta de todo.

—Nunca te confiaría secretos que podrían acabar con mi vida *fenice*. No he llegado hasta aquí siendo un ingenuo.

—Ya, pero…

—Lo creas o no, estoy intentando evitar una guerra de mafias y tu supervivencia es clave. Pero no te confundas. Solo eres una moneda de cambio.

—Tú si que sabes cómo hacer sentir especial a alguien —se levanta malhumorada y exhalo de alivio.

—Ah, y no comentes lo que acabo de contarte con nadie. No quiero que mi padre sepa que me atacaron. Considéralo mi primer voto de confianza en ti.

Se marcha poniendo los ojos en blanco.

Entonces oigo mi propia voz ayer, en el restaurante, cuando el cuchillo de veinte centímetros me cortó el brazo con el que sostenía a Elira y al dejarla caer, la perdí de vista durante un instante. Uno de mis hombres la cubrió con su propio cuerpo antes de que yo la sacara de allí.

«—Elira, ¿estás bien? Por favor, dime algo. Lo que sea. Llámame Lucifer, joder. ¡Elira». Desconozco por qué me angustié de esa manera.

Pero solo con recordarlo un órgano que no estaba ahí antes, late desenfrenado en mi pecho.

28



OBJ

Elira Bardhi

Después de discutir con Lucian no pensaba volver a verlo, perc encuentro una llave encima de mi almohada y una nota firmada por él.

Por tu cumpleaños, no te acostumbres
-Lucian.

Tardo siete minutos y medio en dejar de flipar porque haya sabidc que hoy es mi cumpleaños. ¡Con todo lo que ha pasado ni siquiera yo lc sabía!

—¿Qué haces? —me pregunta Aldo en mitad del pasillo, dándome un susto de muerte.

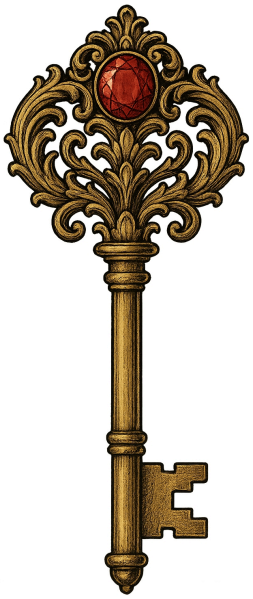
He intentado hablar con Lucian yéndolo a buscar a su despacho y luego a su dormitorio, pero no estaba en ninguno de los dos. Esta mansión es muy grande y yo muy impaciente así que decido probar y probar a ver qué puerta dichosa abre la maldita llave.

Me ha hecho un regalo por mi cumpleaños, pero lo más seguro es que sea uno horrible, ¡es Lucifer de quien estamos hablando! Un castigo, sí, ¡fijo que es eso!

—¿Elira?

—Esta llave, ¿te suena que puede abrir?

Aldo la coge. La mira de cerca. El oro viejo desgastado… el adorno barroco que tiene al final, con curvas que recogen una piedra preciosa del color de los rubíes… entonces se queda pálido.



—¿D-de dónde has cogido *esto*? —pregunta y cuando le enseño la nota, sus cejas suben hasta el techo—. Es la letra del jefe.

—¿Sí? Pues vaya, hubiera tenido mucho más sentido que fuera falsa ¿Qué crees que abre?

Aldo me coge de la mano y tira de mí.

—¿Vas a ayudarme? —pregunto mientras bajamos unas escaleras de caracol a toda prisa.

—¡Pues claro!

—¿Por qué? ¿Qué he hecho para caerte bien?

—Eres frágil, pero no estás rota. Eres rebelde, valiente, eres todo cuanto me gustaría haber sido. Eres la prueba de que no todo lo que golpean acaba destruido.

Se me llenan los ojos de lágrimas. Básicamente acaba de decirme que me admira y yo… no soy una persona admirable. En absoluto. Solo soy una niñata malcriada sin objetivos, una nerd mimada y fascinada con la química sin motivo, ¡y con demasiados tacones en el vestidor! Pero no se lo digo porque estoy a punto de llorar. Pongo morros, eso sí, pero él no los ve porque sigue tirando de mí.

Damos tantos giros que si decidiera dejarme aquí a mi suerte, no sabría volver a mi dormitorio. Entonces se detiene frente a una puerta doble elegante y bonita, y me pide que haga los honores. La curiosidad me puede así que lo hago sin parafernalias.

La mandíbula se me desencaja en cuanto abro las puertas.

Es una biblioteca.

Mejor y más grande que la que yo tengo en casa.

—A la madre de Lucian y Alesso le apasionaba la lectura —dice Aldo desde la puerta—. Lucian la ha mantenido cerrada desde que murió.

Aldo se marcha y me deja allí, acompañada de un montón de historias increíbles que quiero leer y más confusa de lo que he estado en mi vida.

29



OBJ

Lucian Di Trevi

Doblo la seguridad en la casa y pido a Alesso que no le quite la vista de encima a Elira. Necesito asegurarme que está sana y salva. Entro en su dormitorio y echo a la rubia que tiene tendida encima. Necesito hablar con él ahora.

—¿De verdad no vas a decirle a papá que te atacaron? —pregunta haciendo una mueca al ver la herida—. Los hombres que te defendieron podrían irse de la lengua.

—No creo, imagino que le tienen cariño y que no querrán que se la corte. Padre no puede saberlo, Alesso.

—Yo también he visto lo dedil que está. No se esperaba la traición de Idhela y el secuestro a Elira lo tiene nervioso.

—Entonces, ¿estás conmigo?

—Sí, de acuerdo. Lo haremos a tu manera. Oye, ¿de qué iba e mensaje que me has mandado de Angelica?

—¿Lo has borrado?

—Pues claro —resopla—. Siempre. ¿De verdad vamos a hacerlo?

—Padre es mayor, es un momento delicado para la *Cosa Nostra*. No se nos puede olvidar, Alesso. —*No se lo digo a menudo, pero espero que sepa que preferiría morir mil veces a verlo morir una a él.*

—Sicilia te pertenece, Lucian.

—Italia es nuestra.

—Lo es. Y se lo recordaremos a quien haga falta.



OBJ



OBJ



OBJ

30



OBJ

Elira Bardhi

«No puedes ir a la biblioteca cuando te plazca, fue un regalo de cumpleaños. Cuando termines los libros que sacaste de allí devuélvemelos», eso es lo que me ha soltado Lucian esta mañana cuando he ido a agradecerle el detallazo de ayer.

A una se le quitan las ganas de agradecerle nada.

Cretino. Eres una reacción mal equilibrada: inestable, peligroso y con consecuencias nefastas.

Salgo al jardín de atrás y decido distraerme leyendo el resto del día pero resulta que *alguien* ha pedido a Alesso que sea mi sombra. Porque *alguien* está preocupado de que me maten y se líe la de dios.

—Esto no es necesario.

—Me temo que sí, *signorina*.

—Y no hace falta que me hables en inglés.

—Lo siento, es que no sé albanés.

—Estoy cómoda con el italiano.

—Vamos, retoma tu lectura —dice ocupando el asiento de piedra frente a mí—, no te molestaré.

Bajo la mirada al libro y Alesso tamborilea los dedos distraídos. *Toc toc, toc*. Silencio. *Toc, toc, toc*. Alzo la vista y lo pillo en mitad de un bostezo. Aguanto un buen rato así, por lo menos dos minutos.

Supongo que puedo leer más tarde.

—Vamos.

—¿A dónde?

—Me ha parecido que tenéis alguna piscina, ¿no? —propongo y él salta del banco entusiasmado.

Subo al piso de arriba a cambiarme y me quedo a cuadros.

El bañador que me ha comprado Lucian es... *horrendo. Y lo tengo en tres colores que no gritan precisamente verano: azul oscuro, gris oscuro y negro*.

Decir que es recatado sería quedarse c-o-r-t-í-s-i-m-a.

El culo está tapado porque el bañador termina en un pantaloncito ajustado. Es de nadadora, así que el escote es nulo y por si fuera poco me aplasta los pechos haciéndome parecer una tabla de planchar. *¡Pero si no enseño ni un milímetro de piel fuera de mis extremidades!*

—Socorro, qué feo es esto.

Llora en niña consentida que siempre ha comprado lo que le gustaba.

Salgo y cómo no, Alesso se ríe de mí. Me enfurecería si no fuera porque estoy en trance. Mi cuerpo no tiene sentido. Veo el cuerpo fortalecido por años de ejercicios, *y crimen,* de Alesso, el gemelo casi idéntico de Lucian, ¿y qué pasa?

Nada.

Nada de nada.

Pero Lucifer me da una llave que abre la biblioteca de mis sueños y no solo derrite mi corazón, sino que mi clítoris gime su nombre a grito pelado. *A mí tendrían que encerrarme por desequilibrada*.

31



OBJ

Elira Bardhi

La piscina se extiende como una joya turquesa incrustada en mármol blanco, rodeada de columnas clásicas y buganvillas que vibran en tonos fucsia alucinantes. El agua ondula con lentitud mientras Alesso nada con maestría, y refleja la luz del día con destellos. En esta parte del jardín huele a flores silvestres recién regadas, a cloro y a verano. Hay tumbonas blancas, sombrillas simétricas y una bandeja con fruta de temporada. Todo es tan bonito que cualquiera diría que el sol tiene un contrato para caer sobre el agua en ángulos cinematográficos, oiga.

Los vigilantes armados que pasean de arriba abajo se cargan *un pelín* la falsa sensación de paz. *A uno de estos se le va la pinza y me*

convierte en un colador. Por suerte, una vez en el agua, casi parece que estemos en otra realidad.

Aldo llega con un bañador de patitos y se tira de bomba después de que acabemos con una bandeja de fruta entera.

—Estás muy guapa, Elira —dice Aldo sonrojándose, bajando la cabeza cuando lo pillo mirándome el cuerpo.

A este chico le hacen falta gafas. Estoy horrenda.

—¿Es que quieres morir? —Alesso le da una colleja.

Por desgracia, la diversión acaba pronto para él. Ernestto, que todavía tiene la cara hecha un cromo y da un mal rollito que no veas, cruza el jardín. Alesso le lanza una mirada al chavalín y Aldo se va tras él sin mediar palabra.

—¿Pasa algo?

—No, nada.

Que te metas en tus asuntos, princesita albana.

Pues va a ser que no, porque yo siempre me salgo con la mía.

—Echo tanto de menos a mi mejor amiga.

—Te llevaría yo mismo a hablar con ella, pero sería mi última labor en el mundo de los vivos. Desobedecer a mi hermano nunca da buen resultados.

—Sois gemelos, pero él parece…

—¿Mayor?

—Sí.

—Es por toda la responsabilidad que se empeñó en hacer suya tras la muerte de nuestra madre. En parte, fue como si creyera que nos habíamos quedado huérfanos.

Asiento y aprecio su honestidad. No sé si se ha movido él o lo he hecho yo, pero estamos más cerca.

—¿Contestarás sinceramente a una pregunta comprometida si la formulo?

—Probablemente no —admite inmune a mi parpadeo inocentón apoyándose contra el borde.

—¿A qué os dedicáis? Tengo entendido que es común que las mafias trafiquen con personas. Mujeres, niños…

—Es cierto. Nosotros no somos de esos, pero la *'Ndrangheta* tiene una larga experiencia con la trata de blancas. —Escupe fuera de la

piscina con desprecio.

—Y si no hacéis eso, ¿a qué os dedicáis? —siento las náuseas subiéndome por la garganta.

No sé demonios para qué pregunto si tanto me aterra la respuesta.

—Tenemos casinos de apuestas por todo el continente. Robamos arte para gente rica que está dispuesta a pagar. Traficamos con medicamentos y también con…

—¿Droga?

—Sí. Lo siento, estoy al tanto de cómo murió tu madre.

Odio que lo sepan todo de mí y que yo esté tan a oscuras. Imagino que los secuestros son así.

—Gracias por decirlo. Creo que deberíamos cambiar de tema.

—Antes me gustaría aclarar algo. Tenemos una política estricta con nuestra droga.

—¿A qué te refieres?

—No vendemos grandes dosis a ningún cártel, ni a nadie. La droga es uno de nuestros menores ingresos. Se consume en nuestros casinos y hay una dosis máxima que cada individuo puede ingerir. Así no puede morir de sobredosis.

—¿Vuestra madre también…?

—No. No fue así como murió y esto no fue por ella —comenta esquivando el tema como si ese fuera el secreto de otra persona a quien no quiere traicionar, lo cual no tiene sentido porque es *su* madre— Lucian peleó mucho contra nuestro padre con tal de conseguirlo. Hay mucho que no sabes de él.

—¿De vuestro padre?

—De mi hermano. Muchas razones por las cuales deseo que él sea el Don cuando nuestro padre muera, en vez de serlo yo.

—Sé que no puedes contarme mucho, ¿pero podrías contarme esto al menos? Me gustaría saber la razón por la que unos criminales decidirían actuar así.

Exhala. Estoy segura de que no va a contestar. Cuando me maldice con la mirada, dudo incluso de si me he cargado el momento. Pero no.

—Hace cuatro años casi perdemos a Aldo de una sobredosis.

—¿A Aldo? Es el último que imaginaría teniendo una dependencia. Parece feliz.

—Ya sabes lo que dicen, las personas que más sonríen solo han aprendido mejor a ocultar su dolor. Ese chaval… ha tenido una vida muy dura, Elira.

—¿Por qué? —musito deseosa de que siga.

—Algunas mafias dan mucho valor a los lazos de sangre, ¿vale? Pero la tuya no. Aldo vivía en Albania cuando el Don lo secuestró hace cinco años. Abusaban de él. Lo maltrataban de todas las formas que se te ocurran. De hecho, estuvo a punto de acabar en manos de la Yakuza donde lo habrían *usado* a su gusto.

Me tapo la boca para que el corazón no me salga por la garganta.

—Dios mío. —

—Y todo porque su padre solo lo veía como un bastardo que usar como moneda de cambio. Un secreto que esconderle a su mujer. —Un músculo palpita en la mandíbula de Alesso—. Tenía quince años cuando lo trajeron aquí. Estaba destrozado. No tenía luz en la mirada ni vida. Acabó jurándonos lealtad en cosa de semanas. Lo recuerdo como si fuera ayer. No era más que un crío asustado y magullado hasta lo innombrable, pero tan necesitado de ayuda que estaba dispuesto a arriesgarse a confiar una vez más. La última. Se suponía que éramos enemigos, pero a Lucian y a mí nos ganó pronto. Joder, se gana a cualquiera *muy* pronto.

—¿Puedes decirme quién era su padre? —pregunto sorbiendo las lágrimas, haciendo un esfuerzo por no derramar todas las que me queman la garganta—. Quizá lo conozca.

—Era un buen amigo de tu tío Osman, Kreshnik Lejak.

Apenas tengo recuerdo de ese hombre.

Tal vez conocí a Aldo siendo pequeña, no lo sé.

—Se me rompe el corazón. Aunque los negocios de mi padre me hagan despreciarle, sé que me quiere. —*No tanto como para no mentirme, ni para ahorrarse las manipulaciones, pero moriría por mí. ¿Y el de Aldo en cambio…?*—. No me imagino lo que supone pertenecer a este mundo y encima no tener el apoyo de nadie. Vivir creyendo que nadie te quiere, que no importas.

—Ehhh, ¿estás bien, *signorina*?

—¿Lo está Aldo? —me mojo la cara para apartar las lágrimas.

—¿Bien? Dudo que llegue a estarlo alguna vez —dice con una sinceridad aplastante—. Pero sí mejor de lo que ha estado nunca. Es un progreso.

Lucian salvó a Aldo.

Y no solo a él, a todos los que la adicción podría haber matado dentro de sus casinos. Si alguien hubiera hecho eso con mi madre todavía la tendría conmigo.

Salgo de la piscina.

Tengo que hablar con él.

32



OBJ

Lucian Di Trevi

«—Mamá, no te vayas. Alesso ya está dormido. Es tarde. Pide a otro que vaya por ti.

—Tu padre ha sido claro, quiere que vaya yo.

—¿Pero era su voz? ¿Estás segura de que era él? Podría ser una grabación falsa, otros enemigos han manipulado vídeos para hacernos pensar que…

—Creo que conozco la voz del amor de mi vida, Lucian —deja la maleta, se sienta en el borde del sofá y me pone sobre su regazo—. No vas a tener tiempo de echarme de menos, chiquitín. Volveré enseguida y traeré a papá. ¿Tú quieres que lo traiga conmigo, verdad?

—Sí, pero… es Rusia. Papá siempre habla de los peligros de su mafia.

—Pero tu padre ha ido allí a hacer negocios, nada más. Existen ciertas tensiones entre las mafias, pero nada de lo que un niño como tú deba preocuparse y menos a estas horas de la noche —me besa la punta de la nariz, como siempre hace—. Además, Ernestto vendrá conmigo, no tienes de qué preocuparte.

Mamá desvía la mirada al jardín, donde él espera.

—Vuelve conmigo, ¿vale mami? Con Alesso y conmigo.

—Pues claro, cielo. ¿Qué iba a hacer yo sin mis niños? Si sois mi vida entera y lo que más quiero en el mundo. —Me da un último abrazo apretado y se marcha.

Para siempre.

La entrada de la casa se vuelve una luz blanca cegadora y ella la cruza, sin mirar atrás. Por mucho que la llame. Por mucho que grite su nombre.

No puedo salvarla, ni protegerla.

La pierdo.

Mi padre vuelve con Ernestto y a ella no vuelvo a verla nunca más».

33



OBJ

Elira Bardhi

Irrumpo en el despacho de Lucifer como alma que lleva el diablo nunca mejor dicho. *¿Quién narices se ha creído Lucifer para ir por ah haciendo buenas acciones por ahí y confundiéndome? Un mafioso e malo, cruel, despiadado, ¡y así la vida es más fácil!*

Estoy lista para una batalla verbal, pero lo encuentro en un sof lateral, dormido. Enseguida me doy cuenta que eso no es lo único qu está pasando.

Algo no va bien.

Una gota corre por la mejilla tensa de Lucian y sus ceja posicionadas como un tejado a dos aguas me rompen por dentro. M acerco sigilosa y el único sonido que rompe el silencio es su suav

llanto. No tenía ni idea que alguien como él pudiera... es decir, no pensaba que Lucian...

Me siento a su lado en el sofá, intento zarandearlo de los hombros despertarlo con suavidad. No funciona.

—Lucian —acaricio su mejilla con la mano y él inclina la cabeza apoyándose en ella.

Me vuelve el corazón de mantequilla.

Me la moja la palma cuando se le escapa otra lágrima. *Es una persona muy mala, llena de oscuridad, no debería sentir compasión por él, pero maldita sea parece un crío desamparado*. Está profundamente dormido cuando murmura:

—No va... volver... Alesso.

No sé de qué va el sueño, pero necesito que pare. Ahora. Ya de ya.

—Lucian —intento—. Vamos, Lucifer —alzo más la voz—. Por favor ¡despiértate!

Su ceño se frunce.

Sus ojos azules, acuosos y un poco enrojecidos, me reciben con confusión. No lleva ni dos segundos lejos de los brazos de Morfeo cuando pasa: pronuncia «mía» en tono ronco y gutural, al tiempo que tira de mí, me sube sobre su regazo y me abraza con todo su cuerpo.

Estoy convencida, segura del todo de que me confunde con otra persona hasta que su voz pronuncia mi nombre como un juramento una plegaria. *Elira*. *Elira*. Cinco letras que bastan para sacudir todas y cada una de mis terminaciones nerviosas con la descarga más épica jamás sentida.

—¿Estás ya consciente? —pregunto con el pulso disparado, a lo que él me aprieta más contra sí.

La necesidad y la urgencia son el color principal que adorna sus manos. Y aun así, la tristeza lo supera.

Odio lo que me está haciendo. Lo que también me hacen Alesso y Aldo. Mi vida era mucho más fácil cuando todo podía clasificarse en dos categorías: bueno o malo. Pero estos malditos mafiosos, ¡han venido a plantar toda una escala de moralidad gris que yo no he pedido! Ni quiero.

Necesito volver a mi casa, a mi vida fácil de antes con Kathana y mi padre. *Dios, y con Ewan, ¿por qué sigo olvidándome de mi prometido?*

—Sí —sus manos se aflojan y las deja a ambos lados del sofá liberándome—. Perdona.

Debería levantarme.

Le grito a mi cerebro que dé la orden, pero me ignora. Porque su iris azul eléctrico me aplasta el corazón contra el pecho y quiero quedarme justo donde estoy: en su regazo.

—No me vengas con excusas baratas, Lucifer. He venido a exigir que me dejes hablar con mi mejor amiga y no pienso aceptar un no por respuesta —digo con un tono severo de lo más forzado—. Fijo que las grabaciones del hospital que me enseñaste son falsísimas y que Kath no está bien. Al fin y al cabo, me odias. Me detestas muchísimo —le recuerdo con la esperanza de avivar el enfado y la irritación que ha caracterizado nuestra relación hasta el momento.

Me levanta la barbilla. Ni siquiera me había dado cuenta de haber bajado la mirada. Me aparta un mechón de pelo rojo que se me viene a la cara y luego deja la mano en mi cadera haciendo que mi brújula deje de marcar el norte.

—¿De verdad lo crees?

—¿Qué parte?

—¿Todavía no confías en mi palabra?

—No estoy tan loca como para fiarme un pelo del mafioso que me ha secuestrado —digo por lo bajini—. Además tienes un gusto pésimo en bañadores.

Baja la vista por mi piel y no... definitivamente *no* siento frío.

Siento algo bajo mi cuerpo, cierto movimiento que proviene de su anatomía. *Dureza*. *Largura*. Sofocada, me levanto de golpe, pero Lucian Di Trevi entrelaza su mano con la mía y de un tirón me vuelve a dejar sobre su regazo.

—Sé que tienes miedo.

—Yo nunca tengo miedo —digo aterrorizada—. Sé defensa personal idiomas e incluso cómo crear un arma química.

Mete una mano enter mi pelo mojado y me coge de la nuca. Estoy a un tris de entrar el pánico.

—¿También te mientes a ti misma? ¿Es por eso por lo que has accedido a casarte con un hombre al que le eres indiferente? ¿Uno que no te hace sentir nada? ¿Porque has acabado creyéndote las mentiras

que te cuentas? —Lucian mueve la pelvis contra mí y el bañado mojado no sirve en absoluto de barrera.

Mi sexo tiembla de placer.

—No sabes lo que dices —jadeante, agarro su camisa, pero no para apartarme.

La siguiente vez que se mueve su erección ya es evidente, enorme y dura, y no consigo contener el gemido.

—¿Quien sabe? Igual tus deseos nunca cupieron en esa vida vacía y perfecta tuya. Por eso los asfixiaste hasta matarlos. Por eso ahora no sabes reconocerte la verdad.

—C-cállate.

Vuelve a moverse. Mi sexo se ablanda, se hincha y abre de necesidad.

—Dime que pare y lo haré —gruñe tan cerca de mi boca que casi nos estamos besando.

Mis manos han llegado hasta su pelo y ahora está sumergida en una selva rubia salvaje. Mis pechos rozan su torso y el roce me hace perder la poca cordura que me queda. El siguiente vaivén de caderas lo inicio yo, pero es mutuo, profundo y me deja palpitando con fuerza y rapidez.

—Buena chica —gruñe.

Vuelve a repetir «mía» y debería ofenderme, pero es la primera vez que le he visto necesitar a alguien. *Habrá tenido miles de mujeres igual que tú, Elira, no eres especial.* Pero tal y como hablan de él sus hombres, puedo hacerme una idea de cómo ha sido su vida: solitaria, una lucha. Y se está aferrando a mí como a un clavo ardiendo.

Es un asesino, Elira. Levántate.

Le empujo para apartarle y al no mover sus hombros de piedra, me caigo de sus piernas. Lucian me coge antes de que me golpee la cabeza, pero me zafo de su agarre en cuanto puedo.

—Elira.

—No… No soy tuya…. ¿Me oyes? Soy mía. Y tú… tú eres un monstruo. Un asesino con… con unos *mínimos* escrúpulos que no justifican, en absoluto, toooda la maldad restante. —Camino de espaldas a la puerta, él me sigue.

—No te vayas —pide en súplica, dejándome ver a través de sus ojos una vulnerabilidad de la que podría volverme esclava.

—Has dicho que si te pedía que pararas lo harías. Pues te lo pido Para. Déjame en paz. Y no me sigas —salgo de allí dando un portazo.

Y no me sigue.

Camino hasta mi dormitorio con piernas temblorosas y cierro tra de mí ahogándome en palabrotas que me pertenecen tan poco como l que he sentido. *Menudo maldito desastre*.

34



OBJ

Elira Bardhi

Saverio me trajo la cena la noche anterior y hoy me topo con é cuando está a punto de dejarme la bolsa con el desayuno de Starbucks Igual que ayer, hay un puñado de libros dentro de la bolsa.

Le odio. Estoy harta de que todos los hombres de mi vida me manipulen como si fuera imbécil. *A ver, no me malinterpretes, es evidente que por muchas carreras que tenga: soy imbécil.* Sí, con todas las letras. Por eso nunca sospeché que mi padre me mintiera. Por eso he bajado la guardia con un mafioso que ME HA SECUESTRADO *¿He dicho ya que merezco que me encierren en un manicomio por desequilibrada? Pues eso.*

En cuanto cierro la puerta, barajo saltar por el balcón y huir, pero nada más abrir la terraza, veo tres guardias armados paseando en distintas direcciones cerca de aquí.

Me paso el día leyendo, evitando ahondar en los complejos conflictos de mi cabeza, pero a media tarde las paredes se me echan encima y bajo a la cocina a estirar las piernas con la excusa de beber un poco de agua. Al último con el que quiero toparme después de Lucifer es a Ernestto, pero lo cierto es que no veo a ninguno de los dos. Ay muchos guardias, eso sí, pero ninguna cara conocida.

Repaso la cocina con la mirada. Entrar en este lugar sabiendo que hace nada mataron a una persona resulta espeluznante. *Quiero volver a mi casa. Quiero que mi único problema sea qué peli ver, qué libro leer o qué tema hablo con Kath hasta la madrugada.*

—No puedes comer nada —dice Aldo saliendo de la nada y chillo tan fuerte que casi pierdo la voz como Ariel—. Lo siento, no pretendía asustarte.

—Adivino, ¿hoy eres tú mi sombra?

—Sí, Alesso no está. Lucian tampoco.

—No he preguntado por él. —Me encojo de hombros, aunque eso explica por qué no ha irrumpido en mi dormitorio exigiéndome que saliera. *No sé qué pasa en la Cosa Nostra, pero cuanto más me lo ocultan más me muero de ganas de saberlo*—. ¿Dónde está Alesso?

—No puedo concretar.

—¿Y cuándo vuelven?

—Tampoco puedo concretar.

—¿Qué tal si dejo de hacer preguntas?

—Lo siento.

—Tranquilo. Solo venía a por agua. ¿Puedo…?

Abre una botella nueva y tras oír el «crack» del cierre de seguridad me sirve un vaso.

—No quedan hielos en esta nevera, iré al congelador grande del sótano.

—¿Congelador grande? ¿Es donde guardáis los muert…? —*voy a vomitar.*

—A los muertos los dejamos al sol para que se descompongan y solo entonces los mandamos de vuelta a casa —dice y no estoy segura de si

bromea—. Abajo solo guardamos los congelados. Incluso a los italianos nos gusta comer fritos y helados cutres de vez en cuando. Ahora mismo vengo.

Tengo tanta sed que vacío el vaso dos veces antes de que Aldo de señales de aproximación. Oigo el repiqueteo de unos tacones.

—¿A quién tenemos aquí? Pero si el pajarito ha escapado de su jaula

—Hola, Angelica —digo saludando a lo más similar a una amiga que tengo en Italia.

Ella se contonea hasta coger una copa y una botella de vino. Lleva un vestido negro, largo, con la espalda descubierta y una raja lateral.

—¿Vas a salir?

—Debes de estar muy cómoda entre nosotros para tomarte la libertad de preguntarme. —Sonríe, pero no es amigable como las anteriores veces—. Sí, una cena de negocios. El crimen nunca descansa ¿Sabes? Puedes comer cerezas, están en la nevera. Son de aquí, de Sicilia. Solo están dulces cuando están *maduras*... pero si las tomas antes de tiempo —me mira de arriba abajo—, dejan un regusto ácido.

Qué sutil. Vamos que crees que Lucian te ha cambiado por mí y eso nos convierte en enemigas, oído cocina.

—No me gustan las cerezas. —Alzo la barbilla, sin dejarme amilanar.

—Claro que no. —Otra sonrisa—. Disfruta de tu noche, en la medida de lo posible. Estoy segura de que yo lo haré —me guiña un ojo y se va.

Cuando vuelve Aldo con el hielo estoy de mal humor y no sé por qué. *Qué ridiculez, como si a mí me importara dónde o a quién se esta follando ese asesino.*

35



OBJ

Lucian Di Trevi

—¿Le ves? —pregunta mi hermano desde la parte trasera del furgón que hemos alquilado.

—Sí.

—¿Siguen ahí?

—Sí, joder, Alesso, si acaba de bajarse del coche. Tú a lo tuyo. Dame un puto nombre y dámelo ya.

—Le estoy buscando, ansias —dice tecleando en su portátil desde el asiento de atrás—. El programa necesita su tiempo, ¿entiendes? Sobre todo si estamos tan lejos de ellos como nosotros.

—No, si quieres aparco a su lado —bufo sarcástico.

—Es americano, eso seguro —confirma, ignorando mi mala leche.

—*Señor, tero un helado* —dice una tercera voz, la de un crío de la mano de su madre que se ha parado frente al camión de los helados.

Es decir: nosotros.

—Nos hemos quedado sin, pequeñajo, lo siento —dice Alesso, que es quien ha tenido la genial idea de ir "de incógnito".

Como se entere nuestro padre de que estamos siguiendo a su mano derecha, nos corta los huevos. Sería una ofensa, lo mismo que decirle «no haces bien tu trabajo, viejo».

—Alesso, baja la puta persiana, joder —le ordeno en un gruñido en cuanto se marchan. Él obedece antes de seguir tecleando en el portáti —. ¿Y no habías comprado helados como tapadera? ¿Por qué no le has dado uno al crío?

—Porque me los he comido, vigilar es un coñazo. ¡Ya lo tengo! Es Jason Skëden. Estadounidense con ascendencia albana. Es posible que pertenezca a la mafia de Don Osman Bardhi y sea uno de sus contactos en America.

—«Es posible» no me sirve.

—Puedo averiguarlo, pero necesitaré más tiempo.

—No lo tenemos.

—¿Y para que te parta la cara lo tenemos?

—Quiero saber qué narices está haciendo Ernestto con él cuando estamos a un tiro de piedra de entrar en guerra con los albanos.

Me manda a callar. Pierdo la cuenta de cuántas veces he querido pegarle un tiro a mi hermano.

—Espera.

—No he dicho nada.

—Espera. Un segundo. *Lucian*.

—*¿Qué?* —repito en su tono y aprieto el volante de los nervios viendo como Ernestto se despide del americano y se sube al coche, pero no arranca.

—Es policía. Trabaja con ella, con Ayris MacAlister. No, me corrijo *trabajaba* con ella, ¡parece que está siendo objeto de investigación!

—Vamos que el estadounidense sí está con los albanos —me froto la cara—. Otro puto hombre que nos lleva hasta Ayris. ¿Quién cojones es esa policía? Joder, tengo demasiadas preguntas.

—Y yo, Lucian, pero no es el momento para hacérnoslas. Lo que tengo claro, es que Ayris MacAlister es el epicentro de todos los problemas de Ernestto.

—Entonces la matará pronto.

—Tenemos que averiguar qué tiene contra él y porqué Ernestto se está dejando sus ahorros en matarla —sentencia.

Solo alguien con la habilidad informática de mi hermano podría haber averiguado tanto en tan pocos días. Dios, me sale humo por la puta cabeza, joder.

—Deberíamos hablar con el Don —reitera.

—Es su mano derecha, Alesso, y acabamos de empezar a escarbar.

—Ya, ¿pero no sientes que estás traicionando a padre?

—Sí, pero apostaría a que no le importará cuando le llevemos todas las pruebas que recopilemos. —Trago el sabor amargo de la traición apretando más el volante.

Todo apunta a que Ernestto está trabajando a espaldas del Don y eso solo puede significar que… *joder, que pretende ocupar el trono de mi padre*. Si resulta ser cierto, esto acabará siendo un puto baño de sangre.

Nel cuore della mafia,
la vendetta per il tradimento
si paga con il sangue

—*Lucian* —alerta mi hermano cuando giramos la primera rotonda.

Se me hiela la sangre.

De Ernestto podría esperar cualquier cosa. Nunca me ha gustado nunca me ha parecido trigo limpio. Antes de unirse a la mafia estuvo en la cárcel por asesinar a su mujer después de que le confesara haberle puesto los cuernos. No tiene un buen control de su ira, aunque siempre esté callado y parezca lo contrario.

Pero de ella… De ella no esperaba algo así.

36



OBJ

Elira Bardhi

—Has hablado con Angelica, ¿verdad? —pregunta Aldo mareando su agua con hielo al otro lado del sofá en el que estoy sentada—. Suele tener esa reacción en las mujeres.

—¿Qué reacción? No he abierto la boca.

—Tu ceño fruncido habla por sí solo —sonríe y la pureza de su rostro me ablanda.

—Creo que no le caigo tan bien como pensaba.

—Lucian y ella se acuestan a veces, puede que se haya sentido territorial al ver que el jefe solo tiene ojos para ti desde que llegaste.

—¿Se acuestan? —quiero decir «¿en plan, en presente?», pero me lo aguanto porque no pienso montarme en el autobús de los celos.

Yo voy sola, en limusina, y mi único acompañante es e champagne, gracias.

—No es que tengan una relación ni nada. Angelica se ha acostad con la mayoría de esta casa, pero nunca se ha atado a nadie. —Baja e tono—. Aunque si me preguntas a mí, diría que a ella sí le gusta Lucian Finge que no porque él no la ve más que como una amiga a la qu aprecia después de tantos años. Supongo que sería lógico que Angelic te viera como una amenaza. Mierda, no debería haberte contado nada Pero me miras y no... no puedo evitarlo —agacha la cabeza sonrojándose.

—Tranquilo, no se lo diré a Lucif... Lucian. Me caes muy bien y n querría buscarte problemas.

Aunque no estén locamente enamorados, saber que Angelica y él s han acostado me pone enferma. Creía que no era capaz de sentir celo de esta clase. Estaba convencida. *Dios soy una persona horrible, ¡qu estoy prometida con otro hombre! Ya, hasta donde yo sé, Ewan no h hecho demasiado por ponerse en contacto conmigo. Pero aun así.*

—Sé que puede parecer una persona intimidante o difícil de tratar.

—¿Parecer? —alzo una ceja.

—¿Sabes que yo solo llevo aquí cinco años verdad?

Asiento y me siento mal, una cotilla, por saber cosas de Aldo que n me ha contado él.

—Tranquila, no importa. —Me dedica una sonrisa triste—. Lo qu quiero decir es que, en los cinco años que llevo aquí, han habido por l menos diez secuestros. O quizá quince si nos incluyo a ti y a mí.

—Vaya, ni siquiera soy especial en ese sentido.

—Sí que lo eres, es justo lo que digo. De todos los secuestros, tú y y somos los únicos que han tenido permiso para deambular por la casa a su antojo. El resto estaban esposados a algo de la habitación, n siquiera tenían libertad ahí dentro.

No puedo evitar que sus palabras echen raíces en mi interior.

Aldo recibe una llamada y sale escopeteado de la casa. No sin ante dejar a otro tío como mi sombra. Me encierro en mi habitación porqu ni siquiera me dice su nombre y la mirada que tiene me da miedo.

37



OBJ

Lucian Di Trevi

He reventado el camión de los helados a puñetazo limpio. Alesso no solo no me ha parado, sino que me ha ayudado que no veas. *Hermanos hasta la médula.*

—No se te puede notar nada —cojo a mi hermano del cuello y pego su frente a la mía.

Lo veo en sus ojos, el dolor, la ira. Teniendo cuatro años menos que nosotros, Angelica, Alesso y yo hemos crecido juntos.

Alesso y yo zurramos al primer tío que le rompió el corazón y no lo matamos porque ella no quiso. La primera vez que se rompió un hueso mi padre cargó con ella a la espalda. Incluso había un rincón secreto entre los viñedos, en nuestros terrenos, que solo conocíamos mi hermano, ella y yo.

Y ahora trabaja a escondidas con Ernestto.

—Escuece.

—Lo sé.

Revivo las imágenes en mi cabeza… *La veo con mis propios ojos y aun así, me cuesta creerlo. Angelica sale de su porche, le da un largo beso en los labios a Ernestto, sube a su coche y se larga con él.*

Me importa una mierda que estén liados, pero que haya ido tan lejos para verle evidencia que tienen mucho que ocultar. Deberíamos haberlos seguido. Pero Ernestto habría acabado por darse cuenta de que lo hacíamos.

Lo que tiene de sádico lo tiene de astuto.

Por no hablar de que aún no había digerido la traición de Angelica y eso podía jugar una mala pasada a mi autocontrol. Encararlos antes de tener pruebas sólidas no era mi estilo. *Al fin y al cabo, la vendetta es un plato que se sirve frío.*

Mi hermano se mira los nudillos ensangrentados.

—¿Cómo mierda vamos a explicar esto?

—Solo se me ocurre una solución. —Le doy un puñetazo en el pómulo y cuando le pido que me lo devuelva, el cabrón ni siquiera se lo piensa.

—Diremos que nos hemos peleado por una chica.

—¿Por qué chica?

—¿Tú que crees? *Elira*. Tiene a todo el clan babeando. Es una rebelde en el cuerpo de una muchacha angelical, se gana a todo el que la ve. Es lo más creíble.

—Si vuelves a pronunciar su nombre con ese tonito igual te rompo los dientes de verdad.

—Estoy temblando —alza una ceja en plan pasota.

—¿Sientes algo por ella?

—¿Por qué? ¿Tú sí? —se ríe por lo bajo.

—No es un día para que tientes a la suerte, hermano. Escucha, sé que lo aprecias, pero llegados a este punto, deberías plantearte si de verdad puedes fiarte de Saverio.

—Es mi mejor amigo —asegura tajante, su iris adquiriendo un gélido color de guerra—. Él nunca me traicionaría. Volviendo a Elira, nunca te has puesto así por nadie… ¿Lo sabe ella?

—No lo sé ni yo, joder. Anda, vámonos a casa —digo en cuanto aparecen dos furgones.

Aldo conduce uno de los dos y es a quien mando al local de donde Alesso ha sacado el estúpido camión de los helados. Le digo que sea generoso con la cantidad de recompensa y luego lo veo irse. Siento que una mano invisible agarrándome los intestinos, hundiéndome el puño en el estómago.

Como tú también estés jodiéndonos, no me voy a recuperar.

«Hoy hemos cerrado un trato jugoso y después de horas en un restaurante de lujo celebrándolo, a mi hermano y a mí nos ha entrado hambre así que hemos encendido la barbacoa nada más llegar. Somos dos pozos sin fondo, pero la proteína es gasolina para el músculo.

Aldo como de costumbre, se ha venido con nosotros. Él estaba lleno (pringado) así que no ha comido más. Se ha pasado el rato arreglando una silla coja con la paciencia de un relojero ciego.

—Esa silla llevaba rota tres años, ¿qué te ha dado hoy? —le pregunto.

—Tú te rompiste la pierna hace tres años y tampoco te tiramos a la basura. A veces merece la pena darle una segunda oportunidad a las cosas.

Alesso se carcajea mientras limpia su arma en la mesa en la que hemos comido, sin pillar el tono con el que Aldo lo dice.

—Estas demasiado cómodo siendo impertinente, chaval.

—¿Qué puedo decir? —alza la vista con una emoción nueva reflejándose en la oscuridad esmeralda de su iris—. Después de dos años aquí, ya soy uno más de la famiglia.

Desvía la mirada y yo cierro los ojos con fuerza. Joder, es su cumpleaños. Soy malísimo para estas mierdas. Nunca me acuerdo de de nadie. Olvidaría el de Alesso si no fuera porque nació el puto mismo día que yo.

Me levanto de la silla y pienso en algo que llevaba queriendo hacer bastante tiempo. Me la saco del cinturón y se la ofrezco. Mi arma. No hago muchos regalos, pero cuando los hago, doy un pedazo de mí. Es mi mentalidad.

—¿Quieres que me pegue un tiro por ser un crío impertinente?

—Quiero que te la quedes, Aldo.

—Pero… Pero es tu arma de la suerte —se levanta de golpe—. La que tiene un disparo de bala, la que te ha traído las mejores historias ¡Nunca fallas con esta!

—Tú tampoco nos has fallado nunca. Feliz cumpleaños, criajo de demonio. —Le revuelvo el pelo y entro en la casa porque no soy buena lidiando con sentimientos».

38



OBJ

Elira Bardhi

Cada vez que quiero cerrarle la puerta a Lucian, cada vez que me recuerdo la clase de monstruo que es, ocurre algo que me hace darle otra oportunidad.

Es como si me inundara la empatía y quisiera ser comprensiva hasta con el mismísimo Lucifer. «El mundo es blanco o negro, bueno o malo no hay puntos medios», me repito una y otra vez, pero no cala en m como antes.

—Estadísticamente hablando, lo más probable es que me este muriendo de una encefalopatía fulminante y yo aquí, creyéndome que es estrés —resoplo—. Soy mona, a veces.

Me obligo a no ahondar en eso, sobre todo porque tengo mucho puntos para que alguien me mate antes de poder desarrollar ninguna enfermedad hasta un nivel catastrófico.

Es medianoche cuando el ruido de la puerta del despacho de Lucian cerrándose me despierta. Adormilada, salgo de la cama.

El pijama nuevo que tengo no es que tape mucho que digamos. Lo recatados que son mis trajes de baño son inversamente proporcionales a lo guarrones que son mis pijamas. *Básicamente es un sostén de seda y transparencias que deja muy poco a la imaginación y unos shorts ceñidos que enseñan la mitad del culo*. Inofensivos si duermo sola, un problemilla grande si tengo que salir ahí fuera con estas pintas. La pega más grande es que como no recuerdo si los elegí yo o lo hizo Lucifer, no puedo echarle la culpa.

Y a mí me eeencanta eso de echarle la culpa a quien la tiene.

Me pongo una camisa azul encima y salgo de la habitación. Salvo que no lo hago porque está cerrada.

—Nuevos episodios de la vida de Rapunzel, ya veo. —Doy un giro de ciento ochenta grados, encarando el balcón—. A mí se me ha tenido que ir la olla para estar tan loca.

Abro las puertas acristaladas y la suave brisa de la noche siciliana no aplaca el calorazo que hace incluso a estas horas. El balcón de Lucian está a un metro del mío, pero si piso fuera me abriré la cabeza. *Vamos Elira, un salto de fe en shorts de escándalo con el orgullo por delante y el sentido común amordazado, ¿qué puede salir mal?*

Me lanzo.

Y lo hago al tiempo que las puertas de su balcón se abren y Lucifer sale mediodesnudo para darme el susto de mi vida. *Diosdiosdiosdios* Me tuerzo el tobillo al tocar la piedra y con un aspaviento me desequilibro y veo mi vida pasar en diapositivas.

Pero no me mato porque el ser diabólico de la mafia italiana me agarra y me salva. Cual villano enfundado en su traje de héroe.

39



OBJ

Elira Bardhi

—¿Es que has perdido la cabeza? —me ladra con aspereza.

—Esto es lo que pasa... cuando encierras... ¡a la gente! —jade aferrándome a sus brazos mientras mi corazón golpea con fuerza.

En cuanto me deja en el suelo de su despacho, lejos del exterior, l veo de verdad. No lleva camiseta. Tiene la mandíbula magullada, lo nudillos hechos polvo y una mala cara terrible.

—¿Qué te ha pasado? ¿Luc...?

—¡No vuelvas a hacer una cosa así! —grita con los ojos muy abiertos

Un instante después me estampa contra su cuerpo y lo qu desprende no puede ser miedo. Maldita sea, noto cada músculo tens de su torso, de su abdomen.

Me niego a devolverle el abrazo. Me lo prohibo porque sé que para Lucian solo soy una moneda de cambio. La única mujer que no le ha suplicado que folle con él, de la que se olvidará dentro de poco.

—¿Qué haces aquí? ¡¿En qué estabas pensando?!

—Deberías bajar la voz, despertarás a todo el mundo. Ehh, no me mires así, tú no has contestado a mi pregunta, ¿por qué iba a contestar yo a las tuyas?

—No te lo preguntaré otra vez.

—Aldo me ha dicho que no es habitual que dejes libertad a tus rehenes. Que él y yo hemos sido los únicos. Quería hablarlo contigo. Aunque ahora necesito que me digas qué te ha pasado.

—¿Lo necesitas? —repite en tono neutro.

—Sí.

—Una pelea con Alesso. No es nada. —Me deja atrás, va al cajón de su escritorio, saca unas llaves y me las lanza—. Vete, Elira.

—¿Qué le has hecho al pobre Alesso para que se viera obligado a partirte la cara?

Se acerca hasta que su iris y su dolor son lo único que veo. *¿Qué ha pasado? Algo muy malo, seguro.*

Mirar a los ojos a Lucian Di Trevi es como enfrentarse cara cara con un dragón. Uno que te ha jurado que no va a convertirte en ceniza, pero que ves muy capaz de hacerlo.

—Vuelvo a repetir que no me tienes el miedo que deberías —masculla.

—Quizá sea porque a los dos nos gusta jugar con fuego.

Quizá sea porque no me está tocando y aun así siento temblar el suelo bajo mis pies. O quizá, sea porque las oscuras marcas bajo sus ojos me vuelven estúpida, empática y débil ante lo vulnerable.

Sea por la razón que sea, no importa. Me alzo sobre mis puntas, me aferro a sus hombros desnudos y calientes para no desequilibrarme, y le planto un beso en la punta de la nariz.



OBJ



OBJ



OBJ

40



OBJ

Lucian Di Trevi

Nunca sé por dónde va a salir esta inconsciente y preciosa mujer con más agallas que la mayoría de la gente que conozco. Estoy seguro de que va a ponerme las cosas más difíciles de lo que ya lo han sido esta tarde. Y me encuentro muy bajo de ánimo, herido y con la paciencia en números rojos así que si se porta mal, me veo bien capaz de esposarla a la cama aunque solo sea por una noche. Para que escarmiente.

Pero entonces su ceño fruncido se relaja y sus ojos de avellana relucen con dulzura. De repente, se apoya en mis hombros, se alza sobre sus puntas y deposita un beso en la punta de mi nariz.

Como hacía mi madre.

—¿Por qué has hecho eso? —ni siquiera reconozco mi voz cuando sale.

No impone nada, da puta vergüenza.

—Siempre lo hago. Me parecen más íntimos y tiernos que uno en la mejilla. —Cierto color aparece para teñir sus pómulos. Se cruza de brazos y alza las cejas—. ¿Qué? ¿Vas a burlarte de mí?

—Mi madre hacía lo mismo.

Se queda cortada, como si no se esperase esa respuesta. Y me ataca con la misma técnica.

—¿Puedo saber cómo murió?

—En manos de la mafia rusa. Fue en busca de mi padre creyendo suyo un mensaje de socorro. Era falso y la capturaron. La... la destrozaron antes de matarla.

—¿Cómo lo sabes? —pregunta con lágrimas acumulándose en sus bonitos ojos.

—Nos enviaron grabaciones. Era un crío y mi padre estaba demasiado en shock para saber quién había a su alrededor.

—¿Tú lo...? Dios mío, ¿lo viste? Debiste quedar traumatizado.

A mis once años ya había visto una larga lista de asesinatos. Pero hay cosas peores que la muerte. Y mi buena y querida madre... las sufrió todas.

Mi corazón murió con ella.

Cierro los ojos cuando el peso invisible que me cae encima me ancla a mis peores pesadillas. *«—¡Ella no! ¡No puede...! ¡Nadie le haría daño a alguien tan bueno! —gritaba Alesso desesperado»*.

—¿Nadie pudo ayudarla? —Elira llora sin disimulo.

—Mataron a todos los hombres que la acompañaban menos a Ernestto. A él también lo torturaron, pero por suerte pudo escapar y liberar a mi padre. Le salvó la vida. *—Aunque siempre le guardaré rencor por haberlo elegido a él.*

Esa noche acompañaba a mi madre. Era a ella a quien debía proteger con su vida.

Le odiaré para siempre.

Elira sorbe sus emociones y me trae de vuelta a la realidad. Pero esta noche quiero ahogarme en mis demonios y sé que ella no me lo permitiría. Le doy la espalda, cojo la camisa, las llaves y la llevo a su cuarto.

No sé por qué cuando llegamos, acabo en el lado opuesto de la puerta.

41



OBJ

Elira Bardhi

No debería tener el corazón tan roto. La empatía es una putada. Me va a buscar la ruina. Yo *odio* a este hombre. Es un asesino. Lo desprecio. Me repugna. Debería sentir náuseas en vez de compasión. *Pero su madre no tenía la culpa. Y él no se merecía ver todo eso siendo un niño pequeño e inocente.*

Me siento en la cama, lejos de él, mientras Lucifer se apoya contra mi puerta.

—Prométeme que no volverás a saltar por el balcón, es peligroso —susurra rompiendo el silencio de la noche.

Sus ojos caen a mis piernas prácticamente desnudas. La nuez debe arañarle la garganta en ese sube-y-baja tan lento. Acaba con mis ganas

de llorar.

—¿Es un chiste? ¿Debo reírme? Lucifer me has metido en una casa llena de asesinos armados, el balcón es lo más inofensivo a lo que tengo acceso.

—No vas a ponérmelo fácil nunca, ¿eh?

—Solo digo lo que pienso.

—Eso es lo que me gusta de ti. Una de las mil cosas —admite penetrándome con la mirada y aplastándome contra el colchón— Puedo esposarte a la cama y no soltarte hasta que me lo prometas Elira.

—No volveré a saltar por el balcón si tu prometes no volver a encerrarme —alzo una ceja con superioridad.

—No estás en condiciones de negociar. Además, es por tu bien.

—Dijo el secuestrador —lo suelto porque es verdad, pero también para quitarle esa terrible tristeza subliminal. ¡Quiero obligar a su iris a ser tan azul como siempre! Lo que haya pasado con Alesso ha debido ser grave para abrirse a mí con tanta facilidad—. ¿Cuál es la habitación de Alesso?

—¿Cómo dices?

—Quiero comprobar si sigue con vida. Preguntarle su versión de la pelea. Algo me dice que voy a estar de su parte.

—*Fenice…*

Lo gruñe en un tono tan íntimo que un escalofrío calentito y placentero me recorre de pies a cabeza endureciéndome los pezones Me encanta, cuantísimo me encanta.

Entonces entro en pánico delante de sus ojos.

Empiezo a sudar. Me levanto de la cama y me paseo.

Que es un mafioso, ¡no puedo sentir esa clase de atracción por él!

—¿Ahora qué te ha dado?

—Tienes que irte.

Voy a estallar de calor.

Soy un volcán.

Necesito salirme de mi piel, diluirme en nitrógeno líquido. Que mis feromonas se calmen. ¡Una puta pausa!

—¿Este es el momento de la peli de adolescentes en el la chica se transforma en lobo o algo así? ¿Q-qué haces? —su voz se le atraganta y

su tono cae mil octavas adquiriendo un matiz gutural tan delicioso que es digno de una estrella Michelin.

Solo entonces soy consciente de que me he quitado la camisa y me he quedado en pijama. Ahora Lucian Di Trevi puede ver más piel de la que tapo.

—Vete, vete. No puedes estar aquí. No quiero que estés aquí, ni que compartamos una habitación a solas nunca más.

Dado su comportamiento hasta ahora, esperaba que me concediera el favor, pero no lo hace. Se apoya contra la puerta y sus labios se curvan en una sonrisa lateral, arrogante y, como no, atractiva que no veas.

—La noche que te drogaron tuviste la lengua muy suelta, ¿sabes? Ese tipo de sustancia te arrebata toda inhibición y dijiste lo que realmente pensabas. Lo que querías —desliza la mirada por mi cuerpo deteniéndose en mis pechos.

Se le dilatan las pupilas. Se le entreabren los labios.

—Lucifer, no fue real.

Se queda atontado un segundo con mis curvas, como si fueran su paraíso particular y aunque no me está tocando, lo siento en todas partes

—Lo fue. Dejaste al descubierto todas tus cartas. ¿Cómo cojones Ewan no te tocaba todo el puto tiempo? —pregunta perplejo dejándome KO.

—¿Q-qué sabrás tú de lo que me hacía? —pregunto muriéndome de la vergüenza.

—Me hablaste de lo insatisfecha que estabas. —Se aproxima hasta que las puntas de nuestros pies se tocan y sé que desde las alturas está viendo todavía más.

—Deja de mirarme las tetas.

—Pues deja de enseñármelas.

Me alejo un par de pasos, nada más darle la espalda. Luego le gruño sin girarme:

—Hazme el favor de…

Noto su aliento sobre mi hombro en cosa de segundos y dejo de hablar.

—Soy un mafioso, Elira.

—Lo sé.

—Muy temido y respetado. Un asesino. Una persona que *no* hacía falta en este mundo. Pero estoy dispuesto a <u>todo</u> por quienes quiero —su voz es un susurro que vibra por mi piel desnuda y cala hasta mis huesos—. Y si tú fueras mía no habría ni un minuto del día que no estuvieras gritando mi nombre, estallando en orgasmos simultáneos y corriéndote hasta descubrir que tu cuerpo no tiene límite para el placer.

Estoy mojada.

Rabiosa. Frustrada. Cachonda.

Me muevo para apartarme, pero mi culo le roza y me petrifico.

—Vas armado en tu propia casa. Tu mundo es horrible.

—Eso *no* es mi arma, Elira.

Me doy la vuelta, pongo las manos sobre su camisa a medias de abrochar y lo empujo hasta la puerta. Estoy tan enfadada que hasta puedo mover la mole de músculos que supone Lucifer, ¡y hacerlo yo solita!

—¿Ya vas a ponerme contra la pared, *fenice*? ¿Tan pronto?

Tocarle va a ser mi perdición.

—¡Tienes que irte! —le señalo la puerta antes de darle la espalda.

—¿Ahora quién va a despertar a todo el mundo? —pregunta socarrón y cuando vuelvo a mirarle, sus ojos están en mi culo devorándome.

—¿Quieres que te saque los ojos?

Se ríe como si una niña pequeña, de año y medio o por ahí, se hubiera autoproclamado la nueva líder de la mafia siciliana. Emito sonidos que no son palabras. Hundo los dedos en mi pelo de fuego revolviéndolo.

—Me marcho antes de que te dé un ataque y acabes desnudándote entera —abre la puerta de un tirón—. Pero, ¿Elira? Por muy lejos que me vaya, seguiré estando dentro de ti.

Cierra justo a tiempo de que el cojín que le lanzo choque contra la puerta. Las mejillas me arden y el cuerpo entero también.

Odio a Lucian Di Trevi.

42



OBJ

Elira Bardhi

Al día siguiente no tenía pensado salir de mi habitación, pero vienen a buscarme temprano. El corazón se me acelera antes de abrir la puerta, temiendo por si pudiera ser la última persona que quiero ver.

Es Lucian. Y no viene solo.

—No quiero hablar con nadie.

—Entonces te encantará el plan de hoy. Vas a pasar el día con Saverio, en la playa privada de los Di Trevi. Así nadie te… molestará.

El pánico que siento al desviar la mirada hacia el hombre armado con el que no he cruzado más de quince palabras, hace que mi orgullo salga por la ventana.

—No.

—No te estaba preguntando tu opinión, Elira.

—Por favor —suplico en voz baja. Lucian mira la forma en que me he aferrado a su brazo como si fuera el último jeroglífico que le faltaba por entender—. Ven tú.

—Yo tengo trabajo —agacha la cabeza hasta que su frente casi roza la mía—, y cuanto más lejos de ti esté, más eficiente seré y más fría tendré la cabeza.

—Por favor —se me llenan los ojos de lágrimas.

Puede que sea una mala persona, pero me quiere viva y pese a las mil oportunidades que ha tenido de aprovecharse de mí, no me ha tocado de esa manera.

No tengo ni idea de qué haría Saverio de tenerme solo para él en una maldita playa desierta. Estoy tan aterrada que no veo el cambio de color en su iris, su ceño fruncido o su mandíbula tensa. Detalles que tan fácil serían de interpretar como aflicción severa.

—No soy ningún violador —dice ofendido Saverio, allí presente.

—No, si no es que lo piense, ni que desconfíe… —miento como una bellaca que no sabe hablar flojo, apretando más el brazo de Lucian.

—La playa no nos sirve —dice Alesso apareciendo de la nada.

Tiene la cara hecha un maldito cromo. Se me revuelve el estómago y me suelto de Lucian al darme cuenta de que, si puede hacerle eso a alguien de su misma sangre, a alguien que quiere, ¿qué hará conmigo?

Estoy sola en esto. Perdida. Voy a morir. Y lo peor es que lo haré con dolor y de forma terrible. Ser mujer a veces apesta, en la próxima vida quiero reencarnarme en una hélice de ADN.

—Espera aquí —me ordena Lucian dándome un apretón en el brazo que no sé cómo identificar. Me sube la barbilla para que le mire a través de las lágrimas—. No llores.

—Tus exigencias empiezan a ser ridículas —gruño por lo bajo, me doy la vuelta y cierro tras de mí.

De cara al balcón.

Como dije, yo miento y puedo romper una promesa si no hacerlo va a conseguir que me violen. Vuelvo a saltar por el balcón, pero cuando llego a su despacho descubro que, por desgracia, igual que mi dormitorio está cerrado con llave.

Atrapada como un ratón.

43



OBJ

Lucian Di Trevi

Joder, quiero acompañarla ahora mismo a donde quiera. Hacer cualquier cosa con tal de que no vuelva a asustarse así. Pero maldita sea, tenemos muchos problemas entre manos y es más que evidente que debería encerrar a Elira en una habitación sin permiso para salir con tal de que mi cabeza volviera a estar donde debe.

—Necesito aislarme de todo, irme bien lejos. Sino alguien intercederá la señal y el *cuervo* nos picoteará los ojos antes de que consigamos una jaula donde meterlo —susurra mi hermano, a quien nunca se le han dado bien los putos nombres en clave.

Ernestto tiene una jodida biblioteca de secretos y vamos a destaparlos uno por uno. La conozco demasiado bien como para saber

que Angelica es solo un pez pequeño arrimándose al tiburón que cree más poderoso. *Se me acumulan los problemas.*

—Cogeremos el yate. Avisaré a Elira.

—¿Pretendes ir solos? ¿Los tres? Ni de puta coña, voy con vosotros —dice Saverio.

—No voy a dejar a mi padre sin alguien de quien me fíe. Es el Don joder. Tú te quedas y punto —le gruño y se la acaban las ganas de contradecirme como si le hubiera metido mi pistola en la boca.

Imágenes de Elira metiéndosela a voluntad acuden a mi perturbada cabeza.

—Además, no vamos a ir solos —dice Alesso—. Los abanos están echándonos el aliento en la nuca, si creen tener la más mínima oportunidad de recuperar a Elira la aprovecharán y eso es lo último que necesitamos ahora. Deberíamos llevarnos a diez hombres como mínimo.

—Está bien, pero no será él —sentencio tajante señalando a Saverio —. Y nadie sabrá la razón real por la que vamos.

—Hecho —dice Alesso—. ¿Aldo?

—¿Por qué no? Te veo abajo en dos minutos —mi mal humor es directamente proporcional a la frustración sexual acumulada.

Por eso al entrar en mi despacho, casi arranco el pomo de la puerta antes de recordar que la he cerrado con llave. Soy imbécil.

Esta mañana he ido a ver a mi padre y estaba levantado. Nada más verme ha vuelto a la cama y, bueno, digamos que sé reconocer una tos falsa cuando la oigo.

Me alegra que se esté recuperando tan rápido del accidente de coche que planearon los albanos, pero es evidente lo que hace. La razón por la que se pasa el día sin ver a nadie, fingiendo debilidad delante de Saverio cuando le hace compañía.

Me está dejando vía libre para que tome el mando. Pero joder, es muy pronto todavía. Le quedan muchos años como Don de la *Cosa Nostra.*

—Además, es evidente que yo soy solo un gilipollas —murmuro en un gruñido, atinando a la tercera con la llave indicada.

Abro la puerta del despacho y entonces la veo. Despeinada, todavía recuperando el aliento del aterrizaje.

No. Me lo puedo. Creer.

Su delicado rostro se petrifica.

—¿Otra v...? —No me salen las palabras. Esto es nuevo para mí— Me lo prometiste.

—¡Le arrancaré el miembro con los dientes si intenta violarme! –grita retrocediendo mientras me acerco—. ¡Te lo aseguro, Lucifer! ¡Me aferraré a una piedra y me ahogaré en el fondo del mar! ¡No dejaré que Saverio me toque! ¡Ni ninguno de tus hombres!

Me detengo. Exhalo. Retrocedo. Exhalo de nuevo porque la *distruzione* no ha sido renovada todavía. *No es normal que me guste tanto su forma de revelarse. Ni que nunca sepa por dónde va a salirme. Pero es que incluso cuando tiene miedo, es peleona.*

—¿Y en un yate?

—¿Un yate? ¿Estás de broma? ¿Qué es para que Saverio tire mi cuerpo a los tiburones cuando termine conmigo?

—No vendrá Saverio. Iré yo. También Alesso. Aldo. Y algunos escoltas.

—Aldo me cae bien —admite lacrimosa—. Y Alesso.

—Gracias, por la parte que me toca.

—¿Por qué un yate?

—Tu padre quiere una prueba de que estás viva. Vamos a utilizar los fuegos artificiales de las fiestas de Calabria de esta noche como «versión mejorada del típico periódico en secuestros» para hacerte una foto y sepa que es de hoy. *—Esa es la milonga que vamos a contar a los que vengan de escoltas.*

Elira estrecha su mirada castaña con desconfianza.

—¿Estás mintiendo?

—¿Es que te cobran impuestos cada vez que accedes a algo, mujer? —gruño y juro que si cede a la sonrisa que sé que está conteniendo, me vuelvo loco.

—Exasperado eres bastante mono.

—*Elira.*

—¿Qué? Eres tú el que me tiene subida a una montaña rusa de emociones, ¡y yo solo quiero bajarme! Primero «van a violarte» luego «¿quieres venir a pasar un día en un yate?».

Me pellizco el puente de la nariz. Rezo a mi madre para que me de paciencia y no sé lo que ve en mi la princesa albana, pero cede.

—Sin problema.

—Gracias. Ponte el bañador.

—Voy. ¿Pero cuándo voy a poder llamar a Kathana?

La fulmino con la mirada para que no tense más la cuerda.

—Vale, vale, ya lo discutiremos —carraspea desviando la mirada como si tal cosa.

La llevo a la habitación, pero entro con ella. Me acerco al balcón y lo cierro con llave.

—¿Sabes? Esas cerraduras son bastante fáciles de romper —murmura.

—Toca esta puta puerta, Elira, y encargaré que la tapien con puto cemento. Tienes dos putos minutos para bajar. —Salgo dando un portazo, no lo bastante rápido como para no oírla decir:

—Malhablado.

Joder, ¿qué va a ser de mí?

Al llegar al piso de abajo, veo que Alesso ya está fuera en el jardín apoyado contra el furgón con algunos de nuestros más antiguos y leales hombres.

—Os acompaño —dice Ernestto cruzándose en mi camino—. Déjame ir a por mis armas.

—¿Desde cuándo tomas tú las decisiones?

—Yo… —se frota el tatuaje del cuervo que tiene en el cuello.

—Recorrerás la ciudad en busca de hombres de Osman. Quiero saber dónde se esconden. Llévate a cuatro hombres y envíame un mensaje con las novedades cada cuarenta minutos.

Apenas consigue disimular el odio que me tiene. Sabe que lo estoy usando de perro de vigilancia y le ofende. A sus cincuenta años, dudo que él mismo sepa llevar la cuenta de las veces que ha querido pegarme un tiro.

—Claro, señor Di Trevi —contesta en tono bajo antes de largarse.

Lo miro, apenas reprimiendo el deseo de convertirle el cráneo en un colador.

44



OBJ

Elira Bardhi

Alesso está irreconocible. No solo por las heridas que decoran su rostro, hay algo más. Ya sabía que él y Lucian habían llegado a las manos, pero las miradas que le lanza cuando no está mirando parecen cargadas de un odio desmedido.

Y lo peor es que Alesso me ha pillado mirando... Todas. Y cada una De las veces. Espero que su odio no empiece a manar en mi dirección.

Por otra parte, pensaba que era rica y que mi familia tenía poder pero unas horas en este yate y me doy cuenta de que lo mío era *jugar a los millonarios*. Aquí no hay ostentación, hay dominio absoluto de mundo.

No es que esté impresionada. *Para nada*.

Pero han apagado el motor y solo se oye el mar, como si incluso las olas obedecieran a los Di Trevi. Y dudo que haya nada que resuma mejor el lujo de este yate que el hecho de que tiene su propia pista de tenis. Sí, sí, ni siquiera de pádel: de tenis. Y una piscina. Un cine. Barra libre. Pista de baile. Cócteles. Otra piscina. Pfff, me deja sin palabras digo... indiferente.

No tardo mucho en darme cuenta de que esto es una fiesta en toda regla. Lucian cree que no me doy cuenta de que me observa a donde sea que vaya y aunque debería irritarme, hace que me sienta más a salvo. Oigo a un par de hombres armados decir que esto en realidad es la manera que tiene «el jefe» de premiar su arduo trabajo de criminales.

Eso tendría más sentido que lo del periódico que me ha dicho a mí. Está claro que no iba a invitarme a esta fiesta y que con mi momento de pánico lo he obligado a hacer de niñera. No me da ninguna pena.

—¿Te apetece jugar a tenis? —Aldo aparece de la nada ofreciéndome una raqueta con una mueca tímida.

Empiezo a pensar que no sería capaz de negarle nada a este chaval adorable. Mientras caminamos hacia la pista, descubro que lleva la misma pulsera deshilachada que he visto en la muñeca de Alesso y Lucian, y que se las hizo él hace unos años.

Lucifer, el mafioso y cruel criminal, ¿lleva una maldita pulsera emotiva?

—Aldo eres un peligro.

—¿Por qué?

—Porque estás humanizando al monstruo.

Empieza a toser, mirando en todas direcciones, asustado de que alguien pueda haberme oído y tengan que pegarme un tiro para defender el honor del jefe.

Enseguida que el juego comienza me doy cuenta de que Aldo no es malísimo, como me había hecho creer. Más bien, todo lo contrario.

—¡Tienes la lengua barnizada en ficción!

—¿Y eso qué significa?

—¡Que eres un mentiroso! —le chillo desde el otro lado de la pista.

Ha colocado un saque plano directo al cuerpo: difícil de leer y aún más difícil de devolver. ¡Y no deja de marcarme!

—Ha sido un gesto de humildad. No quería echarme flores. Pero en honor a la verdad, es cierto que soy buenísimo —responde a mi golpe con un *passing* paralelo que roza la línea—. ¡Tanto como *Raffaelo Nadalo*!

—No es italiano, ¡y se llama Rafa Nadal! —reviento la bola con un winner cruzado de derecha imposible de alcanzar.

Toma esa. Punto para mí.

¿Qué hace Aldo? Saca un *passing* paralelo con el revés a una mano que, si tuviéramos público, habría arrancado unos buenos gritos a la grada.

—¡Yuhuuu!

—¿Dónde has aprendido a jugar así?

—Me enseñó Lucian —dice acercándose a la red—. Me ayudaba a canalizar mi energía cuando estaba desintoxicándome. Es lo que hace la *famiglia*.

Freno en seco quedándome a cuadros. No presto atención a la pelota que entra y le da la ventaja.

—Aldo…

—Los puntos por pena también son válidos, ¡he ganado! —alza los brazos en señal de victoria—. ¡Como *Raffaelo Nadalo*!

45



OBJ

Lucian Di Trevi

En un camarote en lo alto del yate, podemos ver todo lo que pasa en los pisos inferiores a través de un gran ventanal. Y con «lo que pasa» me refiero a *ella*.

Está en bañador, jugando a tenis con Aldo y me repatea que se le de bien. Es un cerebrito, deportista y encima tiene esa lengua peligrosa que me... Mis pensamientos quedan en pausa cuando se ríe. A través de la rendija abierta de la ventana, oigo su melodiosa carcajada. Estoy a punto de echar espuma por la boca, rabioso de envidia.

—¿Puedes dejar de lanzar miradas asesinas a Aldo por hacer reír a la mujer que te trae de cabeza? Me desconcentras —dice Alesso por encima de mi hombro, se ha levantado a por una cerveza y ahora vuelve al sofá, a teclear en el portátil.

—¿Por qué conmigo no se ríe?

—¿Igual porque la has secuestrado?

—¿Por qué no te he tirado aun por la borda?

—Porque entonces no tendrías a nadie que te ayudara a sujetar e peso de toda la mierda que se nos está viniendo encima.

Exhalo. Tiene razón. Al final del día, siempre hemos sido Alesso y yo contra el mundo. No sé qué haría sin él. De hecho, estoy seguro de que no habría vivido tanto.

—¿Te he dado ya las gracias por ser como eres?

—Y hasta hace un segundo barajabas mi muerte… lo que hay que oír

—Es lo que pasa con los hermanos —le revuelvo el pelo y me siento en el sofá de enfrente.

Los minutos pasan y mientras mi hermano se infiltra donde le da la putísima gana, yo hago y deshago el laberinto de posibilidades. Siempre me ha gustado ir un paso por delante y conseguirlo ha hecho que me confíe. No ver lo que estaba delante de mis narices o en mi cama.

—Idhela Madrussco —dice Alesso.

—La cocinera de veintitrés años que drogó a Elira, —la misma que murió tras recibir un balazo de Zac Di Trevi—. ¿Qué le pasa?

—Tenía un hijo.

—¿Y qué tiene que ver esto con la mano derecha del Don y sus tejemanejes con los albanos estadounidenses?

Tras colarse en la información bancaria de Ernestto, Alesso me muestra la gran suma de dinero que transfirió a dicho hijo.

—La mafia no es misericordiosa con los traidores —sentencia.

—No, no lo es.

Una gota de sudor frío me recorre la mandíbula.

Entramos en las cámaras de la mansión, las nuevas, las que puse por Elira. La más cercana a la escalera capta como Idhela, Ernestto y Angelica descienden del piso de arriba *aquella* tarde, horas antes de la ejecución.

Allí solo está el despacho del Don y su dormitorio.

—No me lo puedo creer.

—Tranquilízate, Alesso —ordeno haciendo grandes esfuerzos por mantener la mente fría y no convertir este yate en mi *distruzione*.

Angelica se llevaba la mano a la mejilla en las grabaciones.

—¿Es una puta broma? —pregunta a mi hermano, que ocupa el sofá frente a mí y todavía tiene el portátil en el regazo—. Tenemos que contárselo a alguien más.

—¿A quién? ¿De quién te fías además de Saverio y de mí?

—Joder, de Aldo.

—Ya, ¿pero qué coño va a hacer el chaval? Tú estás alucinando y tienes casi cuarenta tacos, joder.

—Fue Angelica, Lucian. ¡Angelica! —grita en susurros.

—Cálmate —aprieto los puños, a punto de salirme de mi cuerpo.

—¡Idhela aceptó pagar el pato a cambio de que su hijo tuviera la vida resuelta! Sacrificó su puta vida y así Angelica se fue de rositas.

Idhela era inocente. Mi padre mató a sangre fría a una inocente. Pero tenemos un problema mayor. Alesso lo sabe. Él nunca se alteraría así por una empleada a la que apenas conocía. No, después de todos los amigos y seres queridos que había perdido en la vida.

—El Don de la *Cosa Nostra* no es sincero con nosotros —sentencio en tono glacial, recostándome en el sofá, aceptando lo evidente.

—Es peor que eso —endurece la mandíbula dejando a un lado el portátil—. Confía más en Ernestto que en nosotros. ¿Y si…? Joder, Lucian, ¿y si…?

—Ni te atrevas a decirlo.

Pero Alesso lo hace, sin pelos en la lengua.

—¿Y si es él quien quiere que Ernestto sea el próximo Don?

Si nuestro propio padre nos ha traicionado así, no habrá vendetta que satisfaga mi ira.

46



OBJ

Lucian Di Trevi

Falta poco para que anochezca.

Sigo de muy mal humor, pero los fuegos artificiales serán dentro de poco. Bajo al primer piso a por algo más fuerte que las cervezas que Alesso y yo ya nos hemos acabado, con tal de que al llegar a casa no se me note nada. *Angelica ha estado llamándome y he estado a punto de hacer añicos el móvil en mi puño.*

Ni siquiera me doy cuenta del cálido, suave y aterciopelado olor a naranja que se mezcla con el de la sal en el ambiente hasta que la oigo.

—¿A quién se le ocurre llevar traje a una fiesta en un yate? Mal Lucifer. Fatal.

Me giro y veo que tiene las mejillas y la nariz quemadas. Joder, s antes ya era preciosa…

Me da que el sol no es lo único que ha dejado su rastro en la princesa de Albania. Por como se tambalea, también ha bebido bastante.

Se ha puesto un pareo sobre los shorts del bañador y este, al estar empapado, se le pega aun más al cuerpo y... Vacío la copa del tirón pensando en que estoy en racha de no salirme con la mía. Lo cual me cabrea y me vuelve un poco gilipollas. Me dejo caer sobre un taburete de la barra y sonrío de forma perversa.

—Kathana ha intentado ponerse en contacto con nosotros. También tu padre. ¿Pero sabes quién no?

Elira aprieta los labios.

—¿Esperas una reacción por mi parte? —se sirve un vaso del mismo whiskey que yo—. Podrías estar mintiéndome. Conozco a mi prometido mejor que tú.

—¿Te he mentido alguna vez?

—Me has contado una milonga para traerte aquí.

—No te he dado mi palabra de que esa era la razón por la que te traía.

—¿Y por qué me has traído?

—Porque después de ver cómo te has puesto no podía dejarte sola con nadie. Ahora bien, ¿he roto alguna promesa que te haya hecho mentirosa? —pregunto, pero se hace la remolona—. Contéstame.

—No.

—Entonces deja de ofenderme —me levanto y me sirve otro whiskey con mucho hielo y poco whiskey.

Para no perder el control. El poco que me queda.

Estamos muy cerca porque ella no se ha movido ni un milímetro. Mete un par de dedos en mi copa y me arrebata uno de los hielos para pasárselo por los labios. *Si supiera lo que me pasa por la cabeza sí me llamaría malhablado y vulgar, pero con razón.* Debería irme de aquí pero no puedo largarme y luego ir a buscarla para las fotos porque sería evidente que he salido huyendo.

Y Lucian Di Trevi nunca huye del peligro.

Ni siquiera cuando se llama Elira Bardhi.

47



OBJ

Elira Bardhi

—Mi arma más valiosa es mi palabra —dice con la cabeza gacha.

Debería ser ilegal ser tan adorable siendo tan malo. *Es un demonio encandilando a un ángel para que venda sus alas, no te dejes engañar*.

—Entonces contéstame a esto —le reto dejando caer el hielo, alzando la barbilla cuando me coloco entre sus brazos y la barra.

Él deja la copa y pone ambas manos en la barra, encajonándome más todavía. Huele demasiado bien, demasiado sexy.

—¿A qué? —mira las gotitas heladas que resbalan por la curva de mi labio inferior.

Entonces apunto a la yugular y disparo.

—¿Me matarás si mi tío no hace lo que sea que le has pedido?

—*¿Qué?*

—Me has oído.

Parece tener que aguantarse las náuseas.

El rostro se le descompone como un puzle que han tirado al suelo Me coge, me pega a la pared y junta tanto nuestros cuerpos que estamos a un solo centímetro de estar el uno contra el otro, pegados frotándonos. *Y no podemos volver a repetir ese error*.

—Dímelo tú —su voz reverbera por mi piel—. Dijiste que soy un monstruo. ¿Qué haría un monstruo?

—Me usaría hasta hartarse y luego me mataría —trago saliva ignorando el ardor en mi garganta.

Lucian Di Trevi se aleja de mí llevándose consigo el dolor que transmiten sus ojos. Sacudiendo la cabeza sin decir palabra.

Esto va más allá de la ofensa. Son sus principios. O peor: su corazón. Ese que me he convencido de que no existe.

El mío late de forma frenética y a pesar de que quiero frenar las palabras, salen por mi boca sin que pueda evitarlo.

—Pero estoy empezando a pensar que tú no eres ningún monstruo.

Lucian se gira.

Me atraviesa con una mirada capaz de hacer temblar mis huesos. El oxígeno se convierte en un mito. Una leyenda. Algo que mis pulmones nunca han visto y cuya existencia consideran dudosa. Se mantiene muy quieto mientras me acerco más y más.

—Me estás volviendo loca. Tú y tu moral gris que no cabe en mi mundo en blanco y negro. No encajamos. Nos odiamos y tenemos razones de sobra.

—Elira —pronuncia mi nombre como un juramento, una plegaria.

—Me enfureces, Lucifer. Y luego tienes la poca vergüenza de calmarme. Me irritas y luego, luego me haces *tan*…

—Dilo.

—Tan…

Sus manos llegan a mis mejillas y estoy al borde de perder el control contra sus labios, pero no lo digo.

Un tiroteo nos interrumpe.

48



OBJ

Elira Bardhi

Están atacando el yate.

Una serie de lanchas ahora vacías indican que por lo menos hay die: asaltantes. Pronto descubrimos que son más de quince.

—¿Sabes usarla? —Lucian me pone un arma en la mano, pero se l estrello contra el pecho.

Respira con más rapidez que yo, como si su cerebro fuera un F1 y estuviera repasando todos los escenarios posibles.

—No y jamás usaré una. Me quedaré aquí.

—No pienso dejarte sola.

—¡Pero a mí no me harán nada si son hombres de mi tío!

—No estoy seguro de que lo sean. Sígueme, pero quédate detrás de mí. Te llevaré con Alesso, arriba, ¡ponte detrás de mí!

No soy capaz de discutírselo cuando cinco balas cruzan la pequeña ventana junto a la barra libre y mi corazón se contrae de miedo.

—¡Agáchate!

Si no estoy llorando como una desesperada es porque la mano firme de Lucian apretando la mía me da una falsa sensación de paz, ¡que ya querrían los chalecos antibalas!

—Voy a ponerte a salvo, tú mantente agachada —me ordena disparando una y otra vez.

Sus hombres han bebido mucho. Nadie se esperaba esto, pero Lucian no parece necesitar nada preparase para la batalla.

Grito cuando nos encontramos a dos musculosos con metralletas ¡Metralletas! Lucian tira de mí, protegiéndome con su cuerpo sin dudar. Dispara y acierta. Lo sé porque oigo cómo caen al agua desde aquí arriba. Nos disparan desde otro barco no muy lejos de nosotros y es entonces cuando alguien me coge de la cintura y tira tan fuerte de mí que pierdo la mano de Lucian.

—¡Suéltame!

No entiendo lo que gruñe el que me agarra, pero sé seguro que es italiano. *No son albanos. No vienen a salvarme. ¡¿Qué está pasando?!*

Lucian dispara al hombre en la mano. Este pierde el arma y la siguiente bala le atraviesa en una pierna porque la puntería es el hobby favorito de Lucifer. El problema viene cuando el asaltante cae hacia atrás y yo lo hago con él. El estómago se me encoge de la impresión. En un abrir y cerrar de ojos, impactamos contra el suelo de la primera planta.

Odio el crujido asqueroso que suena bajo mi cuerpo. Veo cómo Lucian, antes de poder hacer nada, recibe un disparo en el brazo salpicando el aire con su sangre.

—¡No! —chillo asustada.

Me deshago del agarre del herido que intentaba aferrarse a mi garganta sin decir ni mu. *Son los atacantes más silenciosos de la historia.* Le doy un codazo en el estómago y aprovechando la debilidad de su cuerpo, me hago con el arma a un par de pasos de nosotros.

Le apunto con ella, pero no soy capaz de apretar el gatillo. Está muy malherido y con que no se levante, a mí ya me vale.

Corro en busca de las escaleras para encontrarme con Lucian.

Hay demasiada gente en el infierno flotante en el que se ha convertido el yate, los disparos vuelan con tal abundancia que no sé cómo sigo teniendo cabeza. Me mancho de sangre que no es mía. Es aterrador y vomitaría si tuviera un momento para respirar. Jamás olvidaré esta pesadilla. Suplico a quien pueda oírme que pare esto ya.

Entonces lo veo, sucede delante de mí. Dos hombres tienen acorralado a Aldo que está desarmado, con una herida muy fea en el pecho que no para de sangrar y lo ha dejado tirado en el suelo.

Desde las alturas, Lucian suelta un grito feroz, animal, cargado con una violencia que no creía posible en un ser humano. En medio del tiroteo, salta desde el segundo piso sin importarle si el golpe le romperá las piernas o el cuello. Aterriza como un depredador, rueda por el suelo sin soltar el arma y se levanta disparando. Pero el ángulo que tiene es malo y uno de los dos asaltantes acabará con Aldo antes de que Lucian pueda alcanzarle.

Lo sé, en lo más profundo de mi corazón sé que va a morir.

A menos que yo haga algo.

Soltando un grito, aprieto el gatillo. Acierto en el pecho del hombre que no se había percatado de mi presencia. Al dar un paso atrás, cae por la borda manchando el agua turquesa de sangre.

Llevándose consigo todo lo que fui alguna vez.

49



OBJ

Lucian Di Trevi

Todavía oigo el helicóptero que ha venido a por Aldo y el eco sordo de los disparos, cuando llegamos a la mansión. O tal vez aún estemos en la playa. No lo sé, estoy hiperventilando. En pánico. A duras penas sé si lo que hay bajo mis pies es arena, agua, mármol o tierra.

En realidad, empiezo a dudar si estoy viva porque esto se parece más a mi idea del infierno. La culpabilidad y el horror son aplastantes. He assesinado a alguien.

—Elira, respira —Lucian me pone las manos sobre los hombros mientras en mi cabeza, oigo a Alesso gritar por un médico.

También lo veo mientras carga a Aldo en brazos y lo sube a helicóptero para desaparecer sin dejar rastro. *A estas alturas puede estar ya muerto.*

—He matado a un hombre. Yo, yo... ¡he matado a un hombre! ¡Soy una asesina!

Me coge de las mejillas y me inclina la cabeza. Espero que me diga «ha sido un mal tiro» o «casi no le has dado» o «los de su barco lo habrán alcanzado y ya estará en el hospital, recuperándose para seguir con su vida de criminal».

—Sí, has matado a un hombre. Lo has hecho para salvarle la vida a otro.

—¡¿Pero quién soy yo para decidir eso?! ¡Ni siquiera sabía quién era

—Era alguien que no habría dudado en matar a Aldo. A él sí lo conoces, sabes como es. Y después de matarlo a él, habría ido a por ti y a por mí. Elira, siempre voy a estar en deuda contigo por salvarle la vida.

—¡¿Salvarle la vida?! —grito, me río y termino de ponerme histérica —. ¿Es que crees que se ha salvado con toda la sangre que había perdido? ¡A estas alturas ya tendrá una sábana blanca tapándolo entero!

—Eso no lo sabes —ruge.

—¡Mírame la ropa, Lucian! ¡Estoy manchada hasta las cejas!

Los disparos no nos daban un respiro así que antes de que los hermanos Di Trevi llegaran hasta él, protegí a un Aldo semiinconsciente con mi propio cuerpo.

Lo veo a punto de perder la conciencia.

Aferrándose a mi mano como si fuera su fuente de vida.

Tan vulnerable, débil, joven y... dios, mi corazón se rompe una y otra vez. Lucian pega su frente a la mía.

—Sí, es posible que haya muerto. Puede que solo le hayas comprado unos minutos y ya no esté entre nosotros —el dolor vuelve áspera su voz.

—¡No digas eso! No, por favor...

—Pero no lo sabremos hasta que lleguemos al hospital. —Entrelaza su mano con la mía—. Vámonos.

Corremos. Cogemos el coche y, escoltados por mas de dos docenas de guardias, nos presentamos en el centro de la ciudad con la mitad de océano encima, llenos de sangre, arena y miedo.

Pero juntos.



OBJ



OBJ



OBJ

50



OBJ

Lucian Di Trevi

Todo lo que he vivido con Aldo pasa a través de mis ojos. De cómo pasó de ser un animal herido y desconfiado, a mi sombra. La de Alesso. De cómo, en el momento en que supo que no le tendíamos la mano para hacerle daño, se volvió nuestra *famiglia*. Hasta nos obligó a llamarlo Di Trevi una larga temporada.

La primera vez que recibió un disparo por mí, la pena en sus ojos la primera vez que yo lo hice por él... Pienso en su vicio a las videoconsolas. Su mal gusto a la hora de mezclar bebidas alcohólicas. Su facilidad para hacer que Alesso y yo nos reconciliáramos tras una pelea. Ha sido nuestro hermano pequeño y una estúpida, arrogante y crédula parte de mí creía que por tener mi protección era intocable.

Que nunca le pasaría nada.

Que perderle no era una opción.

Mientras le operan de urgencia y se debate entre la vida y la muerte soy consciente de que he sido un necio.

51



OBJ

Lucian Di Trevi

Dos días después.

—Estoy bien, jefe. Ehh, cuidado, si vuelve a acomodarme la almohada voy a empezar a pensar que le importo —me clava el índice encima de la venda de mi brazo.

—¿Acaba de tratarte de usted? —se burla Alesso, que no ha dormido nada en las últimas cuarenta y ocho horas.

—Está drogado hasta el culo, no se lo voy a tener en cuenta.

—¿De verdad no vas a matarme con la mirada solo porque este convaleciente y te dé pena? —pregunta Aldo Verdi, el chaval albano más insoportable de toda Sicilia.

—Puede. O quizá solo necesito recordarme que estarás de mi parte el día que me convierta en el Don de la *Cosa Nostra*.

—Por supuesto. Pararé las balas que haga falta por ti, jefe. Po ambos —dice antes de bostezar y acurrucarse en la cama de l habitación contigua a la de mi hermano.

La bala que pasó a escasos centímetros de su corazón llevaba m nombre. Aldo llamó la atención de nuestros atacantes y casi le cuesta l vida.

Me siento como el culo.

Desearía poder cambiarme con él.

—Vamos, la princesa necesita descansar —dice Alesso dándom unos golpes en el hombro.

Es una suerte que él se librara de acabar como un colador.

—¿Cómo está Elira? —pregunta Aldo, ya con los ojos cerrados—. M salvó la vida. Quiero darle… las… gracias —bosteza otra vez.

—Se lo diré de tu parte —le prometo y le doy un apretón en la man —. Descansa, hermano.

—Soy un Di Trevi —murmura antes de quedarse frito.

52



OBJ

Elira Bardhi

Han sido dos días malos. Y... sí, ese es el eufemismo del siglo.

No he dormido mucho, he estado ocupada pensando «¿que habría pasado si?» y llorando.

¿Y si yo no hubiera estado en el yate? ¿Lo habrían asaltado igual? ¿Acaso parte de alguna mafia italiana desea empezar una guerra con la mafia albanesa y querían matarme a mí por eso?

¿Qué habría pasado si hubiera sido Lucian quien hubiera estado con una bala perforándole el pecho, tirado en el suelo? Una terrible voz me asegura que el resultado no habría sido distinto para mí.

Soy un monstruo. Ya no soy luz, nunca volveré a serlo. Todo ha cambiado para siempre.

El horror y las imágenes del momento se reproducen en mi mente en bucle. No me doy cuenta de que alguien se sienta en mi cama hasta que me hallo mirando esos ojos azul eléctrico que parecen haber sobrevivido a mil palizas. Las llamas de mi pecho se vuelven en mi contra.

—Elira.

—Espera. Si vienes a darme noticias de Aldo, no quiero oírlas —digo tajante.

—¿No quieres saber cómo está?

—No. No quiero.

Si le oigo hablar de la mejora de Aldo que he oído en boca de otros cuando las paredes de mi habitación se me caían encima y necesitaba que la lluvia se llevara mis pesadillas, mi corazón se llenará de alivio. Y no merezco sentirlo. Ni nada bueno. Nunca más.

—He venido a hablar de los asaltantes —dice con voz suave, dulce, algo impropio de él.

Me recuesto en la cama.

—Eran italianos, por eso intentaron hacerme daño a mí también. ¿Eran de la *'Ndrangheta*? ¿O de la *Camorra*?

—No puedo darte detalles.

—¿Casi me matan y no estoy cualificada para saber por qué?

—No es eso —sacude la cabeza como si de verdad fuera muy complicado, como si él mismo lo estuviera procesando todavía—. De los guardias que nos acompañaron en el yate, ninguno ha sobrevivido. Nadie más que tú, Aldo, Alesso y yo sabemos que eran italianos y necesito que siga siendo así.

—¿Por qué?

—No puedo decírtelo.

—Esa respuesta es una soberana mierda.

—Necesito que confíes en mí, Elira.

Me vuelvo a tumbar en la cama, girándome para darle la espalda.

—Haz lo que quieras. Ni siquiera me importa. Esta no es mi guerra. Volveré a casa en nada.

Le oigo exhalar. Las lágrimas me vuelven la garganta de fuego.

—¿Puedo hacer algo para que te sientas mejor? —pregunta con pesar.

Rabiosa y dolida, me incorporo de nuevo y le encaro.

—Pudrirte.

—Elira…

—Te odio más ahora que nunca. Por secuestrarme. Por traerme a Italia y ponerme en esta horrible situación. Intervine porque el aprecio que siento por Aldo no me permitió quedarme de brazos cruzados. Pero lo que he hecho… —me tiembla el labio y sacudo la cabeza—. En lo que tú me has convertido… Te odiaré para siempre, Lucian. Igual que a mi misma.

Aprieta la mandíbula y si las lágrimas no enturbiaran tanto mis ojos podría cerciorarme de si también brillan en los suyos. Aunque eso es imposible.

—Voy a avisar a Saverio para que espere en la sala del teléfono. Cuando estés lista, puedes llamar a Kathana. Hablar con ella el tiempo que te plazca. —Se detiene al llegar a la puerta—. Sé que no cambia nada, pero… siento lo que has tenido que vivir, Elira. Siento todo esto. Y tienes razón, todo es culpa mía.

Oírlo no me hace sentir mejor.

Para nada.

53



OBJ

Elira Bardhi

Hablar con mi mejor amiga hubiera sido un sueño hace un par de días. Uno que no creía que fuera a hacer realidad. Pero ahora, tardo *horas* en armarme de valor para ir a la sala.

Lucian no debe apreciar mucho a Saverio porque tiene pinta de haberle dicho que se quede a dormir en la sala del teléfono. A eso de media noche, cuando entro en la sala, lo encuentro encorvado en uno de esos incomodísimos sillones.

Me mira como si supiera lo que ha pasado.

Como si me tuviera respeto por ello.

Pero es imposible, Alesso y Lucian lo ha mantenido en secreto. No tengo la menor idea de lo que está pasando, ni por qué hacen nada de

lo que hacen. Pero sé que no quiero estar aquí y aunque no puedo hacer nada para volver a casa, puedo hablar con la única persona capaz de hacerme sentir allí.

—¿Kathana? —pregunto con un hilo de voz cuando alguien descuelga al otro lado de la línea.

—¡¿Madre mía, Elira?! ¿¿De verdad eres tú??

Saverio me da espacio sentándose lo más alejado de mí posible y cerrando los ojos, pero sé con seguridad que no está dormido.

Tengo permiso para contar a grandes rasgos lo ocurrido, así que eso hago. Primero le hablo de Aldo, de lo que ha hecho por mí, para que me entienda y no me cuelgue. Como siempre, Kath me escucha y se vuelve un eco de mis emociones. Si yo lloro, ella también, si yo sufro, ella todavía más.

Pero esta vez, desearía que esto no la rompiera como a mí.

—No puedo soportar lo que soy, Kath... —Lloro sin consuelo—. Yo... era una buena persona. Mimada, estúpida y sin instinto de supervivencia, sí, pero buena. Y he arrebatado una vida. Debería estar en la cárcel.

Ignoro a Saverio sacudiendo la cabeza.

—No —solloza Kathana—. No deberías.

—¿Cómo puedes decir eso?

—Yo te defendería de un asaltante, Elira. De tener un arma, ¡lo habría hecho la noche que te secuestraron!

—Decir y hacer son dos cosas muy distintas, Kath. Es una sensación horrible.

—Lo sé, pero también es defensa personal. No planeaste un asesinato, ¡te defendiste! ¡A ti y a un chaval adorable que estaba herido en el suelo! ¡Uno que no debería estar metido en la puta mafia! Hiciste algo que va contra tu código y ni siquiera imaginarme lo que te debe doler. Pero vas a salir de esta.

—¿De verdad lo crees?

—Estoy segura y cuando vuelvas a casa, iremos a terapia juntas porque esto también va a dejarme unas secuelas que ningún bolso caro me va a poder curar.

Se me escapa una risa llorosa.

Ella es lo único que me ancla a mi antigua yo. *Con Kathana, casi puedo imaginar que nada de esto ha pasado, que solo es una pesadilla.*

54



OBJ

Elira Bardhi

Pasan los días y Lucian no viene a verme. Eso me hace odiarlo más *Él me ha hecho esto, lo mínimo que puede hacer es dar la cara y dejarme gritarle un poco.*

Encarga comida deliciosa que no me como, pero me sorprende que no traigan mi favorita (pato a la naranja). Kath dice que tal vez lo haga para que no relacione mi plato predilecto con el peor momento de mi vida.

Me paso muchas horas hablando con ella. Y con hambre. Es una sensación extraña, porque también tengo el estómago cerrado. Es como si mi cuerpo estuviera dividido y mi cabeza fuera por un lado distinto.

Salgo de allí y cuando ya voy estoy cerca de llegar a mi habitación alguien me corta el paso. Me quedo sin aliento, sin palabras paralizada. *Tiene un color bastante saludable. Y está vivo. Y en pie.*

—Hola, Elira.

—Aldo. —Me tiembla el labio inferior y me lo muerdo.

—No has venido a verme —dice a lo que me limito a negar con la cabeza con efusividad al tiempo que retrocedo un paso—. Te arrepientes, ¿verdad? Por eso no has venido. Desearías no haber apretado el gatillo y que yo hubiera muerto en vez de ese hombre, ¿no? Para no tener que matarlo.

Ni siquiera lo dice con rencor.

Ni amargura.

Lo hace con un dolor inmenso impregnando sus palabras y desviando la mirada hacia sus pies, incapaz de mantener el contacto visual conmigo. Me ahogo en mis lágrimas.

—Por favor, no llores, Elira. No te culpo porque te arrepientas, en serio. Entiendo que la situación en la que te he puesto es terrible para alguien que no pertenece a este mundo. Por eso, quería disculparme. Intentaré no cruzarme en tu camino de ahora en adelante, en la medida de lo posible.

—¡Idiota! No he ido a verte por mí, ¡porque no me merezco sentir felicidad después de lo que hice! ¡Pero solo siento alivio al saber que estás bien! ¡Pura alegría desbordante, pedazo de idiota! —suelto a la carrera, mis lágrimas siendo igual de rápidas.

—¿D-de verdad? ¿Te alegras de que esté bien?

—¡Joder, Aldo! —sollozo—. Incluso a sabiendas de como me siento ahora pensando en que ese hombre era el hijo de alguien… Aldo, yo.. volvería a apretar el gatillo porque soy incapaz de verte morir.

—Elira —se acerca a mí con los ojos inundados.

Yo retrocedo.

—Pero ahora no puedo estar contigo. No me lo merezco. Dudo si alguna vez seré capaz de perdonarme lo que hice, aunque fuera por una buena causa. Lo siento.

Dicho esto me voy hecha un mar de lágrimas.

Esa misma tarde, harta de oír la voz de mi cabeza, me doy una ducha fría y desagradable. No me merezco agua caliente. Todavía estoy secándome el pelo con la toalla cuando alguien llama a mi puerta.

—Adelante.

—Hola, Elira.

—Alesso.

Su personalidad, mucho más agradable que la de Lucifer, ha ayudado a que tolere más al «jefe». No es culpa mía, mi cerebro los relaciona porque son gemelos. Pero ahora no estoy dispuesta a que juegue en mi contra. Se supone que odio a Lucian.

—Sé que ahora mismo no quieres hablar conmigo, ni con nadie salvo Kathana.

—Es cierto, no quiero —retrocedo por instinto y una mueca de dolor le cruza el gesto.

Cierra la puerta, pero se mantiene a cierta distancia de mí.

—Hay algo de lo que tenemos que hablar.

—¿Puede ser en otro momento?

—No —dice tajante y entonces le da la vuelta al portátil que llevaba entre manos y me enseña la pantalla—. Este es el hombre que mataste ¿verdad?

—Alesso, ¿por qué me haces esto?

—Se llamaba Leandro Valmetti.

—¡No quiero saberlo!

—Sí, sí quieres. Y baja la voz —ordena en un tono tajante que nunca había usado conmigo e impone que no veas—. Valmetti había estado en la cárcel por violación nada más cumplir los veintiuno y otra vez a los veintinueve. Las víctimas adolescentes que lo denunciaron debieron ser las dos únicas que dejó con vida porque no era su estilo. En la cárcel se le acusó de necrofilia. En la calle se lo conocía como «el cirujano» porque se dedicaba a abrirles el cráneo a quienes tenían información que él quería. Los torturaba durante horas. No disparaste a una buena persona.

—Era un… un monstruo —susurro llorosa.

—Por llamarlo de alguna manera. Mira, tal vez no te sientas cómoda decidiendo quién vive y quién muere, y puedo respetarlo. Pero Aldo se merecía que lo salvaras. Esta mañana ha donado una buena suma de su

dinero a los colegios más pobres del país. Ha dicho que a partir de ahora, va a hacer buenas obras que te hagan sentir orgullosa – concluye, arrancándome un sollozo.

Alesso baja la tapa de su portátil y duda en acercarse. Finalmente acaba dándome un abrazo y yo no le freno.

55



OBJ

Lucian Di Trevi

Estoy que muerdo. Debería estar contento de que mi hermano no biológico esté vivo, y joder, lo estoy. Pero saber que Elira está destrozada me hace pedazos. Esperaba que hablar con su amiga la calmara, pero después de lo que le ha dicho a Aldo, me parece que no está surgiendo efecto.

Y luego está… todo lo demás que nos está pasando.

A eso de la una de la noche bajo a por algo de whiskey. He gastado el mío y aunque nunca bebo para emborracharme, he estado cerca.

Vivir sin corazón era mucho más fácil.

—Casi rompes el vaso contra la isla, deberías controlar tu fuerza. —Su voz rompe el silencio y al alzar la vista, me encuentro a Elira con un pijama y una camisa encima.

—Hace un calor de mil demonios —digo, ya que se nota incluso con el aire acondicionado. *Joder, me he pasado el día sin camiseta y ella lleva todo su armario puesto*. Elira no dice nada, se mira los pies imagino que incómoda—. En cuanto encuentre el hielo desapareceré de tu vista. Descuida.

Le doy la espalda porque verla tan triste es como presenciar el atropello del animal más adorable del zoo. Me revuelve las entrañas.

—No hace falta —dice para mi sorpresa, en un tono bastante suave —. Solo venía a por agua.

Se cuela delante de mí para abrir la nevera y al darse la vuelta con varias botellas de agua y los hielos, como no me he movido, estamos a un palmo de distancia. Debe sentir el calor que irradia mi piel solo con verla, aunque no tendrá ni idea de que es la causante. Deja caer los hielos en el vaso.

—Puedes pedir que te la lleven si prefieres quedarte allí. Tengo empleados —digo en un desesperado intento de agradarla.

No me reconozco.

—Mi puerta está cerrada con llave la mayor parte del tiempo. A menudo tengo que pactar con Saverio cuándo llamaré a Kathana para que me abra cinco minutos antes.

Ni siquiera lo pienso.

Saco las llaves del bolsillo del pantalón de traje y se las doy.

—Toma, cierra siempre que te vayas a dormir. O te duches. ¿Sabes qué? Mejor, cierra siempre que estés dentro. Pero así no hará falta que cojas provisiones. Lo siento, no quería volver a encerrarte como la princesa esa que siempre mencionas.

Frunce el ceño, es evidente que no se lo esperaba. Mi cuerpo actúa como un imán hacia el suyo. Hacia su calor. La suavidad que imagino que acaricia sus curvas. *Nunca lo sabré, porque ella me desprecia. Y no es que no le haya dado motivos, pero joder ojalá no lo hiciera.*

—¿Puedo hacerte una pregunta? —pide cuando ya le he dado la espalda.

Ha dejado las botellas en la isla.

—No puedo decirte por qué es lo mejor para ti, Elira. Sé que te costará confiar en mí, pero…

—No es eso. Y no me cuesta. Sé que quieres mantenerme a salvo y con eso me basta —no lo dice como si supiera que *necesito* mantenerla a salvo, lo dice como si fuera un jarrón caro que no quiero que nadie rompa.

—¿Entonces qué? —aprieto los dientes asqueado conmigo mismo.

—¿A cuántas personas has matado?

—A muchas —respondo sincero.

—¿Todas malas? ¿Como Leandro Valmetti?

Alesso ha hablado con ella.

—En su mayoría sí, *muy* malas. Aunque tampoco me engaño.

—¿Qué quieres decir?

—Que hay personas que nacen siendo escoria, como Leandro Valmetti, y hay otras que solo han elegido el bando equivocado. Estoy seguro de que he matado a gente que no se lo merecía con tal de proteger a los míos.

—¿Y cómo te hace sentir?

—No puedo permitirme ahondar en eso.

—¿Por qué no?

La cojo de la mejilla antes de recordarme que no es una buena idea.

—Porque entonces no podría hacer lo que hago. Porque de esta vida no se sale nunca —le digo a su boca—. Y porque creo que, dentro de lo que cabe, soy un mal menor.

—¿Yo...? —pregunta con lágrimas en los ojos—. ¿Yo tampoco saldré de aquí nunca, Lucian?

—Sí, tú sí lo harás —la acaricio un instante más y la suelto—. Yo me encargaré de ello.

—¿Y si mi tío no cumple con su parte? Tendrás que matarme.

—No mataré a una inocente por los pecados de un culpable. —Le doy la espalda y la miro por encima del hombro—. Si tu tío no cumple, lo mataré a él.

—¿Estás loco? —se interpone en mi camino—. ¿Matar al Don de la mafia albana? ¡Te volverás el objetivo de todos sus súbditos! —exclama en susurros—. No descansarán hasta acabar contigo.

—Eso no cambia nada.

—¿Cómo puedes decir eso? —pregunta ultrajada.

—Cuidado, *fenice*, o empezaré a pensar que no me odias tanto como dices.

Sus gruesos y enrojecidos labios se quedan a mitad de una palabra que nunca llega. Está preciosa así de confundida. *Joder, quiero besarla. Quiero que me perdone lo imperdonable. Pero los cabrones como yo no se merecen un final feliz.*

Me inclino y le doy un beso en el pelo.

—Buenas noches, Elira.

56



Elira Bardhi

No puedo negar que mis charlas con Kathana me están sirviendo de terapia. Pero a la mañana siguiente, dos minutos después de entrar en la sala con Saverio, que no se ha quejado *ni una vez* de tener que aguantarnos… ocurre algo inesperado.

—Tengo mucho que contarte, Kath, las cosas han cambiado. Creo que voy a poder sobrellevar haber disparado a ese hombre. Ahora que sé…

—¿Que has *qué*?

—¿E-Ewan? —siento una profunda punzada de desilusión porque no sea mi mejor amiga quien ha descolgado y luego otra de culpabilidad por no haber pensado en mi prometido—. H-hola.

—No sabía que te dejaban llamar, ¿se lo has dicho a tu padre? Está muy preocupado por ti, apenas va a la empresa. Las acciones están bajando por mucho que yo me esfuerce en sostenerlas. Es una locura. Tal vez podrías pedirle que me dé algunos accesos extra y así él se puede quedar a hablar contigo —dice a la carrera, como si estuviera pensando en voz alta y no hablando conmigo.

Saverio carga su arma y doy un respingo. Está lanzando una mirada asesina al teléfono en manos libres.

—¿Es eso lo que te preocupa? Me han secuestrado, ¿y es eso de lo que me hablas, Ewan? ¿De tus negocios?

—No, cariño. Amor mío. Te quiero. Lo siento, no estoy pasándolo bien. Apenas duermo sin ti. Te echo mucho de menos. Pienso en ti todo el tiempo.

—Menos cuando trabajas —exhalo—. Ewan, tengo algo que decirte y no sé cómo hacerlo.

—Te he oído y no me importa que hayas matado a alguien. Estás en rodeada de escoria mafiosa, seguro que se lo merecía. Yo los habría matado a todos. Debes estar contenta y satisfecha contigo misma.

Es curioso que Lucian, Alesso y Aldo entiendan mucho mejor como me siento cuando mi puñetero prometido me conoce desde hace *años* no *días*.

—Ewan, tengo que hablarte de los negocios de papá —digo cambiando a su tema favorito—. No sé cómo decirte esto, pero lo que hacéis de dar créditos a la gente, toda la empresa en realidad, no es más que una tapadera. Mi padre blanquea dinero de la droga allí, está trabajando con mi tío Osman. Metiéndola en el país para la mafia albanesa.

—Qué alivio que ya te hayas enterado, cariño. No te haces una idea de lo difícil que ha sido para mí tener que ocultártelo. Siempre que me preguntabas cómo me había ido el día…

—Espera, ¿lo sabías?

—Claro, trabajo con tu padre, cariño. ¿Cómo no iba a saberlo?

La habitación me da vueltas.

Me ha mentido. A la cara, durante mucho tiempo. Igual que mi padre.

Puede que Lucian sea un mafioso, pero al menos es sincero. É nunca miente. Pase lo que pase, dice la verdad, por mucho que me duela oírla. *Porque me cree capaz de soportarla*. Por algún motivo m corazón dolorido se aferra a eso con todas sus fuerzas.

La rabia me asfixia. Mi padre y Ewan, no me han mentido para protegerme, que ya sería doloroso de por sí. Lo han hecho para protegerse a sí mismos.

Son unos cobardes.

—Él confía en mí —continúa—. Y sabía que yo no iba a juzgarle Quizá después de matar a un hombre seas más permisiva con los errores de los demás.

—¿Errores? —me levanto del sofá y grito—: ¡¿Estás de puta coña? ¡¿Trabajar con la puta mafia te parece un *error*?! ¡Habéis sido unos jodidos cobardes! ¡Me habéis ocultado esta información por puta conveniencia!

—¿Quién eres tú y qué has hecho con mi prometida? Ella nunca usaría un vocabulario tan soez. Voy a pasarte con tu padre y a zanjar e asunto de la empresa. Se alegrará de hablar contigo y…

—No tienes vergüenza.

—Mira, si vamos a casarnos vas a tener que aprender a tenerme respeto.

—No vamos a casarnos, Ewan.

—Entiendo que no puedes ir de compras para relajarte y debes estar frustrada, pero no hagas una montaña de esto cuando es solo una ridiculez insignificante.

—¿Insignificante? ¿Pero tú te oyes? ¡Nunca me casaré con un mentiroso!

Me doy cuenta en ese momento de que este es el *modus operandi* de Ewan. No escucharme, oír lo que quiere oír, y al final del día hacer lo que le dé la gana.

—Estás alterada y no razonas. No te lo tendré en cuenta y cuando te tranquilices…

Un disparo acaba con la llamada.

Saverio ha volado el teléfono de mesa, lo ha hecho pedazos. ¿Y que hace cuando los pedazos se asientan y oímos el silencio? Estornuda.

—Perdona, soy alérgico a los sordos imbéciles.

Tres personas irrumpen en la sala segundos después, cuando e corazón todavía me va a mil por hora. Dos guardias y Lucian.

—¿Qué ha pasado? —entra en zancadas, recorriéndome el cuerpo con la mirada en busca de una herida abierta.

—Ha pasado que ya no estoy prometida —me quito el anillo y se lo lanzo a Saverio—. Te agradecería que le hicieras lo mismo que a teléfono.

—Será un placer.

Me largo de allí haciendo honor a mi apodo. *Como un fénix de fuego enfurecido.*

57



Elira Bardhi

Ni siquiera lo pienso, desciendo las escaleras y voy directa. Con ropa y deportivas: me tiro a la piscina. Dejo que el agua fría se lleve parte de mi rabia, ¡y grito hasta quedarme a gusto!

Salgo a respirar cuando no me queda más remedio.

—¿Alguien necesitaba un chapuzón?

Lucian se alza imponente al borde de la piscina. No me he dado cuenta de que alguien me había seguido.

—¿Estás sonriendo? —decir que estoy en shock sería quedarse muy corta.

Es guapísimo. Indecentemente atractivo nivel: escándalo siciliano.

—Hace un bonito día.

—¿Y por eso sonríes?

Él se encoge de hombros y me ofrece la mano.

—Ven, tengo algo que puede ayudarte a lidiar con la rabia.

Se la acepto sin pensar, porque sé que no es mentira. Él *no* miente.

No puedo explicar lo que me hace que Lucian Di Trevi me saque de agua sin puñetero esfuerzo. Este hombre es Hulk disfrazado de modelo italiano de la mafia.

Uno que se queda mirándome el cuerpo mientras toda el agua de la piscina gotea de mí, pegándome la ropa como una segunda piel. *Aaaay*

Caigo en que no llevo sujetador cuando veo que se le dilatan las pupilas. Así de cerca estamos.

Debería apartarme, decirle que no me mire así, pero no puedo Porque me gusta. Mucho. Echo la culpa a la sonrisa de antes, que me ha dejado atontada.

—¿Por qué no echas a andar? —musito.

Durante unos segundos parece incapaz de apartar la mirada de mis caderas. Lucifer sube hasta la curva de mis pechos una vez más y me deja sedienta, y con los pezones como piedras.

—Tu ex-prometido es, sin duda, el tío más gilipollas que ha existido en la faz de la tierra. Solo un necio elegiría el dinero en vez de… a ti.

Dice «a ti», pero suena a «todo».

Como si yo fuera todo lo que un hombre puede desear.

Su mirada es tan intensa que me flojean las piernas. Su mano llega a mi cintura para salvarme, pero mi deportiva chirría y resbala por el suelo mojado y… acabamos los dos en el agua.

No me lo puedo creer.

Acabo de tirar al futuro Don de la *Cosa Nostra* a la piscina. Ahora sí que van a convertirme en un colador.

58



OBJ

Lucian Di Trevi

No me esperaba acabar en el agua.

Oigo mi propia risa cuando salimos a respirar y a duras penas teng tiempo de disfrutar de la de Elira, porque se le corta.

—¿De verdad puedes reírte, Lucifer? —susurra.

—Pareces asustada.

No puedo dejar de sonreír. Hoy es un buen día. Joder, por fin. M hacía falta.

—Aterrada —miente como una bellaca, recuperando la sonrisa—. N creía que tuvieras los músculos faciales necesarios

Me salpica y me sumerjo. No es buena idea que la mire bajo el agua Que vea lo que esta le hace a su cuerpo porque prácticamente la esto

viendo desnuda y mi polla ya me ha dado muchos avisos. Me comporto y tiro de su pierna para hundirla.

Patalea, intentando librarse, pero la cojo de la cintura y se queda muy quieta. *Dios, es preciosa. Incluso cuando sé lo peligrosa que es sigue pareciéndome adorable. Mi fénix.*

Mis ganas de besarla casi me ganan el pulso de autocontrol. *No seas gilipollas, no está pasando un buen momento*. Me yergo sobre mis piernas y la saco del agua. Ella sigue mirándome igual que hasta hace un momento.

—Siento lo que te ha pasado. Te merecías saber la verdad de los tejemanejes de tu padre.

Contrae el rictus con enfado.

—Está claro que por las buenas o por las malas, la vida se ha empeñado en hacerme entender que las cosas no son ni blancas ni negras —bufa—. Y también que voy a tener que aprender a vivir siendo moralmente gris.

Imagino que no la ayudaría nada decirle que estoy orgulloso de ella así que me lo callo y me limito a asentir.

—Has dicho que podías ayudarme —pregunta—. ¿Cómo?

Vuelvo a sacarla de la piscina y me la llevo dentro. Lo ponemos todo perdido de agua. Es genial. Subimos las escaleras y llegamos frente a la susodicha.

—Nunca dejo que nadie entre en esta sala y… —al darme la vuelta veo que tiene las mejillas rojas—. ¿Estás bien?

—S-sí. Claro. ¿Y tú?

—¿Elira? —Sonrío de nuevo—. ¿Estabas mirándome el culo?

—*¿Quéeee?* ¿Yo? ¡Más quisieras! Estaba mirándote la espalda. La camisa se te ha pegado y ni siquiera sabía que el cuerpo humano pudiera tener tantos músculos. Era curiosidad científica. Nada más. Deja de sonreír.

—Ya me habías visto sin camiseta.

—Sí, pero no te miré. Estaba enfadada.

Coloco un índice en su barbilla y ahora la bajo para guiar sus ojos hasta mi abdomen.

—Puedes mirar ahora.

En cosa de segundos, los ojos de Elira caen más allá de mi cinturón *Y… Sí, acaba de empalmarme con una mirada.*

—Yo… —jadea sin apartarla.

Vuelvo a cogerle de la barbilla.

—Deberías controlar el poder que tienes sobre el hombre al qu tanto odias, *fenice*.

—Yo… odiar, sí. Por supuesto. Horrores.

—Bien. No sé qué sería de nosotros sin tu odio. Vamos. —Le cojo l mano y entramos en la *distruzione*.

Le cuento en qué consiste.

—¿De verdad tienes una habitación llena de cosas satisfactorias d romper? —se ríe asombrada—. Es una gran idea para el control de l ira. Es como si solo en esta habitación pudieras…

—¿Qué?

Traga saliva. Sus mejillas se enrojecen.

—Liberarte. Como si lo que sucede aquí dentro no contara. Es eso ¿no?

Jooooooder. Me está costando no pensar con la polla. Apenas m entra aire en los pulmones. Toda la sangre se me ha bajado a l erección.

—Elira, empieza a romper cosas. Hazme el favor de dejarm ayudarte como te conviene que lo haga.

Asiente y se acerca a un jarrón. Le señalo la pared más lejana con l mirada. Ella lo lanza con un grito de guerra y este se hace añicos.

Oír su risa me hace querer comprarle un castillo y llenarlo de cosa para que destroce.

Creo que acabo de encontrar algo mejor para calmar mi ira.

Mi pequeña distruzione.

59



OBJ

Lucian Di Trevi

Tras estar al borde de la muerte, le contamos toda la verdad de Ernestto, Angelica y mi padre a Aldo. Al fin y al cabo, Aldo sabía que los que nos atacaron eran italianos. Puede que le hayan agujereado el pecho, pero la memoria la tiene perfectamente.

—Deberíamos hablarlo con el Don —dice masticando con la boca abierta, sentado en la mesa de piedra en la que solo veo a Elira, aunque no esté comiendo con nosotros—. Quizá existe una razón distinta que explique por qué mintió en cuanto a lo de Idhela. Salvarle la vida a Angelica, por ejemplo.

Es cierto que mi padre la aprecia. Y que me ha dado muchas oportunidades para mandar, para ganarme mi sitio como líder. S

quiere que sea Ernestto el que ocupe su lugar, que es lo que parece, no entiendo por qué lo hizo.

—No —corroboramos Alesso y yo.

—No tendremos ninguna conversación con él hasta que tengamos a Ernestto pillado por los huevos—corroboro—. Es la única manera que tengo de asegurarme de que si acabo con su vida, mi padre no me matará después.

—Tendría que matarnos a ambos —dice Alesso y me llena de orgullo su lealtad.

Carraspeo y desvío la mirada.

—He enviado pruebas a Osman y Bernard Bardhi de que Elira está sana y salva. No sé cómo, se enteraron del ataque y han estado a punto de declararnos la guerra.

—La tensión se palpa en el ambiente —dice Aldo cogiendo una buena porción de *lasagne*. El estrés siempre le ha dado mucha hambre —. Voy a tener que aumentar mi medicación con tal de estar listo para lo que pueda pasar.

—No —decimos mi hermano y yo al unísono, otra vez.

—Es broma, una bromita de nada —alza las manos en son de paz— Nada de drogas extras.

—Saverio está fuera, siguiéndole la pista a Ernestto —dice Alesso.

—¿A cuántos se ha llevado al final?

—A tres. Solo tres en quienes más confía —mi hermano me dice los nombres y aunque los considero muy buena elección, me pone nervioso no tener el control de lo que está pasando.

No saber quién puede traicionarnos en cualquier momento.

No saber las intenciones de mi padre, ni cómo se las justifica…

Ya hemos metido a dos docenas de hombres en esto y sé que lo que les estoy pidiendo, trabajar para mí a espaldas del Don, podría costarles la vida. Por eso me sorprende tanto que me obedezcan, que me sigan.

—Oh, perdón, no sabía que había nadie aquí. —Elira aparece descalza, con un libro romántico entre manos y su bolsa con la comida pato a la naranja.

—Puedes sentarte con nosotros, si quieres. ¿Has comido? —se apresura a preguntar Aldo.

Alesso me hace un gesto con la cabeza para que me mueva y deje de ocupar el centro del banco. Lo hago despacio, como si en vez de piedra estuviera hecho de explosivo. No quiero ahuyentarla.

—¿Y ese rasguño en la mejilla? ¿Cómo te lo has hecho? ¿Te lo ha hecho alguien? Dime quién.

—Aldo, cálmate, ¿quieres? —le ladro mientras Elira sonríe con timidez y comparte una mirada solo conmigo.

Acaba de sonreírme. A mí. Estoy a punto de girarme a nuestro público y preguntar si lo han visto, pero para eso tendría que dejar de mirarla. Y no puedo.

—Jefe, no podemos dejar que nadie le haga daño. —Aldo se levanta —. ¡Es la princesa!

—*Siéntate*.

—Sí, señor.

—No te preocupes, Aldo, estoy bien —dice ella—. Ha sido jugando.

Y no se le va a infectar, me he asegurado de ello.

—¿Jugando a qué? —le pregunta Alesso desviando su mirada hacia mí.

—¿Tenéis que incordiarla a preguntas después de todo por lo que ha pasado?

—Es cierto, he oído lo de tu prometido. Lo siento —le dice Aldo.

—Pues yo no —Elira se encoge de hombros y le hago hueco en la mesa para que saque su comida de la bolsa.

Es evidente que no la había abierto porque cuando ve lo que es, se queda congelada.

—¿No te gusta? Ya yo tampoco soy fan del pato. Puedo darte toda la *lasagne* que me queda. En realidad, ya no tengo más hambre.

Ella sonríe y me mira. *En una de estas me matas, fenice*.

—Aldo, hoy no das ni una —le dice Alesso, revolviéndole el pelo.

—Come —le pido a Elira antes de que se dé cuenta de lo mucho que babeo por ella.

Sería genial compartir un momento así, los cuatro juntos, si no fuera porque Aldo no deja de atosigarla a preguntas. Apenas puede disfrutar de lo que la hace gemir de gusto. *Me está matando*.

—Aldo.

—¿Elira?

—Estás tan lleno de tensión que podrías sustituir al uranio en una central nuclear —le dice poniéndole una mano suya sobre la de Aldo que sostiene el tenedor.

Fíjate tú, con lo que lo quiero, ahora mismo me gustaría prenderle fuego.

—¿Yo? G-gracias.

—No es un cumplido, gilipollas —le gruño, hoy no sé hablar en otro idioma.

Elira se gira hacia mí con una mirada asesina.

—Tu personalidad es como el ácido fluorhídrico: altamente corrosiva, pero extrañamente fascinante —esto último lo suelta más bajo y como Aldo se está carcajeando, soy el único que la escucha.

Lanzo una mirada a mi subordinado, se caga de miedo y sigue comiendo.

—¿Te fascina horrores la química, eh? —le pregunta mi hermano y es suficiente para que ella corra a su dormitorio en busca de algunos de sus libros—. Me parece que acabo de inscribirnos en una masterclass de química.

—A mí me parece bien escuchar todo lo que quiera contarme Elira —asegura Aldo.

En serio, lo mío me cuesta no ir a por la gasolina.



OBJ



OBJ



OBJ

60



OBJ

Elira Bardhi

Salgo de mi habitación con el libro en la mano y me topo cor Angelica que incluso a esta hora del día lleva un vestidazo que le queda obscenamente bien.

—¿La princesita ya se ha cansado del picnic?

Ignoro el retintín con el que lo dice, su sonrisa gélida y la forma en que me mira. No sé en qué momento hemos empezado a ser enemigas.

—¿Querías algo de mí?

—La tiene grande, ¿verdad?

—¿C-cómo?

—No te hagas la mosquita muerta conmigo, es molesto —pierde la sonrisa, pero no el tono seductor inocentón—. Cuando te la mete a

fondo de la garganta, parece capaz de asfixiarte, pero harías cualquie cosa por él. Para que luego se meta entre tus piernas y te lleve al cielo ¿a que sí? —suelta una risita—. Al fin y al cabo, el jefe no soporta deja insatisfecha a una mujer.

Angelica me empuja a un océano de celos y yo no opong resistencia.

—¿Por qué me lo cuentas?

—Para que no te creas especial —baja el tono y me agarra del braz tan fuerte que sé que me dejará marca—. Puede que hayas matado a u tío por él, pero por mucho que te bajes las bragas, no eres rival contr mí. Llevo aquí mucho más tiempo que tú, niñata, he visto a mucha igualitas a ti. Sumisas. Débiles. Sin estómago para este mundo. ¿Per sabes a quién vuelve siempre?

—¿Qué está pasando aquí? —la voz de Lucian retumba por la paredes del pasillo y gana varios centímetros de altura extra cuando su ojos caen hasta el agarre de Angelica.

—Hola, *jefe* —me suelta y se acerca a él contoneándose—. Solo l estaba ofreciendo mi ayuda a Elira. Por si quiere una amiga con la qu charlar después de lo ocurrido con Aldo. No sé tú, pero yo ahora l considero una de los nuestros.

Lucian desvía su mirada rabiosa a mí y quiero largarme porque la ideas de ella arrodillada y él… me repugna. Siento náuseas. Y celos. Y ofensa. *Angelica es horrible y él se ha metido entre sus piernas, qu asco.*

—¿Elira? ¿Es eso lo que ha pasado?

—Pues claro que sí —ronronea Angelica, riéndose como si tal cosa frotándole los pechos contra su brazo—. ¿Es que pones en duda m palabra, Luci?

—No te he preguntado a ti. ¿Elira?

Yo tenía un plan, pero a la mierda.

—Me ha dicho que la tienes muy grande y que casi la ahoga mientras folláis, pero que haría cualquier cosa por acostarse contigo Cree que también follas conmigo y que no voy a durarte nada, pese haber matado por ti. Cosa que no he hecho. Ahh, y me ha llamad mosquita muerta.

—¡Eso no es cierto!

Echo a andar para largarme, porque no me interesa estar aquí, pero no puedo porque un bloque de cemento italiano me lo impide.

—¿Puedes apartarte, Lucifer? —pregunto con toda la mala baba con la que me estoy envenenando.

—¿Lucifer? ¡Cómo te atreves! —chilla Angelica.

—Espera en mi despacho, Elira.

Es una orden y está cabreado de narices. Me recuerdo que, tal y como ha insinuado Angelica, yo acabo de llegar así que no sé de qué es capaz. Obedezco. No cierro la puerta así que puedo oír con claridad lo que pasa en el pasillo.

—¿Ves eso, Angelica? Puse cámaras de seguridad frente a su puerta después de que la drogaran. Sabiendo eso, ¿quieres cambiar la respuesta que me has dado? —todo en su voz indica que no necesita confirmación, que sabe que miente.

Ella se desmorona de la forma más patética posible.

—¡Vale!. Puede que haya sido una zorra mala, ¡pero solo porque le haces más caso a ella que a mí! Desde que llegó me he vuelto invisible. Y vas a recompensarme ahora mismo.

Asomándome por la puerta, la veo arrodillada, intentando agarrarse a su cinturón. *¿Esta mujer no tiene ni una pizca de amor propio o qué?*

Lucian la levanta con firmeza, pero sin violencia. El corazón me va a mil por hora. *¿Qué va a hacer?*

61



OBJ

Lucian Di Trevi

Bajo el tono para que mis siguientes palabras solo alcancen los oído
de Angelica.

—El hombre al que te follas podría haberte avisado de las cámaras
Sí, sé lo de Ernestto.

—¿Estás celoso? Solo me acuesto con Ernestto porque me compra
de todo, pero es un viejo y no se le pone tan dura como a ti. Te lo
prometo, ¡es a ti a quien quiero! Te he querido siempre.

—Tú no sabes una mierda de lo que es querer.

—¡Lucian!

—No vuelvas a acercarte a Elira, ni a pisar este lugar, a menos que
quieras salir metida en una bolsa de basura. —No llegaría tan lejos

pero la duda que le provoco es suficiente para que salga despavorida de aquí.

Entro en el despacho a zancadas.

Segundo asalto.

62



OBJ

Elira Bardhi

—Si has hecho eso por mí, podrías habértelo ahorrado. Ha sido innecesario.

—No suelo presenciar injusticias y quedarme callado, no es mi estilo. Angelica no volverá a pisar esta casa, mucho menos a molestarte.

—Siento que te hayas quedado sin sexo.

—Me he acostado con muchas mujeres de las que no sabía el nombre y no quise cruzar la línea con Angelica porque sabía lo territorial que era. La había visto ponerse celosa de muchos de mis hombres —dice corroborando lo que me dijo Aldo un día—. Insistió que solo quería usarme, y cedí. Nos acostamos durante un par de semanas

pero no he vuelto a tocarla desde que te conocí. Ni a ella, ni a ninguna otra.

Elira: corazón, ¿te relajas? ¡Que al final explotas!

Corazón: Lucian nunca miente.

—¿Se supone que debo sentirme halagada? —consigo decir en tono neutro.

—Dijiste que no sabías lo que te hacía —se acerca—, que te habías metido en una montaña rusa de emociones —se acerca más—. Bien Elira Bardhi, pues yo también estoy subido en ella.

Trago saliva con dificultad.

—T-tomo nota. Aunque considero relevante destacar que nos seguimos odiando, que tú me has secuestrado y que yo me muero de ganas de perderte de vista.

Sonríe. Es tan guapo que debería dolerle.

—Tomo nota. ¿Todavía tienes ganas de comer?

—Sí.

—Pues vas a tener que moverte.

—Tú primero.

Me coge de la mano y tira de mí acariciándomela como un salvaje demente. Me colma de escalofríos. De deseo. De hambre voraz por él.

Sonríe como si lo supiera todo de mí. ¿A quién pretendo engañar? Lo sabe.

Llega la medianoche y estoy en la cama, hecha un lío.

No paro de dar vueltas. Acabo de ducharme y todavía tengo el pelo mojado y la piel ardiendo. Oír el murmullo de Lucian hablando por teléfono no está bajando mi temperatura, ni el ritmo de mis latidos.

Debe estar en el balcón para que lo oiga tan cerca.

Como tengo las llaves, he abierto el balcón y ahora... ahora siento que está aquí conmigo. Mi cuerpo reacciona sin que yo quiera Marcando mis pezones por encima de la tela del pijama Empapándome el sexo con un deseo que yo no he pedido.

Le odio y a su vez, no le odio en absoluto. Esa es la verdad.

Le escucho maldecir y me recuerdo que detesto lo malhablado que es mientras la excitación me emborracha. Me lo repito mientras mi centro se humedece pensando en la rabia que le tengo. En la que me

tiene él a mí y aun así, me trae pato a la naranja, me defiende de chicas malas y me permite poner patas arriba su *distruzione*.

Mis piernas se mueven solas, abriéndose contra mi voluntad.

Mis manos traicioneras deslizan mis shorts de seda más allá de mis caderas y no paran hasta que caen al suelo. No me he puesto ropa interior, así que cuando hago lo mismo con la blusa, me quedo sin barreras que quitar.

—No vas a masturbarte —me ordeno en susurros—. ¿Pensando en él? Es que ni loca, vamos.

Acaricio mis pezones porque sigo súper desnuda. Maldita sea. Tres, dos, uno… Me doy la vuelta en la cama y contra la almohada, ahogo un grito frustrado. El problema es cuando mis caderas se mueven sin permiso y las sábanas arrugadas me generan una fricción excesivamente interesante… No puedo más.

He intentado resistirme, pero no soy lo bastante fuerte.

Ya no.

Uso mi mano para frotarme el clítoris con fuerza, en círculos o de arriba abajo, presionándome más contra el colchón hasta que estoy en llamas. Hacía mucho tiempo que no necesitaba masturbarme con tanta urgencia, pero eso cambió desde que llegué aquí.

Hundo la cara en la almohada intentando acallar el primer gemido que sale de mí que solo lleva un nombre: el suyo. Separo más las piernas y acelero el ritmo.

No pienso meterme los dedos hasta que no me quede más remedio. Quiero imaginar que es él quien me lo hace. *Y Lucian me torturaría hasta que me deshiciera en súplicas.*

Me muerdo el labio imaginando que esta noche es él quien salta hasta mi balcón. Su voz suena *tan* cerca que casi puedo imaginarme que lo ha hecho.

¿Qué diría al verme así de necesitada? ¿Qué haría si supiera que esto es por él? ¿Que el hombre con el que estuve a punto de casarme nunca me tuvo así de desesperada?

Palpito con rapidez, estoy más sensible que nunca. Alzo el culo, separo las piernas y acaricio mi centro, lo tanteo sin entrar. Gimo más fuerte contra la almohada, con la piel ardiendo y casi sin oxígeno.

Es doloroso la falta que me hace algo que nunca he tenido, ni he probado.

Me dejo caer de nuevo contra el colchón y el roce de mis pezones contra las sábanas, y el de mi muñeca contra el clítoris, me hace no poder aguantar más. Mi cuerpo se mueve solo. Y mis dedos también.

Me los meto hasta el fondo y me sabe a poco. Aumento el ritmo. Dos. Tres veces. Los hago resbalar con rabia, no me detengo. De mi boca solo salen gemidos e improperios que huelen a su nombre.

Lucifer.

La humedad marca la cara interna de mis muslos mientras el placer me satura. Estoy a punto. Imagino su peso aplastándome desde detrás, su «buena chica» ronco y demoledor excitándome todavía más.

Mi clítoris arde. Me retuerzo, aprieto las piernas y cuando llega el orgasmo, lo hace como una ola caliente y devastadora que me zarandea entera.

Me quedo ahí sudada, jadeando, tendida como un animal herido que no sabe sobrevivir a sus propios incendios. Temblando por alguien que no debería significar nada, pero que…

63



OBJ

Lucian Di Trevi

Caterina Di Trevi estaba muy enamorada de mi padre.

Él salvó a mamá del cártel de la *Camorra*. Era solo una muestra de poder y por aquel entonces mi padre estaba a favor de la trata de blancas, pero no pudo seguir con sus planes cuando la vio. Ella lo trató como el héroe que no era, y él se convirtió en alguien menos cruel y sanguinario por ella.

Ahora, mientras Alesso y yo trabajamos en descubrir toda la verdad no paro de pensar en mi madre. Creo que las personas nunca se van de todo, que los muertos cuidan a quienes estamos aquí en la tierra, y yo.. espero que entienda el por qué tras mis acciones.

—No digas nada, si puedes evitarlo —le pido a Alesso antes de entrar en el despacho del Don, que ha solicitado verme nada más salir el sol.

—Ya lo sé.

Nada más entrar, me sorprende ver a Ernestto con el Don. Mueve la cabeza en señal de respeto, pero su sonrisa envenenada me pone en alerta.

Resulta que nuestro padre está tan cabreado que no me extrañaría nada que nos fuéramos de aquí con heridas nuevas.

—Tenemos que matarla.

—¿Don? —pregunto esperando una explicación más larga.

—¡A la chica! Los albanos atacaron el yate de mis hijos, ¡los míos ¿Qué más pruebas necesitas de que debemos entrar en guerra con ellos ¿Lucian? ¿Te crees que por estar en cama todo el día no me enteraría? He dejado que seas tú el que lidie con todo esto, pero me está decepcionando tu escasa sed de venganza.

—Estoy planeando algo importante, padre. Y la venganza es un plato que se sirve frío. Dejarnos llevar por las emociones no nos traerá nada bueno.

Lo miro, rojo de rabia, aún en pijama, y me pregunto si la falta de respeto que siento por él es por todo lo que Alesso y yo estamos descubriendo.

—Háblame de tus planes, entonces.

—Esperar a que Osman renuncie a su título de Don, pague lo que le exigimos y entonces decirle que solo le devolveremos a Elira si Osman se disculpa ante ti, de rodillas.

Le brillan los ojos de la emoción, pese a que no es lo que querría oír.

Mi padre lleva hablando de la guerra con la mafia albanesa meses y sabe que Alesso y yo estamos en contra, que no queremos perder a todos esos hombres en una lucha de poder absurda. Así que no habría sido creíble inventarme otra cosa menos denigrante.

Además, esto nos compra tiempo suficiente.

Al ritmo que vamos, cuando se cumplan las tres semanas, ya tendremos todo lo que necesitamos saber.

—Necesito que vayáis al puerto. Un par de barcos pesqueros traerán armas y cocaína en dobles fondos. Lo envían nuestros nuevos proveedores —me encarga apoyándose en un bastón que dudo que necesite en realidad—. Quiero que vayáis los dos personalmente. Yo no

puedo. Ernestto te acompañará. Llevaos a los hombres que consideréis oportunos.

—¿Cocaína? —pregunta Alesso, pero vuelve a cerrar la boca cuando ambos le miramos.

—Lo nuestro es la heroína y se distribuye directamente en nuestros casinos.

El oído me silba cuando el bofetón aterriza más allá de mi mejilla.

—¿Sigues teniendo preguntas, Lucian?

—Sí.

La segunda vez no falla y es con el puño cerrado. Ernestto ni siquiera se molesta en fingir que no está disfrutando con esto. Mi padre no tolera bien la desobediencia, pero no puedo achantarme.

—Padre, la cocaína es cosa de la *'Ndrangheta*. Estamos en un momento delicado con una mafia, no conviene empezar otro conflicto y menos con nuestros vecinos.

Alesso agarra el brazo de mi padre para que no me dé un tercer golpe.

Soy yo el que estampa a Alesso contra la pared y le grita si ha perdido la cabeza. Lo hago porque de lo contrario, mi padre le dará una paliza.

Satisfecho con la violencia que ha despertado en mí, nos pide que salgamos de su vista. No sin antes decirnos que su salud está recuperada y que si vuelve a ver que alguien intenta hacer de canguro colgará su cabeza en la entrada de la mansión.

—Está fuera de sí —dice Alesso con rabia.

Tiro de él para que no se pare. Recuerdo detalles de mi padre conversaciones pasadas, la codicia enturbiando su mente desde hace meses. Me pregunto si lo conozco de verdad.

Saverio nos cita fuera de la casa.

Dejo a Aldo a cargo de Elira, aunque no me gusta la idea porque aún está convaleciente. Pero ella todavía duerme y solo va a ser un momento.

En un portátil sin conexión, metido en uno de nuestros furgones aparcados fuera del recinto de la mansión, está Saverio.

—Me he pasado la noche haciendo algunas revisiones.

—¿Tú no duermes o qué? —pregunta Alesso a su mejor amigo.

—No, cuando tengo algo mejor que hacer. ¿Quiero saber qué te ha pasado en la cara?

—No —respondemos al unísono.

—Mi paciencia hoy brilla por su ausencia, Saverio —le advierto.

—Será mejor que lo escuchéis vosotros mismos.

Desde el yate, Alesso se descargó las grabaciones de las cámaras de vigilancia de la mansión, de los últimos tres años. Necesitaríamos cinco vidas para revisarlas todas y encontrar algo que valga. Pero resulta que para lo que ha encontrado Saverio de nuestro padre, no le ha hecho falta irse muy lejos en el tiempo.

Mientras la voz de Angelica, aterrada, confiesa que ha drogado a Elira en un impulso de celos y que si yo me entero, la mataré, Ernestto propone a Idhela allí presente. La joven cocinera habla de su hijo y Zac Di Trevi accede.

«—La muerte prematura de Elira habría hecho que todo mi trabajo fuera en balde. ¿Eres consciente?

—Lo siento, Don. ¡Lo siento muchísimo! ¡No lo pensé! —dice Angelica temblorosa».

No escuchamos a qué planes se refiere porque la conversación toma un revés. El Don le pide que se la chupe, delante de todos los presentes y Angelica lo hace.

—No me lo puedo creer —Alesso parece a punto de vomitar cuando yo todavía estoy atascado en la violencia con la que la trata, muy ocupado tratando de digerir lo repulsivo de la escena como para hablar.

La ha visto crecer y aun así no duda. La usa, la humilla, hace lo que quiere con ella y Angelica se deja. Conozco un nuevo nivel de furia solo de imaginar que tratara así a nuestra madre.

—Eso no es todo —dice Saverio.

Alesso consiguió entrar en un móvil viejo de Ernestto, uno de esos que ni siquiera tenía cámara. Solo contaba con un contacto: el de mi padre. Es de ahí de donde Saverio ha encontrado la grabación. En cuanto le veo la cara, sé que no estoy preparado para oírlo.

—La mafia rusa no está contenta con su porcentaje en el proyecto que tenemos en común, el de trata de blancas —dice el Don—. Acabo de aterrizar en San Petersburgo, he venido a apaciguar las aguas. El ambiente está tenso así que si te necesito, llamaré a Caterina con la excusa de que solo las reinas

de ambas mafias podrán solventar el problema. Dudo que dé resultado y e probable que acaben capturándoos también. No dejo que vengas conmig porque eres mi as en la manga. Ernestto, sobra decir que, en caso de qu tengas que elegir entre salvar al Don de la Cosa Nostra o a una simple muje me elijas a mí. No me falles.

La utilizó como cebo.

Ernestto pudo haberla salvado, pero eligió dejarla atrás.

Mi padre aceptó que la destrozaran. Que abusaran de ella, l hirieran y la mataran.

Esa es la sangre corre por mis venas.

Lo veo todo rojo y estrello el puño contra el cristal de la ventanill hasta que lo rompo. Si no me vuelvo loco del todo es porque Alesso sí l hace.

Contra las paredes del furgón, contra cualquier cosa que pilla Amenazando con ir a matarlo ahora mismo. Ignorando todo lo qu sabe sobre la venganza sentida y no razonada, sobre las consecuencia de la impulsividad en un mundo como el nuestro.

Tengo que desarmarlo cuando no atiende a razones y acabo dándol un puñetazo que lo deja inconsciente.

—Sé por qué lo has hecho —dice Saverio con miedo en los ojos— Pero no puedo dejarte que vayas a matar a tu padre solo. Acabarías co él, pero te matarían a ti también.

—No me conoces tan bien cómo a Alesso —aprieto tanto los nudillo ensangrentados que me crujen.

Durante los siguientes minutos, mientras la espuma de la rabia m anega el cerebro, grito. *Quiero sangre. La de Ernestto. La de Angelica Y sobre todo, la del asesino de mi madre.*

64



OBJ

Lucian Di Trevi

Nadie atacó a Zac Di Trevi.

Si el accidente tuvo lugar o no, ni lo sé ni me importa, pero lo que s sé es que fueron sus propios hombres. Los albanos no tuvieron nad que ver. Igual que lo sucedido en el yate, que tampoco fueron lo albanos. Intentaron ser silenciosos, mantener los labios sellados par que no se les notara.

Una vez más mi seguridad me impidió ver lo que tenía frente a mí No intentaron matarnos ni a Alesso, ni a mí. Querían a Elira para qu la guerra estallara. Quizá incluso a Aldo, para que el dolor m nublara el raciocinio y fuera el peón que Zac Di Trevi siempre h querido que sea.

Teniendo en cuenta que mi padre nos ha ordenado a Alesso y a m que vayamos al puerto, nadie debería extrañarse que pida a Dencere que nos acompañe. Es uno de los perros falderos de Ernestto. Uno que no puede negarse cuando le pido que suba al coche.

Nunca llegamos al puerto.

En un trastero de una zona industrial, Dencere, colgado de los pies se desangra sin prisa o ni pausa.

—Explícamelo otra vez, para que lo entienda —lo cojo del pelo para que me mire, aunque tiene los ojos tan hinchados que apenas puede hacerlo—. ¿Ernestto no va a ser el Don?

—Por favor, no me mates.

—Te cortaré la lengua si no le das un buen uso. —Hundo mi puño en su estómago y oigo la sangre salpicando el suelo—. O mejor dejaré que lo haga Alesso. Hoy tiene muchas ganas de matar a alguien. *Habla*.

—Ernestto seguirá al Don hasta el fin y el Don quiere la guerra con la mafia albanesa para quedarse con su negocio de la droga. No está conforme con ponerle un límite a sus beneficios, ni a que se venda solo en los casinos.

—Dime algo que no sepa. —Le propino otro golpe, porque está claro que no me teme lo que debería.

—El Don sabe que ambos están en contra de iniciar esa guerra, igual que sabe que la mitad de los hombres le llaman «el jefe» desde hace tiempo. ¡No puede ir contra su voluntad sin perder parte de su poder así que...!

—Ha decidido manipularme. A sus hijos.

—¡Sí! Primero haciéndole creer que la mafia albanesa había atacado a nuestro Don. Después con el asalto del yate. Ambos éxitos eran la preparación para el ataque definitivo a la mafia albanesa desde Estad-.

Alesso convierte a Dencere en un colador.

—¿Por qué has hecho eso? ¡Era nuestra oportunidad de conseguir respuestas!

—¡¡Por Aldo!! —ruge—. ¿Tú le has oído? ¡La muerte de nuestro hermano podría haber manchado sus manos como la de nuestra madre! —Gasta las balas que le quedan con el cuerpo inerte de Dencere.

Joder, está fuera de sí.

Lo cojo de la nuca y lo atraigo hacia mí, pego su frente a la mía y le pido que se calme.

—No puedo perderte a ti también, Alesso. Necesito que te controles. Nuestra madre no va a estar menos muerta si jodes esto. Solo podremos tener nuestra *vendetta* si no nos dejamos llevar y seguimos el plan.

—Lo sé, lo sé —agacha la cabeza.

Herido se revuelve, pero no se aleja. *No puedo dejar que esto me supere. Tengo que ser el ancla de Alesso.*

—He llamado a la policía —dice Saverio, también allí presente—. He dado el soplo de lo que va a suceder en el muelle. Tenemos las espaldas cubiertas.

—A nadie le sorprenderá que Dencere no vuelva con vida —pienso en voz alta—. Son cosas que pasan.

—Exacto.

—Bien hecho, Saverio.

—Iba a decir Estados Unidos. Estoy seguro.

—Yo también lo creo. Tenemos que averiguar cuándo va a producirse y la manera de pararlo a tiempo. Hacerle creer al Don que seguimos de su parte para no empezar una guerra interna antes de que estemos preparados.

Puede que Dencere creyera que Ernestto no iría en contra del Don. Pero solo un traidor puede seguir a otro.

Hay muchos cabos sueltos todavía y todos apuntan hacia una policía: Ayris MacAlister.

65



OBJ

Elira Bardhi

Es media tarde y todavía no he visto a Lucian en todo el día. Ni a Alesso. Me pregunto si tiene que ver con aquello. *«Nadie más que tú, Aldo, Alesso y yo sabemos que eran italianos y necesito que siga siendo así»*.

Es evidente que está pasando algo en la *Cosa Nostra*. Pero supongo que mi tarjeta de «albanesa secuestrada» no me permite tener acceso a dicha información y tengo que conformarme con que me cierren en la cara la puerta de «prohibido el paso, solo personal autorizado».

Aldo y yo nos pasamos el rato en la piscina y me sabe mal que me deje hablar tanto de lo que me gusta. O sea, me encanta, pero creo que *debería* saberme mal.

¿Eso cuenta igual, no?

—¿Puedo darte una información que no me has pedido y que s cuentas me contarán el cuello?

—Ay, Aldo. No lo sé. ¿No?

—Te la diré de todas formas. —Sube al bordillo sin esfuerzo y s sienta, mirándome desde las alturas—. El jefe tardó un año y medio e saber cuál era mi comida favorita. Hay personas con las que llev trabajando más de veinte años, de las que conoce su habilidad par disparar a cierta distancia, pero que ni de puta coña sabe qué cojone les gusta hacer en su tiempo libre.

—Esa boca, Aldo.

—Pero pillas el mensaje, ¿no?

—Sí, la sutileza no es lo tuyo.

—Mira, no soy científico, pero entre vosotros hay más química qu en la tabla periódica.

Me hundo para no admitirle que sí. *Lucian es cloro: tóxico, per adictivo; y yo soy sodio: explosiva con el agua.*

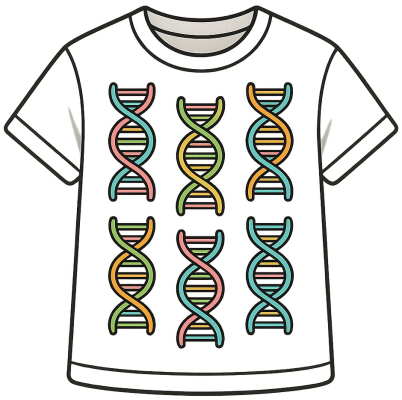
—Voy a por un helado, ¿quieres uno?

—¿Puedo? —alzo una ceja pensativa.

—Tienen un cierre de seguridad. ¡Te traeré un bote solo para ti!

Hemos estado jugando al «¿qué prefieres?» durante una hora as que confío en que me traerá algo delicioso.

Salgo del agua y me escurro el pelo. Miro la ridícula camiset adorable que hay sobre la tumbona. Tiene un montón de adorable hélices de ADN. Sé en la clase de tiendas en las que compra Lucian D Trevi solo con oler uno de sus trajes caros de cerca, así que no tengo n idea de dónde podría haber conseguido semejante…



Algo fino, delgado, como una caña de pescar me aprieta el cuello con fuerza y dejo de respirar. Intento gritar, pero no puedo.

Agredir a quien sea que esté detrás de mí, tampoco surge efecto Entro en pánico. Mis conocimientos de defensa personal se han esfumado de mi cabeza y solo queda el miedo. Aunque mi codo alcanza su abdomen, y por el gruñido, sé que es un hombre, no consigo nada Menos que eso.

Caemos al agua. Juntos.

Me asfixio por partida doble.

El terror absoluto me impregna con su veneno mortal. Se disuelve en todas direcciones. Voy a morir. Aquí. *Ahora*. El mundo se oscurece y mi cráneo palpita con los últimos latidos de mi corazón.

Oigo un disparo. Tres. Cinco. Muchísimos.

Apenas sé si estoy viva. El agua se llena de sangre.

Alguien se sumerge en la piscina frente a mí, tan rápido como una bala. En un abrir y cerrar de ojos, estoy fuera. Lucian me deja en el suelo repitiendo mi nombre como una plegaria.

—Respira, *fenice*. Respira.

Me agarro a él intentando meter oxígeno en los pulmones.

Me arden. Y la garganta. Y los ojos. Sé que ya no está ahí, pero sigo notando algo oprimiendo la piel de mi cuello, cortándome. Desvío la cabeza hacia el hombre que flota boca abajo en la piscina. No lo reconozco, pero ha acaparado todas y cada una de las balas.

—¿Lo has…? ¿Matado?

No contesta. Solo me acuna contra su pecho, repitiendo una y otra vez:

—He llegado a tiempo. No te he perdido.

66



Elira Bardhi

Lucian parece a punto de matar a Aldo con sus propias manos y tengo que interponerme para que lo suelte. Sí, en mitad de la sala de hospital.

—¡Basta! —"grito" afónica con la garganta en la podredumbre— ¡Solo fue un segundo, Lucian, no ha sido su culpa!

—Lo siento muchísimo, Elira —repite Aldo que tiene el ojo morado y parece a punto de saltar por la ventana incapaz de soportar la culpa.

Tener que calmarle a él me hace postergar lo de ahondar en m miedo y como buena cobardica, lo agradezco.

Siempre he sido así, cuando murió mi madre, pese a ser pequeña me ocupé de animar a mi padre en la medida de lo posible. Me asegure

de que sabía que estaríamos bien, que si compartíamos el dolor pesaría menos.

Alesso, da un puñetazo a la pared donde deja una buena marca y luego dice:

—Nadie ha entrado en la mansión, Lucian. Ya estaba dentro.

Saverio comenta otros datos que tampoco tengo claro qué significan pero Lucian Di Trevi parece al borde del infarto. Y no, que estemos en un hospital no me tranquiliza.

—¡Todo el mundo fuera!

—No me hagas esto —me pide Lucian por lo bajo, como si estar a mi lado fuera lo que le mantiene vivo.

—No iba por ti, ¡iba por el resto! Esperad fuera.

—Elira… —intenta Aldo de nuevo.

Parecen querer comprobar cuántos pueden romperme el corazón a la vez.

—Aldo, gracias a que has sido mi sombra toda la tarde, el atacante se ha quedado sin tiempo y ha tenido que arriesgarse cuando ellos ya estaban dentro de la mansión. Me has salvado la vida. Ahora —señalo la puerta.

En cuanto nos quedamos solos, Lucian pregunta:

—¿Te dolería si te abrazara?

—Me aliviaría.

Casi no he terminado y ya me está levantando, aferrándose a mi cuerpo mientras yo lo hago a su cintura con las piernas.

—Todo esto es culpa mía.

Le cojo ambas mejillas con las manos. Él pega su frente a la mía.

—Me has salvado la vida. Debería replantearme el hecho de dejar de llamarte Lucifer.

Su rostro se contrae como si le hubiera dado una patada.

—No hagas eso. No finjas que estás bien. Sé que es fachada.

—*Por favor* —musito con un hilo de voz—. Solo… solo un poco más ¿Por favor? Si no no voy a poder…

Miro a mi alrededor y él lo entiende.

Al volver a alzar la vista, su mirada es distinta. Un segundo después sus labios chocan contra los míos y una vida nueva explota en mi boca

El corazón me duele. Me arde. En un instante, rompo el beso y me alej
de él lo poco que me permiten sus brazos.

—¿Es que te has vuelto loco? —jadeo.

Lucian solo me mira y lo hace con una culpa, un deseo y un dolo
tan desmesurado en el iris que no puedo resistir mis deseos por hace
que se sienta mejor.

Me lanzo a su boca y le beso.

Oigo fuegos artificiales en mi cabeza, los *siento* en mi piel. *De est
hablaba Kathana. A esto se refería.* Lucian se aparta de mí todo lo qu
le dejan mis brazos.

—¿Es que te has vuelto loca? —jadea ronco.

Estamos a punto de fusionarnos el uno contra el otro, esta vez sin
más excusas en la recámara, cuando la doctora aparece. *Momento
incómodo cargando*.

Me pide que me tumbe en la camilla después de decir por lo bajini lo
bonito que es el amor. Quiero pedirle que llame a una doctora que no
este mal de la cabeza, que nosotros nos odiamos, pero empieza a
hacerme la revisión y me da corte pedirle que pare.

Me asegura que mis cuerdas vocales se recuperarán. Mis pulmone
también están perfectamente. El único problema es el épico trauma qu
me va a dejar esto. Casi me río cuando la doctora me ofrece un
psicólogo.

He sido agredida, secuestrada, y encerrada, he disparado un arma
matado a un hombre y estado a punto de caerme de un balcón. Si mori
ahogada quiere traumarme que se ponga a la cola, ¡¡la lista de espera es
de un año y medio!!

Me río por lo bajo cuando se va y Lucian me mira como si hubiera
perdido la chaveta.

Quizá sea el caso.

Solo cuando llegamos a la mansión, me resulta imposible seguir
empujando el miedo hasta el suelo. Sale a flote igual que el cadáver de
hombre que ha intentado ahogarme, pero por desgracia, Lucian no va a
poder salvarme de este. Mi cuerpo empieza a temblar. Me falta el aire y
mis pies se anclan al suelo.

—No, no puedo —susurro.

—¿Elira? —pregunta el hombre que sostiene mi mano.

—No puedo ir por ahí —ni siquiera había pensado que tendría que pasar por la escena del crimen para ir a la casa, ni que no iba a ser capaz de hacerlo.

Pero mis ojos se vuelven un grifo que no soy capaz de cerrar.

—Ven, aquí —Lucian tira de mí con voz dulce, me coge en brazos y la siguiente vez que me habla, lo hace en mi oído—. ¿Confías en mí?

—Sí.

—Entonces cierra los ojos, *fenice*.

Accedemos a la casa por una entrada distinta. A pesar de que el que ha intentado acabar con mi vida, no formaba parte de la *Cosa Nostra* sigo aterrada de cada rostro desconocido. Todos esos hombres armados son mucho más temibles ahora.

Lucian lo sabe. Por eso me lleva a su dormitorio, cierra tras de sí y me deja en la cama.

—Imagino que tienes mucho trabajo del que ocuparte…

—*Shhh* —me acaricia el pelo, aparta las sábanas y me mete dentro de la cama.

Él se tumba encima de ellas, pero a mi lado. Nunca podría haber imaginar que un mafioso pudiera ser tan respetuoso, pero esta noche necesito que esté tan cerca de mí como sea posible.

—¿Puedo…? —Segura de que se quejará de que siga empapándole la camisa, me subo al regazo de Lucifer, hundo la cara en el hueco de su cuello.

—Llora tranquila, *fenice*.

Y lo hago hasta bien entrada la madrugada.

En sus brazos.

67



OBJ

Lucian Di Trevi

La luz de la luna entra por la ventana y no soy capaz de cerrar los ojos.

La historia que Zac Di Trevi ha contado a nuestros hombres es que la *'Ndrangheta* o la *Camorra* está detrás del ataque a Elira. Que uno de los dos clanes se han enterado de que tenemos a Elira y quieren calentar a la mafia albanesa para que nos declare la guerra y así hacerse con el liderazgo de Italia. *Mentiras y más mentiras.*

Zac Di Trevi ha matado a sangre fría a varios encargados de la vigilancia de la mansión por no evitar que se colara el asesino. *Pero a ese asesino le abrieron la puerta.*

Yo solo necesito ver el mundo arder.

Sé que la muerte no es castigo suficiente, que no es lo que mis enemigos merecen, pero es todo cuanto quiero. Lo único que me frena ahora mismo es el cuerpo de Elira Bardhi. Mi *fenice* ha dejado de llorar pero mi furia no amaina.

Han intentado matarla.

A ella.

No tienen ni puta idea con quién se han metido.

«—Era italiano —dice Alesso en el furgón, cuando volvemos del hospital.

—¿De qué mafia?

—No hay datos que lo relacione con ninguna, era una persona normal y corriente —dice dándome toda la información que necesito.

Esto tiene la firma del Don.

—¿Estás seguro de que quieres esperar?

Miro a Elira en mis brazos. No. No, joder, para nada.

—Te lo diré en unas horas —mascullo tan cargado de ira que no destrozar un castillo de cristal me calmaría».

Elira se despierta a eso de las cinco de la mañana y lo hace en mis brazos, mientras le acaricio la espalda.

No lo sabe, pero es lo único que me ha mantenido cuerdo. Es mi paz. Mi calma. Y ayer cuando casi la pierdo. Me di cuenta de que también es quien da un sentido distinto y nuevo a mi vida. Uno que va más allá de mi trabajo y tiene mucho que ver con mis deseos personales.

Alza la vista hasta la mía y frunce su bonito ceño.

—¿Cómo te encuentras, *fenice? —es lo que le llamo cuando quiero decirle lo preciosa que es y no puedo, o tengo la loca y urgente necesidad de poseerla de alguna forma, aunque sea verbal.*

—En tus brazos bien, es el único lugar en el que me siento a salvo.

Joder. La estrecho todavía más entre ellos.

—¿No has dormido nada?

Sacudo la cabeza y sonrío con la dulzura que merece aunque en mi interior… solo hay caos y destrucción.

—¿Por qué? ¿Te había pasado algo? Ayer no te vi hasta la tarde.

Llevo una de las manos hasta su mejilla y con la otra sigo acariciando su espalda.

—Te mereces saber toda la verdad, pero no sé si quieres oírla.

—¿Te refieres a lo que pasó en el yate? ¿A eso de lo que no puede hablarme?

—A eso y a todo —asiento—. ¿Quieres?

—Por supuesto.

68



Elira Bardhi

—*Lucian* —le digo cuando empieza a darme un montón de información que, en manos de mi tío Osman, podría significar la ruina de la *Cosa Nostra*.

Pero él no se detiene. Ni cesa en sus caricias. Ayer fue un día espantoso para él y no se ha alejado de mí en ningún momento desde que me atacaron.

Una hora después, Lucian me lo ha contado todo. La verdadera razón tras la muerte de su madre me ha dejado como un grifo abierto. Las lágrimas me escuecen en los ojos y no puedo hacer otra cosa que soltarlas.

—Lo siento tanto. Es tan injusto…

Lucian me acuna y me da espacio para que no me guarde ni una sola emoción. Lo hace con la empatía de alguien que tiene experiencia conteniéndolas, que sabe el daño que provoca hacerlo.

Sus manos grandes y cálidas recorren mi espalda con ternura infinita, como si con ese gesto pudiera deshacer no solo mi dolor, sino también el suyo propio.

Por primera vez entiendo la compleja mezcla que compone a hombre al que he apodado como Lucifer. Es implacable, despiadado cuando la situación lo requiere, pero también es profundamente leal a quienes ama.

—La pérdida de control de Alesso con Dencere nos ha costado muy caro y aun así, tú se lo perdonas —le digo—. Mantienes la cabeza fría en los momentos más difíciles. Por eso tantos te llaman «el jefe». Vas a ser un gran líder, ya lo eres.

—*¿Nos?* ¿Has dicho *nos*? —sus ojos brillan más que el sol que ya ha empezado a salir.

—No pienso contarle nada a mi tío. No, cuando estás intentando frenar el ataque desde EEUU y la guerra contra la mafia albanesa. No dejaré que te hieran cuando más necesitas que te protejan.

Sus labios alcanzan los míos en un roce de puro fuego. Un beso feroz que no empieza lento, más bien me devora desde el segundo cero. Mariposas aletean en mi estómago al tiempo que mi corazón acelerado da tres saltos mortales hacia atrás. Me inclino hacia él. Hundo las manos en su pelo. La lengua en su boca. Lucian toma posesión ab-so lu-ta de mi culo y yo estoy convencida de que esta es mi primera experiencia sexual.

—Elira —gruñe contra mi boca, con voz ronca y baja—, dime si quieres esto. Porque estás pasando un mal momento y yo no… No puedo ser egoísta contigo.

¿Está loco? ¿Es que no es evidente? Suplica una vez más raspándome el cuello con su barba incipiente mientras me besa de un modo que podría hacer que me corriera en un estallido inminente.

—No es que lo quiera, es que voy a morirme si no me lo das. —Froto mi deseo palpitante contra su evidente erección y ya es el mejor sexo que he tenido nunca.

—*Fenice…*

El sabor de sus labios es una mezcla de vino y pólvora: dulce y explosivo.

—Por favor, Lucifer. Hazme tuya.

En cuanto tiene mi consentimiento, se vuelve loco.

No tenía ni idea que pudiera llevar a un hombre hasta este nivel de excitación. Dios, ¡si todavía estoy vestida! Su lengua recorre hasta el último rincón de mi boca y lo hace en el beso más sensual y húmedo que me han dado jamás. Sus manos están por todas partes y me aplastan contra él, nos frota casi con violencia, pero es justo lo que necesito.

—No volveré a apartarme de tu lado. Mientras viva, no dejaré que nadie te ponga una mano encima —promete y creo cada letra, cada sílaba y cada acento.

—Te quiero dentro de mí —gimoteo—. Haz el favor de desnudarte *ya*.

Entonces miro a los ojos al mismísimo Lucifer. Sonríe de manera torcida con las mejillas enrojecidas y sé que he despertado a la bestia.

Me tumba en la cama, boca arriba y se deshace de mis shorts. Me arrastra hasta el borde y él se queda de pie, observándome desde las alturas.

Acaricia mi clítoris por encima de mis bragas blancas con el pulgar y luego, hunde la punta de dos dedos de la otra mano, en el punto que mi centro ha humedecido la tela.

—No, preciosa. No pienso tener prisa contigo.

Me mira como si yo fuera todo lo que no ha tenido en la vida.

Quizá seamos dos piezas rotas que encajan a la perfección.

Me retuerzo como una serpiente, me aferro a las sábanas incapaz de entender qué le está haciendo a mi cuerpo. Con Ewan siempre tuve problemas para mojarme y ahora… con él… madre mía, he empapado tanto las bragas que tendré que tirarlas.

—Lo sabía.

—¿El qué, Elira? —ruge deleitándose.

—Sabía que serías así.

—¿Así cómo?

—Hábil —*perfecto*—. Que me torturarías antes de darme lo que deseo.

—¿Has pensado en mí? ¿En nosotros, *así?* —pregunta acelerando el ritmo y yo lo confieso todo.

Deja de jugar cuando estoy a punto de correrme. Entonces quita las bragas y hunde la boca en mis pliegues. Lucian succiona con fuerza y tengo que taparme la boca con la mano para amortiguar el grito roto y afónico que el orgasmo descomunal me arranca.

—Eso me gusta. Joder, grita más fuerte —dice lamiéndome con delirio, como si fuera su sabor favorito.

Alarga mi placer hasta lo indecible. En cuanto me recupero, coloca un cojín bajo mis caderas, no sé para qué.

—Eres adorable —dice cuando se lo pregunto.

—¿Te burlas de mí?

Me da un mordisquito en la cara interna del muslo.

—Sí, pero solo un poco.

Mientras una de sus manos se cuela bajo mi camiseta de hélices de ADN y masajea y tortura mis pechos, la otra usa dos dedos para penetrarme con voracidad mientras su lengua hace lo que quiere con mi clítoris.

Es una araña. No sé cómo me toca en tantos sitios a la vez, pero es perfecto.

—Tus dedos… dios, ¿cómo lo estás haciend…?

Me estremezco ante las incesantes descargas que machacan mi cuerpo, ensañándose conmigo.

Lucian curva los dedos que mete y saca sin freno, golpeando mi punto G sin descanso y me corro como una avalancha.

Es como beberse un relámpago: veo luz blanca detrás de mis párpados. Me tiemblan las piernas de forma involuntaria. El placer es tan extremo que creo que voy a salirme de mi cuerpo. Morirme. No lo sé. No tengo el control de nada. Él se encarga de todo. Es perfecto. Como si hubiera estado frenando la pasión que siente por mí y ahora… ahora ya no hay vuelta atrás.

Estoy recuperando el aliento mientras él no parece encontrar el suyo y… Me mira el sexo como si fuera su obra de arte. Cuando Lucian me quita la camiseta, hace lo mismo con mis pechos antes de llevárselos a

la boca. Me mira con reverencia. Devoción. *No va a permitir que deje de correrme en ningún momento, en realidad sigue odiándome y esto es su manera diabólica de torturarme.*

Oigo su risa.

Creo que lo he dicho en voz alta.

Dios, qué hombre tan insoportable.

69



OBJ

Lucian Di Trevi

Arrastrando su espalda por la cama, Elira se aleja del borde donde yo la he puesto.

—Desnúdate —me pide sonrojada, abriéndose más de piernas para mí mientras la luz tenue del amanecer dibuja sombras dorada en los relieves de sus curvas.

Acaba de decirme que quiere que me entierre tan dentro suyo que le llegue al corazón. El mío ha salido por la puta ventana.

Huele a naranja y a sexo, y no puedo dejar de olerla. De chuparla. Sabe a todas mis fantasías. Es mi paraíso, mi oasis. La razón por la que dudo si he pasado a mejor vida.

Elira se muerde el labio con fuerza a medida que me desnudo. Soy el rey del autocontrol, pero joder, nunca había estado tan desesperado

como lo estoy por ella. Se le contrae el estómago cuando me libero y s sigue mirándome la erección así…

—¿P-puedo chupártela? —no me mira a la cara cuando me l pregunta.

¿Cómo le explico que si acerca esa boca perfecta a mi polla voy correrme en un segundo y a joder nuestro primer polvo juntos Vamos, es que ni de coña.

—Es imposible que me quepa entera, pero…

—Deja de hablar un segundo, *fenice* —pido cuando un par de gota de líquido preseminal me mojan la mano.

—Esa sonrisa que pones, me pone horrores —dice, ahora sí mirándome a los ojos.

—Túmbate —le suplico antes de que me toque.

Cada segundo que paso con ella estoy al puto límite de mi control Me pongo el preservativo y cogiéndomela de la base, le doy toquecitos a su clítoris con el glande hasta que arquea la espalda y me llama de todo

—Vaya, vaya, ¿quién es ahora una malhablada?

—Si fuéramos una fórm-*mmm*-mula, tú y yo daríamos error. La secuestrada y el mafioso. La calculadora explotaría sol… solo d intentarlo.

Mi cuerpo se contrae. Ella gime, roja, palpitando más rápido co cada segundo.

—Puedes irte.

—¿Acabas de echarme de tu habitación? ¿Mientras me haces *eso*? – se retuerce y me obligo a parar para que me tome en serio.

—Esta no es tu guerra y Osman no atacó a mi padre. No teng motivos para ir contra su mafia, ni los tenía para secuestrarte. Puede irte. Eres libre.

Sus ojos castaños brillantes de los orgasmos, se inundan de tristeza y una pizca de ofensa.

—Dejarme libre antes de que mi tío cumpla con su parte es una locura, ¡lo vería como una muestra de debilidad y decidiría atacarte! – exclama en susurros—. Tus hombres también lo verían como una debilidad, y ahora los necesitas más que nunca. ¿Y si el conflict interno de *la Cosa Nostra* llega a oídos de mi tío y que yo esté aquí es l único que os salva?

—*Elira*.

—¿Cómo puedes pedirme que me vaya? Lucian podrías morir. Y Aldo. Y Alesso.

—No te confundas —acaricio sus piernas abiertas con dulzura—. Lo que estoy haciendo es devolverte tu derecho a elegir. A tomar tus propias decisiones.

Sé que he escogido el peor momento posible para tener esta conversación, pero así es la vida. En un abrir y cerrar de ojos Elira se yergue sobre sus rodillas, me coge las mejillas y me fulmina con la mirada.

—Elijo quedarme, Lucifer. Hasta que se cumpla el plazo y mi tío de su brazo a torcer.

Saber que tengo un reloj sobre mi cabeza, que va a alejarse de mí en algún momento, es algo que se me atraviesa. Me hiere. Pero no puedo ignorar su lealtad, más brillante ahora que el día que le salvó la vida a Aldo.

—Entonces a partir de ahora esta será tu cama —sello su promesa y la mía, la que no digo, con nuestros labios, nuestras bocas.

—Síii, *sssí*…

La tumbo y ella me rodea la cintura con las piernas. Soy incapaz de seguir retrasando lo inevitable. Sus gemidos se mezclan con mis gruñidos mientras le como la boca y la embisto centímetro a centímetro.

—Desde que te vi —le muerdo el cuello, el labio inferior—, supe que ibas a ser mi perdición.

Elira grita contra mi boca y por primera vez, sacio el hambre desmedida que tengo de ella, sabiendo que mi adicción acaba de volverse permanente como la tinta de un tatuaje. El vaivén de sus caderas me convierten en dinamita y no sé si voy a explotar o a desintegrarme, ni quién está follando a quien.

Ella siempre ha tenido las riendas. Siempre han sido suyas. De eso estoy seguro.

Se rompe en pedazos. En mi polla. Ante mis ojos. Para que yo lo vea. Gritando mi nombre una y otra vez. Entonces, la lleno por completo. Está tan jodidamente estrecha y cálida, que no puedo hacer nada salvo seguirla.

Super todas mis expectativas, por muy altas que estuvieran.
Es un huracán, el apocalipsis entero, y yo… me rindo a ella.



OBJ



OBJ



OBJ

70



OBJ

Lucian Di Trevi

Después de cerciorarme de limpiar cada rincón de su cuerpo, estoy a punto de arrodillarme y volver a ensuciarla.

—Si me cepillas el pelo, voy a empezar a flipar —dice mirándome a través del espejo.

Le ofrezco el cepillo y ella lo coge. *Idiota, contrólate.*

—¿Puedo hacerte una pregunta?

—Siempre las haces. —Le beso el pelo y le acaricio las costillas.

—¿Cómo a alguien como tú, con un valor a su palabra y la verdad semejante, puede respirar el mismo aire que yo, la más mentirosa de los Hamptons?

—Porque tu código de honor no necesita palabras a las que anclarse ya están ancladas a tu corazón. No dices siempre la verdad, pero haces

siempre lo correcto porque es lo que llevas dentro. En mi caso, m corazón a veces apuesta por ver el mundo arder. No es un tío fiable.

—*Oh*. Claro.

—¿Estás bien?

—No. Hablándome así estás haciendo vibrar cada enlace de m cuerpo, Lucifer.

—¿Estás diciéndome guarradas en plan química?

—Sí —se gira y me lleva las manos al cuello—, y esta reacción ya es irreversible.

La beso y vuelvo a hacerla mía. En el baño, en el suelo de dormitorio, donde sea que caigamos.

Alesso viene a buscarnos antes de que tengamos bastante el uno de otro. *Tener hermanos está muy sobrevalorado.*



¡OBJ

71



OBJ

Elira Bardhi

Estamos todos en una sala perdida de la mansión. Nos hemos reunido con intención de planear lo que no puede definirse de otro modo salvo como: una misión imposible. Pero primero…

—Tienes que estar tomándome el pelo —dice Alesso, a un tris de volverse loco, después de oír a Lucian decir «se lo he contado todo» mientras me acaricia el hombro.

—A mí me parece genial —dice Aldo sonriente.

—Tú estás colado por ella, a ti todo te parece genial —dice Saverio.

—¡Retira eso! —brama Aldo. Luego me mira cortado—. No es cierto —Mira a Lucian aterrado—. No lo es.

—Todavía hay más y bajad la voz —ordena Lucian haciendo que e gallinero enmudezca—. Le he dado la opción de irse.

—¿Qué? —gruñe Alesso.

—Y ha decidido quedarse.

—*¿Quéee?*

—Alesso, te estás ganando una paliza.

—¿Por qué harías algo así? —me pregunta el hermano de Lucife redefiniendo por completo el significado de patidifuso.

—¿Elira, es cierto? —pregunta Aldo conmovido.

Incluso Saverio se ha quedado sin palabras. Desde que le pegó un tiro al teléfono y al anillo, le tengo cariño. Aun más sabiendo lo que ha hecho por Lucian y Alesso.

—No quiero poneros en riesgo cuando más ayuda necesitáis y vuestro principal objetivo es evitar una guerra con la mafia albanesa. A mis ojos, todos queremos lo mismo.

Lucian se lleva la mano que no me ha soltado a los labios y la besa. Así, de sopetón, delante de sus hombres, dejando claro en qué punto estamos. En el de la locura absoluta. *Justo ahí es dónde me estoy construyendo un duplex con vistas.*

72



OBJ

Lucian Di Trevi

Ayer, antes de volver a la mansión y estar a punto de presenciar la muerte de la mujer a la que amo *(joder qué bien sienta decirlo)* hicimos varias llamadas. Tanto Saverio, como Alesso, como yo. En estos momentos contamos con un extenso grupo de mercenarios siguiendo a Ayris MacAlister. No está por ninguna parte. ¿Pero quién sí lo está? Los hombres de Zac Di Trevi.

—¿Qué hay de nuevo, Alesso?

—Me he metido en la red policial, porque soy así de alucinante…

—Al grano, joder.

—Ayris MacAlister ha estado encarcelando a mafiosos italianos y albanos como si fuera deporte olímpico y ella la ganadora de todas las medallas de oro.

—¿Y eso en qué nos afecta? —pregunta Saverio.

—Ernestto y el Don han decidido dar el golpe desde otro continente porque solo así estarán lo bastante lejos como para que no podamos enterarnos de ninguna de sus intenciones —continúa Alesso—. Y los albanos estarán lo bastante hartos como para no seguir tragando mierda. Es perfecto. Salvo porque: no han podido llevar a cabo el ataque.

—Ayris se ha interpuesto —adivino.

—Así que el tío Ernestto se ha puesto de morros y ha enviado a un montón de basura humana a por ella —explica mi hermano en tono bajo—. Porque muerto el perro, se acabó la rabia, lanzan su ataque y empieza la guerra con la mafia albanesa.

—Pero Ayris sigue viva —dice Elira.

—Exacto —confirma Aldo—. Así que Ernestto sigue jodido. Y con él el Don.

—Habrase visto, resulta que vamos a hacer todo lo que esté en nuestra mano para salvar y proteger a una policía —interviene Saverio cambiándose el arma de mano para sacarse un pendrive del bolsillo— Yo he encontrado esto, a raíz de las grabaciones.

—¿Dormís en algún momento?

—Sí, mientras tú follas —dice y *joder, vaya si tiene razón*—. ¿Qué es Saverio?

—Un grupo de albanos que las cámaras de seguridad de la zona captaron hablando con Ernestto Vhàfala y Angelica Benecci hace unos días. Volaron a EEUU el pasado lunes. Todos son "hombres de Osman Bardhi".

—Traidores de su mafia —dice Aldo.

—Aliados del Don de la *Cosa Nostra,* convencidos de que la guerra es inminente y de que nosotros somos más fuertes —concluye Saverio.

—Han estado debilitando a la mafia albanesa desde dentro, por eso somos más fuertes —oigo un clic en mi cabeza.

Ahora tiene sentido.

Creí que el mal gobierno de Osman era la razón, pero ha demostrado entereza ante mi extorsión y el secuestro de su sobrina, después de no haber hecho nada para merecerse el ataque de la *Cosa Nostra*. No es un mal líder.

De repente, alguien llama a la puerta. El Don requiere mi presencia esta vez sin Alesso. Elira me aprieta fuerte la mano dejando claro qu no va a soltarme y yo… voy a perder la cabeza por esta mujer.

73



OBJ

Lucian Di Trevi

—¿Qué hace ella aquí? No la he convocado —espeta el Don, de tar
mal humor como era de esperar, pero elevado al cuadrado.

Mírame, soy todo un científico.

—El bienestar de Elira es lo único que nos está evitando la guerra
con los albanos, padre. A partir de ahora, no volveré a separarme de
ella. Solo así puedo asegurarle que rebanaré el cuello de quien intente
acabar con su vida de nuevo —digo en el tono más amenazador con e
que he hablado nunca al Don.

—Siempre he admirado tu tenacidad —dice el asesino de mi madre
quien hoy ha decidido ponerse el traje—. Pero no le contarás nada de
nuestros planes a la espía albana o seré yo el que te degüelle a ti.

—Es algo que siempre he tenido claro —afirmo convencido de que s
me levanta la mano, no voy a poder frenarme.

Hoy no.

Que me falta un puto suspiro para perder la cabeza y que lo únic
que me está manteniendo en mis cabales es la mujer a mi lado.

Pero si me levanta la mano, el odio me desbordará.

—¿Qué ocurrió ayer en el puerto?

—Alguien de la policía que aun no se ha enterado de que los tenemo
a todos comprados, jodió tu plan y por poco nos acribillan a balazos.

—Sí, eso es lo que me dijo Alesso anoche. Pero muchos de mi
hombres aseguran no haberos visto a ninguno.

Mierda, con todo el jaleo no he tenido oportunidad de pedirle
nadie que nos cubriera.

—Alesso y yo fuimos antes para vigilar el perímetro. Puede que l
misión nos llegara con muy poco tiempo de antelación, pero sabemo
cómo hacer muy bien nuestro trabajo. Al fin y al cabo, somos hijos de
Don. Aunque ahora que pienso, a quien yo no vi por ninguna parte fu
a Ernestto.

—*Lucian.*

—En cualquier caso, estoy convencido de que alguno de los mucho
hombres que no perdieron la vida gracias a nosotros, podrá
corroborar que nos vieron. Imagino que no todos habrán sid
interrogados, ¿o sí?

El Don tensa la mandíbula.

Es evidente que no estoy usando el tono apropiado con él, pero sab
que pegarme delante de Elira, lo que él considera una rival, sería un
muestra de debilidad. Algo que mi preciosa *fenice* podría transmitir
Osman una vez fuera liberada, y jodernos vivos.

Vaya, vaya, alguien acaba de dejar al Don contra las cuerdas.

74



OBJ

Elira Bardhi

Varios días después.

Nunca me he exprimido tanto los sesos como ahora. Poco se habla de lo agotador que es la vida del criminal. Si no fuera porque Alesso está dolorosamente guapo mascando chicle de forma compulsiva, ya le habría tirado una maceta a la cabeza.

Pero es que se parece a Lucian, el tío que odio y adoro con el que comparto la mejor relación sexual de mi vida, ahora mismo no creo que haya nada capaz de molestarme.

Bueno, sí. Zac Di Trevi.

Me molesta tanto que quiero matarlo.

Mira, si le voy a coger el gustillo al arma y todo.

El sarcasmo es lo único que me queda ante la loca situación en la que me encuentro. Ni siquiera me permito ahondar en la idea de que solo me siento a salvo cuando estoy en contacto con Lucian. *O lo tengo dentro de mí.* Mi corazón sí lo hace, se zambulle en esa piscina y luego no quiere salir. Pero *en anteriores episodios* por culpa de hacerle caso me creí las mentiras de mi padre. Tengo que andarme con ojo.

—Vuelve conmigo, *fenice* —gruñe Lucian contra mi clavícula poniéndome una copa de vino en la mano.

Me ha llevado a la azotea. Para ser sinceros, primero ha dicho «me encantaría llevarte a nuestra playa privada y hacerte el amor hasta que se haga de día, pero tendríamos que llevar escoltas y la idea de que otro hombre te vea desnuda me hace querer morirme».

"*Hacerte el amor*". *A mí. Este hombre está mal de la cabeza.*

—¿Te estás poniendo roja?

—Para nada. Es el vino —digo dándole el primer sorbo.

Él se carcajea por lo bajo, llamándome algo así como «mi pequeña mentirosa». Mis ovarios se contraen delirantes ante ese sonido celestial de las narices.

—Deja de hacer eso.

—¿El qué?

—Ser risueño. No te pega nada —le digo y como es así de odioso, él oye lo que quiere y sonríe más.

Ha preparado una cena especial para los dos. *Una cita. Aquí arriba.* Las vistas de Sicilia son espectaculares. El cielo todavía está rosa de recuerdo del atardecer y hay un montón de flores bien cuidadas por todas partes.

—¿De quién son?

—Alesso. La jardinería le desestresa. Es su secreto.

—Pues siempre parece estresado.

—No se lo digas a él o te meterás en problemas —dice presionando su cuerpo contra mí de tal forma que ya me lo estoy imaginando embistiéndome contra la barandilla de piedra.

—Aunque la cena ha sido deliciosa… —susurro—, yo ya quiero el postre.

Lucian me come la boca con devoción y luego se aleja hacia la mesa así de sopetón, asegurándome que me va a encantar el postre.

Vale, recibido. Que estás a punto de empalmarte. ¡Qué mono eresQ

En cuanto me da la espalda, empujo los tirantes más allá de mis hombros. Había algo en mi armario que todavía no me había puesto algo rojo como mi pelo, como el fuego. De encaje. Incluso con plumas en el escote. *Soy un fénix. Ahora sí que sí.*

—Es cannoli siciliani un postre típico de… *la hostia*.

—¿La Hostia? Habría jurado que era de Sicilia —me burlo, aunque no me entra aire en los pulmones por cómo me está mirando.

—Estás desnuda.

—No, llevo un corsé, ligas y alguna que otra cosa —acaricio mi cintura y dejo las manos a la altura de mis caderas.

Quiero sentirme tonta porque no se ha movido del sitio y estoy medio desnuda en una azotea, pero me está mirando como si fuera maldita Afrodita caída del Olimpo. Como si fuera la única reacción exotérmica capaz de incendiarle la vida.

Nunca me he sentido tan hermosa, delicada y deseada. Pero por encima de todo, nunca me he sentido así de valiente. Cada segundo con él es como dar saltos en la cornisa de un rascacielos.

—Por favor, bésame de una vez, Lucifer.

Me coge de la nuca, me atrae hacia sí con una mezcla de violencia y delicadeza, y descubro lo feliz que soy entre sus brazos. Su lengua me asalta, su boca me rompe. Nos besamos como si no existiera un mañana, como si nos lo fuéramos a arrancar todo de una vez: el alma, la ropa y la cordura que nos queda.

Se lo doy todo y cuando profundiza el beso, solo somos dos personas intentando estar lo más cerca posible la una de la otra. Caigo en su embrujo de nuevo, en el hechizo químico del que no he podido escapar.

—Mierda.

—¿Qué pasa?

—No tengo preservativos, pero haré que te corras hasta que no puedas más —empieza a arrodillarse y eso que estos días no ha hecho otra cosa.

Este hombre debería releerse las cláusulas clave para ser un mafioso, estoy segura de que ser un «neandertal egoísta en el sexo» venía incluido en letras rojas. Lo van a acabar expulsando de la mafia por generoso y yo voy a tener cargo de conciencia.

—Levántate —digo desconcertándolo. Alcanzo su cinturón cuando lo hace—. Tengo preservativos en el bolso. Una se vuelve precavida cuando esta desesperada.

—¿Desesperada? —pregunta como si fuera el mayor halago que le han hecho en la vida—. Dios, Elira…

—Pero no vamos a usarlos todavía —me arrodillo y un segundo después, me ha levantado y empotrado contra las enredaderas.

—No me debes nada.

—No quiero chupártela porque te deba algo. Me muero de ganas de darte placer hasta que el orgasmo te machaque los huesos y te corras en mi boca porque… —*corazón: sí, Elira, ¿por qué?*—. Porque es lo que deseo. Y punto. ¿Ocurre algo?

—Yo… —Agacha la mirada sin dejar de acariciarme los brazos.

—Eh, ¿de qué tienes miedo?

—¿De joderlo? —resopla—. Nunca he sentido nada por las mujeres que me lo hacían, Elira, nada más allá del deseo sexual. Tú eres diferente. *Esto* es diferente.

Ay mi madre. Trago saliva.

—¿Y temes de que cuando te la chupe empiece a aburrirte? ¿O que lo haga fatal y me cargue esto que tenemos? ¿Que dejes de querer acostarte conmigo? ¿Todas las anteriores?

Endurece la mandíbula y le brilla la mirada. Hay un mundo de cosas preciosas que no dice, pero que sí transmite, y son a-t-e-r-r-a-d-o-r-a-s

—No. Todo lo que tú haces es especial porque eres tú, *fenice*. No podrías hacerlo mal ni aunque lo intentaras.

—¿Y entonces? —pregunto incapaz de digerir sus palabras.

Lucian me mira como si nunca nadie lo hubiera amado de verdad. Como si temiera que todo lo bueno que siente fuera a desaparecer a parpadear.

—Supongo que temo no estar a la altura.

—¿De qué?

—De ti.

Si las mariposas de mi estómago no se relajan, ¡van a acabar matándome!

—Danos la oportunidad —le muerdo el labio inferior—, el beneficio de la duda, ¿recuerdas?

Lucian se quita la chaqueta y la dobla para que tenga dónde apoya las rodillas. Este es mi chico. Me arrodillo con las pulsaciones a mil. É me acaricia la mejilla mientras libero su imponente erección, sedienta de sentirle dentro de mi boca, de sentir su calor.

—Para si te sientes incómoda —pide—. O si te hago daño.

Le doy un buen lametón lento, de la base al glande. Marcándolo «*Mío*».

Lucian gruñe de tal manera que no puede no curvarme la sonrisa Huele a jabón y a él, y me encanta. Abro bien la boca y lo atrapo dejando que me llene.

Mi lengua se desliza por la parte inferior de su envergadura Mientras con la mano le masajeo el escroto, con la otra le aprieto la base.

Lo estoy saboreando. Paladeando, igual que hago con el poder que tiene sobre mí antes de convertirlo en algo mío. Es incapaz de contene la ristra de maldiciones. Se está esforzando mucho en dejarme todo e control a mí, pero palpita con tanto deseo que estoy empezando a delirar con el mío. Siento la cara interna de los muslos empapada. N siquiera me había dado cuenta de la fricción que estaba generándome.

—Joder, lo... lo haces muy bien, Elira. Tu... tu boca es el puto paraíso.

No sabe decir más que cosas bonitas. Pero la tiene muy grande y empiezo a sentirme fatal conmigo misma porque estoy bastante segura de que no voy a poder metérmela entera sin morir en el intento.

—No te fuerces —me ordena con su tono tajante de mafioso limpiándome una lágrima que se me escapa y dudo—. No hace falta que te la metas entera. Podría correrme solo con mirarte.

Echo el candado a nuestras miradas, prometiéndome no apartarla de la suya hasta el final. Me deja excitada, aliviada y sintiéndome más segura de mí misma. *Este hombre tiene que salir de mi cabeza*. Acelero el ritmo porque soy muy vengativa.

La garganta se me tensa.

Él empieza a mover sus caderas, deleitándose con el escaso espacio entre mis labios sin forzar mi límite. Es el hombre con más autocontro que he conocido nunca. Ewan me hacía daño. Lucian es incapaz y eso me pone muchísimo.

«Dios. Elira. Eres una maravilla» es el himno por el que me rijo, e
que me quema. Lo succiono con fuerza, dejo que el sonido obsceno d
mis labios contra su carne resuene por la azotea.

Cada segundo que pasa parece ser el último que tiene.

—¿De verdad vas a dejar… que me corra en tu boca? —gruñe de u
modo gutural, animal, y estoy a punto de alcanzar el orgasmo.

Ya lo creo que sí.

Estoy fuera de mi mente, totalmente presente en el momento, y e
entonces cuando gana un puñado de centímetros más. No llega a
fondo, pero no pasa nada. Siento que me estoy drogando con su sabor
Que mi cuerpo ha sido diseñado para darle placer y eso me da un pode
que quema.

Se tensa, maldice, se frena y se deja llevar. El futuro Don de la mafi
siciliana se hace pedazos en mi boca con una ristra de sonidos feroces
descontrolados por los que moriría una y mil veces. Me trago tod
cuanto tiene para darme y disfruto de hasta la última gota. Su ola d
éxtasis es gratificante a otro nivel. Satisfacerle me da mucho placer
eso no es algo que me hubiera pasado antes con nadie. Creía que tení
algún problema. Lo tenía: no haber encontrado a Lucian Di Trevi.

Cuando me recoge del suelo, no dice nada. Solo me envuelve entr
sus brazos como si tuviera miedo de que me escurra entre sus dedos.
yo me dejo hacer, temblando, hecha un desastre, feliz, sabiendo qu
esta vez no tengo nada de qué arrepentirme.

No mucho tiempo después descubro que, por muchos preservativo
que llevara en el bolso, no son suficientes.



OBJ

75



OBJ

Lucian Di Trevi

Mi hermano se va a acabar los chicles de toda Italia.

No puedo culparle, mañana se cumple el plazo que le di a Osman y todavía no ha llamado. *Que le importe tan poco Elira me enfurece de forma peligrosa para todos. Fíjate, igual sí quiero la guerra con la mafia albanesa y todo.*

Llevamos días trabajando en secreto en el nuevo plan. Después de lo que pasó en el yate, el ambiente está tenso cuando subimos a nuestra embarcación, todo el mundo espera un ataque de “los albanos”. Yo no las tengo todas conmigo así que en vez de un grupo reducido, esta vez me he traído a todos los hombres en los que confío de verdad. *A todos.*

Solo a esta distancia en el mar Tirreno, los investigadores de nuestro padre no podrán saber en qué andamos metidos. Le digo a Alesso, y a

todos los presentes en la sala, que Elira y yo hemos conseguido recopilar la información de Angelica que nos faltaba. *Resulta que somos un buen equipo en todo lo que nos proponemos.*

Es entonces cuando mi hermano suelta:

—He localizado a Ayris MacAlister.

—¿La tienes? ¿En tiempo real?

—Sí.

—No seremos los únicos —dice Saverio.

—Tenemos que volver a la mansión. *Ahora*.

76



OBJ

Elira Bardhi

Es de noche cuando llegamos a la mansión.

Las luces de la entrada están encendidas y las del paseo rodeado de vegetación y flores silvestres, también. Mi cuerpo se contrae al darse cuenta de que esta vez no he evitado... de que mis pasos van a conducirme hasta la piscin... *ay, no. No, no, no.*

Empieza a costarme respirar. Lucian tira de la mano que me tiene cogida y con cariño dice:

—Vamos, *fenice*.

—Creo que todavía no puedo —clavo los tobillos al camino de piedra —. Lo siento. Iré sola a dar toda la vuelta. No hace falta que me acompañes.

—Nunca te obligaría a cruzar por ahí, ¿de verdad me crees capaz? –Su sonrisa es pícara y dulce a la vez, y me genera curiosidad.

—Pero si vamos por aquí, será irremediable.

—No. Te he preparado algo. Una sorpresa. ¿Quieres verla?

Le sigo. Este lugar tenía muchas piscinas cuando llegué…

Pero ahora tiene una menos.

El agua de la piscina en la que estuve a punto de perder la vida, ha sido drenada y el fondo, sellado con una capa de hormigón negro como la ceniza. La superficie que antes era agua cristalina ahora está recubierta por… llamas. Enormes llamaradas de fuego que crepitan en esa zona del jardín, tan altas que parecen querer alcanzar a los dioses.

—Simboliza lo que le pasará a cualquiera que quiera hacerte daño –dice dándome un beso en el pelo—. ¿Que te parece?

—¿Qué me parece? ¡Que estás chiflado, me parece! ¡Alguien podría quemarse con eso, Lucian! Tienes a un montón de guardias paseando de arriba abajo todo el día. ¿Y si alguien se cae ahí dentro? ¿Tú has visto lo patoso que es Aldo cuando tiene sueño?

—No voy ni a ofenderme porque es verdad —murmura el susodicho por lo bajo, pasando de largo.

Saverio y Alesso también, pero entre risas. Es una suerte que el resto de sus hombres hayan entrado primero, así puedo dejarle claro lo loco que está sin que nadie me deje como un colador.

—Entonces, ¿no te gusta? —pregunta Lucian ladeando la cabeza ¿poniendo…?

No, imposible. ¿Está poniéndome morros?

—No he dicho eso —me apresuro a corregir. Miro a la fosa del fuego y parece la puerta al infierno. *Madre mía, si el corazón me late más deprisa se me saldrá por la garganta*—. Es un gesto precioso. Y si no estuviera tan preocupada, estaría llorando de la emoción.

—¿Y si recubriera la superficie con una lámina de cristal templado indestructible y bajo ella, colocara un sistema de gas y fuego controlado? —propone—. Así se verían las llamas, pero nadie podría caerse dentro.

Estoy enamorada de ti hasta las trancas.

Como no soy capaz de decírselo, me lanzo a sus brazos de un salto y le doy un beso de esos que te absorben el alma.

—¡Jefe! —el grito de Aldo desde la casa rompe el momento y nos alerta de los problemas que se ciernen sobre nosotros.

77



OBJ

Elira Bardhi

La mansión está vacía. No queda nadie.

La única seguridad con la que cuentan Lucian y Alesso son las cuatro docenas de guardias que han venido con nosotros.

—¿Lucian? —pregunto abriendo la puerta del despacho de su padre me he quedado ahí cuando ha dicho que había una nota para él.

Las voces de Alesso y los demás se oyen en la escalera aproximándose.

—Dice que va a hacer un ajuste de cuentas al norte. Por lo ocurrido en el puerto. Dice que hay mucho que no sé y que volverá en dos días.

Zac Di Trevi no está en el norte de Italia y eso lo sabe Lucian tan bien como yo.

Intento que el manojo de nervios que vibra en mi estómago no me desborde.

—Entonces seguiremos con el plan —digo con tenacidad.

Me mira y siento en el alma todo el peso con el que carga.

—Lo tenía todo planeado, Elira. Ha esperado a que nos largásemos Probablemente quiso hacerlo el día que nos mandó a Alesso y a mí a puerto, por eso Ernestto no apareció.

—Sí —le beso el hombro, que es a la altura a la que le llego sin tacones—. Pero sabemos dónde está Ayris, todo está a punto de acabar Vas a poder hacer justicia.

—No bajarás del coche, prométemelo.

—Te lo prometo —miento.

—Es probable que no vuelva con vida, así que antes necesito dejarte una cosa clara. —Coge mis mejillas con ambas manos y dice contra mis labios—. Te quiero, *fenice*.

—*Lucian* —jadeo aferrándome a sus muñecas.

—Es la verdad, mi preciosa Elira. Me he enamorado de tu mente curiosa y hambrienta por saber, de tu rebeldía, de tus labios de mentirosa y de este corazón honesto y bueno, capaz de aceptar un mundo lleno de personas moralmente grises. No te merezco. Nunca lo haría. Pero si tuviera oportunidad…

—¿Qué cojones pasa? —pregunta Alesso.

—Joder —gruñe Lucian por lo bajo—. ¿En serio?

—¿De verdad no han dejado ni una nota? —pregunta Aldo.

Ni siquiera oigo lo que dice Saverio. Las palabras preciosas de Lucian se repiten en bucle en mi cabeza. Me prometo que se lo diré antes de subirnos al avión, que le confesaré lo que lleva gritando mi corazón desde hace tiempo.

Bajamos al piso de abajo y Lucian le cuenta toda la verdad a sus hombres.

Les da la opción de largarse y no formar parte de esto y… ninguno lo hace. Su lealtad es innegable.

El jefe no menciona a la policía Macalister, ni da detalles de la localización exacta a la que nos dirigimos por si hubiera algún traidor entre los oyentes.

No lo parecen.

Muchos dejan claro que es a Lucian a quien siguen desde hac tiempo. Por lo visto, la violencia y el desprecio que vi emanar de Zac D Trevi en dirección a su hijo, no es *nada* en comparación con cóm trataba a los encargados de su seguridad.

Hay quien confunde el miedo con el respeto. Lucifer no es uno d ellos.

78



OBJ

Elira Bardhi

La mitad de los hombres que les quedan a los Di Trevi se reparten entre los hermanos. Alesso y Saverio se llevan al primer grupo con ta de comprobar que los aviones de la mafia siguen estando en su aeropuerto privado.

La mansión está muy bien ubicada, así que es un viaje corto. En veinte minutos, Alesso llama para darnos luz verde.

Me va el corazón a mil cuando me cruzo con Aldo y me corta el paso

—¡Dios, qué susto! —me llevo la mano al pecho—. Pensaba que ya estarías en los furgones. ¿Tienes todo lo que te hace falta? Es raro que te pregunte eso como si te fueras de excursión, cuando lo único que necesitas es un arma. Madre mía, y chaleco antibalas.

—Elira.

—¿Qué?

—Toma. Debería habértelo dado antes —coge mi mano derecha, me extiende el brazo y me ata en la muñeca una pulsera.

De hilo. Es una idéntica a la que ellos tres llevan.

—*Aldo*.

—Es una tontería, pero me gustaría que la llevaras. No solo porque me salvaras la vida. Por todo.

Le doy un abrazo de oso bien apretado. Se nota que le da corte el gesto, pero me corresponde como puede. *Es tan tierno*.

—Tendrán que amputarme la mano para quitármela —prometo entre lágrimas.

Lucian nos está esperando en la entrada y mira al que, a efectos prácticos es su hermano pequeño, con una ceja alzada y un montón de reproche en el rostro. Ha empezado a llover y los cristales están empapados. Aldo acelera al pasar junto a él sin disimular su preocupación por una muerte inminente en manos del jefe.

—La *famiglia* también se abraza, ¿sabes? —me cruzo de brazos.

El murmura algunas maldiciones y le pego en el brazo, jugando. Entonces me inclina la cabeza, acaba con la distancia y me da un beso largo y sentido. *Díselo. Díselo ahora, Elira.*

—¿Llevas mi collar? —pregunta.

—Dirás el localizador. —*Así podré encontrarle y él a mí, en caso que tengamos que salir huyendo.*

Me lo ha dado porque sabe que lo de quedarme en el coche es poco probable. Y porque me quiere. Es lo que gritaban sus acciones la primera vez que me subió a su yate, o me compró pato a la naranja, o me dio la llave de la biblioteca de su madre. Lo gritaban bien alto.

—Podría regalarte un carísimo collar de diamantes cuando volvamos —me acaricia la muñeca con la pulsera de Aldo—. Pero sé que prefieres otro tipo de gestos.

Qué bien me conoces. Me he enamorado de un mafioso que me ve, me acepta, me admira y me valora. Ay madre mía. ¿Pero en qué clase de mundo vivo?

Las luces del pasillo y de uno de los salones titilan al tiempo que una de las ventanas abiertas da un golpe por la lluvia generando un

estruendo. Lucian va a cerrarla para que no se haga pedazos y me pide a mí que compruebe los plomos.

—No queremos que la mansión salga ardiendo —le guiño un ojo— eso lo reservamos para la ex-piscina.

Me mira como si quisiera desnudarme allí mismo. Pronto descubrirá que, por muy loca que sea la situación que estemos viviendo, yo *siempre* quiero que lo haga.

Resulta que los plomos están en la misma sala de las cámaras de vigilancia. No tenía ni idea. Un escalofrío me recorre entera al tiempo que el horror me inunda la garganta. Suelto un grito sordo, asfixiado tal y como me siento. *No es posible. ¡No!* Dejo de tener sangre en las venas, me quedo vacía, casi muerta.

Es curioso. Si no estuviera diluviando yo nunca habría entrado aquí.

Y no lo habría visto.

Las manos, los labios, el cuerpo entero me tiembla con puro pavor.

—*¿Fenice?* —canturrea Lucian desde la entrada—. Vamos, preciosa tenemos que irnos.

Este lugar es lo bastante grande como para tener tiempo.

Si soy rápida.

Salgo corriendo con la garganta llena de lágrimas.

79



OBJ

Elira Bardhi

Cojo a Lucian de la muñeca y sin decir nada, corro con él, tanto como me dan las piernas. Hasta que me arden, hasta que ya casi hemos llegado a la salida donde los furgones esperan. La vegetación que adorna el oasis de la *Cosa Nostra* nos ayuda, sin saberlo.

—¿A qué viene la carrera? ¿Sabes que el avión no se va hasta que yo lo diga no? —pregunta entre risas suaves.

Dios, incluso con la lluvia y el estrés es el hombre más guapo que he visto nunca. *Hazlo*. *¡Hazlo ya!* La lucha interna me retuerce el estómago y las primeras palabras que espeto suenan flojas.

—No voy a ir.

—¿De qué estás…?

—No te quiero, Lucian.

Al principio no dice nada, como si dudara haberme oído bien, perc su cabeza estuviera repitiendo mis palabras con eco, asegurándole que sí.

—Elira, no hace falta que… —carraspea fingiendo que no le ha dolido, recomponiéndose como puede—, sé que es pronto. Y no te lo he dicho para oírlo. Sé que debo ganármelo. Estoy dispuesto a…

—¿De verdad creías que renunciaría a mi vida por estar contigo? Secuestrar personas a tu antojo te ha dado la falsa impresión de que puedes tener todo lo que quieras, pero las personas no funcionan así – pongo mis temblorosas manos en las caderas sintiendo que mi reloj de arena se agota—. Yo *no* soy tuya. Y nunca lo seré.

—No lo entiendo… Creí… No, *sé* lo que hemos vivido. ¿A qué viene esto? Esta no eres tú. —Sus manos están a punto de acariciarme y a mí están a punto de saltárseme las lágrimas.

Arranco la tirita de golpe.

—Sigues viendo solo lo que te interesa ver. Nunca debí acostarme contigo. Fue un error. Debí quedarme odiándote hasta los restos. – Desvío la mirada cuando la suya amenaza con romperme.

Le estoy haciendo mucho daño. Destrozándolo. Y a mí con él.

—Elira…

—No me extraña que esa noche tu madre eligiera volar a Rusia a por tu padre, en vez de quedarse contigo. Ninguna mujer estaría tan loca como para elegirte a ti.

El pecho se le hunde con una exhalación.

Su iris se oscurece y de repente su rictus se vuelve neutro. Me ha cerrado la puerta. Ha enterrado su vulnerabilidad y se ha convertido en el mafioso que necesito que sea.

Lucian me echa un último vistazo y se da media vuelta. Sale de la mansión sin mirar atrás. Me tapo la boca con la mano para amortiguar el sollozo que no puedo controlar. *Necesito esperar y ver cómo desaparece el coche. Hasta estar segura, no me moveré de aquí.*

—Lo siento, mi amor —susurro mientras el furgón se pierde entre la noche—. Lo siento. Te quiero.

Cierro la verja y corro de vuelta.



OBJ



OBJ



OBJ

80



OBJ

Lucian Di Trevi

Creo que voy a vomitar.

No soy muy consciente de lo que pasa, ni de lo que hago, voy en piloto automático. Solo sé que nada me ha dolido así nunca.

—¿Y Elira?

—Aldo sube al furgón.

—Pero…

—¡Sube al furgón! —bramo.

Las ruedas chirrían cuando el conductor le pisa a fondo.

Al llegar al aeropuerto privado, Alesso hace preguntas. Obtiene la misma información que Aldo. Ninguna. No hablo con nadie, durante algunas horas, solo miro por la ventana del avión. En realidad, no, en

realidad solo miro la cara de Elira, porque ella es lo único que soy capaz de ver.

«No me extraña que esa noche tu madre eligiera volar a Rusia a por tu padre, en vez de quedarse contigo. Ninguna mujer estaría tan loca como para elegirte a ti».

Si ella, alguien tan dulce, inteligente y buena, ha dicho eso, es que debe ser verdad. Quizá no vi que para ella esto era diferente. Mis sentimientos no me permitieron verlo.

El dolor se convierte en enfado, el enfado en tristeza. No consigo salir del bucle. Ni tampoco entender lo que ha pasado. *Yo te liberé. Te di la opción de irte, tú la rechazaste.* ¿Acaso fue porque tenía miedo de que fuera de farol? ¿De que la matara si se largaba? Jamás lo habría hecho. *¿Eso significa que ha estado fingiendo?*

Me froto la cara con frustración cuando Alesso se sienta delante de mí.

—Sé que no quieres hablar del tema.

—Eres un lince, hermano.

—Pero deberías.

—¿Ah, sí?

—No te conviene tener la cabeza en otra parte, Lucian. No un día como hoy. No quiero perder a mi hermano.

—Perderás la cabeza si no te largas ya —aprieto tanto el vaso de whiskey que no sé cómo no lo parto en mi mano.

—Vale —se levanta cabreado, pero en vez de irse, me mira desde las alturas—. Alguien me dijo una vez que eres tan fuerte como te muestras en tu momento de mayor debilidad. Recuérdalo.

Capullo. Citarme a mí. ¿Cómo se atreve?

Pero tiene razón.

Hay muchas personas a mi cargo, gente inocente que perderá la vida si no consigo lo que me propongo. Oigo la voz de Aldo de fondo. La de Saverio. Puede que ahora mismo no me importase nada que me mataran, pero ellos sí me importan.

Bien.

Voy a demostrar a la Cosa Nostra por qué voy a convertirme en el Don.

81



OBJ

Lucian Di Trevi

Chicago, Illinois, Estados Unidos.

Al aterrizar en Chicago, me pongo en contacto con uno de nuestros mercenarios que, como el resto, tienen la orden directa de proteger a Ayris MacAlister. Y lo hago sin saber que él es el último en pie que queda. Ni siquiera tiene tiempo a decírmelo, hemos intercambiado dos frases cuando oigo el disparo a través del teléfono.

—Ella es nuestra —dice Ernestto, sin saber con quién habla.

Cuelgo. No nos hace falta. Ya sabemos dónde están.

—La tiene. Va a matarla —le digo Alesso y es suficiente para que pise a fondo el acelerador del coche que hemos conseguido de forma ilegal.

Uno de muchos. Parecemos un convoy. Armados hasta los dientes nos colamos en el intrincado amasijo de callejones quemando rueda.

Es por la mañana, pero el cielo está tan oscuro que casi parece de noche.

Alcanzamos el primer coche. La cara de los que han decidido respaldar con mi padre en su manipulación y su guerra, se desmonta como un puzle al verme. La botella de vidrio llena de gasolina y con un trapo empapado encendido en la boca, sale despedida de mi mano entra por su ventanilla y revienta contra el salpicadero.

Dos, tres… Boom.

Destrozamos tres coches así, la vigilancia más lejana de Zac D Trevi.

—Conduce con cuidado, joder —le ladro a mi hermano.

—Oh, ¿es que esta persecución no está a su gusto? —pregunta en tono de burla—. ¿Va a ponerme una reseña de una estrella, señor?

—Tengo putas botellas con gasolina entre las piernas, solo digo que…

—¿Que quieres tener un montón de balas perforándote el cráneo? ¿Eso dices?

Solo nosotros podríamos ponernos a discutir en una situación como esta.

De repente, mercenarios de Ernestto, probablemente los que han acabado con los nuestros, nos atacan.

Una carrera entre callejones estrechos no es lo ideal. *Casi me pone de mal humor*.

Perdemos a Aldo de vista, a Saverio, a todos. Este lugar es un laberinto y todavía no tengo claro quién supera en número a quién. Nos quedamos sin botellas y siguen apareciendo más.

—¡Joder! —gruñe Alesso cuando la luna trasera del coche estalla con una bala que buscaba a mi cabeza—. ¿Cuánta gente va en ese puto coche? ¡Si ya has matado a dos!

La delantera le sigue poco después. La sangre mana de mi antebrazo, pero no por ello voy a dejar de disparar. Entonces tengo una idea.

—Frena en la siguiente intersección.

—¡¿Has perdido la puta cabeza?!

—¡Tú hazlo, Alesso!

Toma la intersección, frena el coche y nos bajamos. Tenemos escasos segundos para alejarnos de él antes de que nuestros enemigos se estrellen. El humo, los cristales y la sangre sale en todas direcciones

Hay siete dentro del coche, pero no tienen oportunidad de coger e arma.

Saverio aparece en otro vehículo, pero frena antes de chocar Entonces Aldo, desde el asiento del copiloto, lanza una botella de crista con gasolina, la cuela por una ventanilla del coche estrellado gracias a su gran puntería y el fuego hace el resto. Incluso entonces pienso en Elira. En la piscina. *Para mí fue un buen gesto, pero le fallé y estuvo a punto de morir. No me la merecía. Nunca habría estado a su altura.*

—Eh, ¿estás bien? ¿Estás herido, Lucian?

—Estoy bien.

Reúno a mis hombres y seguimos a pie.

82



OBJ

Lucian Di Trevi

No es por echarme flores, pero llegamos en el momento perfecto.

Zac Di Trevi está escoltado por sus mejores hombres, acompañado de Ernestto y Angelica. Si no fuera una situación de vida o muerte, la cara de Angelica me haría reír. En serio, lo que le ha pasado es tan irónico como la vez que me dijo que me quería. *Se lo tiene merecido*.

Camiones cruzados en mitad de una zona industrial abandonada cerca del puerto de Chicago, al sureste de la ciudad. Un conjunto de contenedores metálicos manchados de sangre y un montón de hombres caídos y perros policía al borde de la muerte decoran el asfalto. Ese es nuestro escenario.

Ayris MacAlister, la mujer que he buscado con tanto empeño, solo cuenta con el respaldo un solo policía. *Será una puta broma. ¿En serio*

tengo que hacerlo todo yo? Ambos están heridos, no sé hasta que punto, pero parecen dispuestos a pelear hasta el final. Tienen huevos hay que reconocerlo. El único escudo que tienen es el propio coche policial.

O, al menos… eso es lo que creen ellos.

—¿Llegamos tarde para la fiesta? —pregunto interrumpiendo la diatriba arrogante de mi padre, el típico soliloquio de CEO pagado de sí mismo que nadie escucha porque a nadie le importa.

—Lucian. Alesso. ¿Q-qué…?

—Hola, padre —decimos al unísono.

Una de las armas de los dos policías en pie pasa a apuntar ante nosotros. *Me imagino lo que deben estar sintiendo. El número de mafiosos de la Cosa Nostra acaba de doblar su tamaño. Creen que van a morir y quieren hacerlo disparando. En serio, ¿puedo ficharlos?*

—Así que este ha sido siempre tu plan, padre. Joder a los albanos de todas las formas posibles hasta que la guerra que tú quieres sea inevitable.

—¿Desde cuando lo sabes?

—¿Importa? —le desafío.

—He tenido que recurrir a esto porque no eres capaz de ver lo que conviene a la *Cosa Nostra*. Si algún día vas a remplazarme, tengo que enseñarte cómo gobernar.

—Sería bonito decir que una parte de mí esperaba estar equivocado —admito—. Pero no es así.

Un grupo de tres mercenarios que no he visto nunca, aparecen tras el coche policial de Ayris. Pasa tan rápido que no tengo tiempo a reaccionar. Ellos tampoco. La veo caer por el rabillo del ojo.

Un alarido gutural sale de mi garganta y antes de que levante el arma, alguien a mi espalda dispara en dirección a los asaltantes. Los tres como moscas, protegiendo a los policías. Me giro y veo a Aldo *Joder, la puntería de este chaval es…* Lo derriban.

Aldo cae al suelo y al mirar en la dirección en la que ha venido la bala veo a Ernestto.

—¡Aldo! —grita Alesso.

Lo veo todo rojo. *Otra vez no.*

No dudo.

Disparo a Ernestto en ambas piernas, aunque en realidad me muero de ganas de convertir su cráneo en un colador. Sé que nunca podrá dispararme delante de mi padre a menos que quiera perder la cabeza así que tiene que conformarse con gritar. El problema es que mis hombres y los de Zac Di Trevi se enzarzan en una pelea que el Don no detiene.

—¡Cubridles! —rujo a mis hombres.

Se dividen entre Aldo, Alesso, y los policías. Nos ocultamos entre contenedores. Disparo sin contemplaciones, protegiendo lo que es mío.

En poco tiempo resulta evidente que el castigo de mi padre por disparar a su mano derecha se le está yendo de las manos y si no lo freno pronto, no quedará nadie en pie.

Comportándome como el jefe que necesitan mis hombres, no me quedo con Aldo pese a saber que estos pueden ser sus últimos segundos de vida. Les cubro, corro entre los contenedores, las balas y los muertos y llego hasta el policía que queda en pie. Lo reconozco de las fotos que mis mercenarios me enviaron, siempre estaba con Ayris. Se llama Zane-Ryder.

—¿Por qué nos protegéis? —pregunta en un alarido muy poco agradecido.

—Porque quiero hacer un pacto. Y para eso necesitaba a Ayris MacAlister. —Bajo la vista hacia la policía inconsciente que no para de sangrar—. Visto lo visto, tú vas a tener que valer.

83



OBJ

Elira Bardhi

«Es curioso. Si no estuviera diluviando yo nunca habría entrad aquí. Y no lo habría visto.

A mi padre.

A mi tío Osman.

A una legión de sus mejores hombres entrando en nuestro jardín trasero, armados hasta los dientes y con sed de sangre y venganza.

Veinte. Lucian tiene solo a veinte hombres.

Lo van a matar.

Lo matarán antes de que pueda pedir un alto el fuego o explicarle nada. Me arrebatarán al hombre al que amo porque a mi tío l

importará más su reputación de Don que a quién pertenezca m corazón.

Solo puedo hacer una cosa, solo hay una forma en la que Lucian s largará de aquí sin mí: si hago trizas el suyo.

Nunca podrá perdonármelo. Yo tampoco. Pero tengo que hacerlo.

Después de ver al amor de mi vida irse hecho pedazos, siendo yo l única culpable, cierro la verja tras de mí y corro de vuelta a l mansión. Mis sollozos se ensordecen con la lluvia. Te quiero. No h podido decírtelo, ya nunca podré. Pero te quiero.

Los hombres de Osman que me encuentran no son delicado conmigo. Me llevan a la mansión, al salón en el que hasta hace u segundo estaba Lucian cerrando la ventana.

—No están aquí, estoy sola —les digo.

—¿Estás mintiendo? —pregunta mi tío Osman, negándose apartar el arma con la que me apunta.

No sé si se piensa que voy a sacarme a Alesso de debajo de l camiseta o qué.

—¡Papá!

—¡Hija mía! —Bernard Bardhi suelta el arma demostrando que s odio por ellas no era una mentira y me abraza con todo su cariño— Creí que no volvería a verte.

—Yo también, papá.

—Esto es culpa mía. Lo siento tanto —me limpia las lágrimas, per no dejan de salir—. No debí mentirte.

—No, no debiste. ¿Cómo has podido? Después de que mamá…

—Lo sé, ¡lo sé! Me arrepiento de tantas cosas, hija mía. ¡De tantas!

Sus disculpas no suenan tan creíbles como me gustaría. Más bie suena a «siento que me hayas descubierto, ahora espero que sepas qu no voy a dejar de hacerlo». Echo de menos a Lucian y su sinceridad aplastante. Dios, solo con recordar sus ojos llenos de dolor quier morir.

—¿Cómo es posible que te hayan dejado sola? ¿Y por qué no te ha puesto en contacto con la policía, o con nosotros, de inmediato? —m tío rompe nuestro agarre y oye, que sigue apuntándome con el arm —.¿Acaso nos has traicionado?

—¡Osman, ordena a tus hombres que aparten sus armas de mi hija ahora mismo! —grita mi padre, poniéndose delante de mí para protegerme con su propio cuerpo.

—Empieza a hablar, niña —pide mi tío mientras siete de sus hombres se acercan a mí como lo harían los caimanes.

—No he llamado a la policía porque la Cosa Nostra tiene comprados a los carabinieri. Lo he intentado en múltiples ocasiones, no soy tonta, pero no me ha dado resultado y…

—¿Y dónde están ahora? ¿Dónde están esos animales? —insiste mi tío sin dejarme terminar.

—El Don y sus hijos están en el puerto. En el muelle.

—Osman, las armas —repite mi padre.

—¿Por qué? —dice mi tío bajándola por fin.

Sus hombres, como si fueran su reflejo en el espejo, lo imitan.

—Un ajuste de cuenta con la Camorra —contesto improvisando sobre la marcha—. No tengo ni idea de qué se trata, no me cuentan nada. Pero vendrán en cualquier momento. ¡Deberíamos irnos cuanto antes!

—¿Irnos? Ni de coña —Osman carga su metralleta—. Volverán heridos y les pillaremos por sorpresa. Espero que estén preparados para morir.

—¡Será un baño de sangre! ¡Podemos evitarlo!

—No te conviene meterte en estos temas, hija —dice mi padre queriendo sonar amable, pero sonándome de lo más castrador.

Igual que Ewan. ¿Acaso ha estado tratándome siempre así? ¿«Toma esta tarjeta de crédito, niña tonta, y no me des tu opinión de nada»? Dios, si salgo viva de esta, las cosas tendrán que cambiar y mucho.

—Papá, tío Osman… Ellos están abiertos a negociar, no quieren una guerra.

—¿Negociar? —grita mi tío—. ¿Esos hijos de puta ahora quieren negociar? Pienso obligar a uno de los hermanos a pegar un tiro entre ceja y ceja al otro, y obligaré al restante a pegárselo a su padre. Con el que último Di Trevi en pie… nos divertiremos durante días.

El horror amenaza con hacerme vomitar.

—¡Podemos evitar la guerra entre mafias! ¡Escúchame, joder! –grito, pero para entonces sus hombres están tan cegados por la violencia que quieren impartir, que no ven más allá».

84



OBJ

Elira Bardhi

«No se puede dialogar con ellos, solo hacen caso a mi tío.

Me empujan hacia los pisos superiores con fuerza bruta para qu
les diga qué habitaciones son los despachos u aposentos de cada uno
Es evidente cuál es la del Don, la última planta es toda suya y s
despacho es tan grande que casi podría llevar unos carteles de neón.

En cuanto a los de Alesso y Lucian, los dirijo en direcció
contraria.

Aprovecho la primera oportunidad que me brinda su búsqued
para salir corriendo e ir en busca de mi padre. No lo encuentro en l
casa, así que salgo al jardín.

—¿Papá? —pregunto en voz alta y lo veo frente al monumenta fuego.

Ese regalo de un hombre que me amó y que ahora me despreciarc durante el resto de su vida. Saco a mi padre del camino visible ignoro sus preguntas. Tiro de él, le pido que se agache y me siga.

—¿De verdad no estás herida? Son unos bestias y…

—No hables así de ellos.

—¿Elira?

Me detengo.

—Papá, no son como crees. —Me limpio la lluvia de la cara—. Za Di Trevi es el malo de esta historia. Lucian va a ser Don y no quier entrar en guerra con la mafia albanesa, podemos evitar mucha muertes. Tienes que hacer entrar en razón al tío Osman.

—¿De qué estás hablando? ¡Te han secuestrado, hija mía!

—Lo sé, pero he tenido el tiempo suficiente para conocer a buena personas a las que aprecio y por las que, de hecho, protegería de un bala como has hecho tú conmigo.

—Elira, ay, mi tesoro. Síndrome de Estocolmo, ¡eso tienes! Lo qu sientes no es real, yo te lo haré ver.

—¿El monumento del fuego? Era una piscina, una en la qu estuvieron a punto de asesinarme. Lucian mató al que lo intentó luego me llevó al hospital y no se separó de mí ni un segundo.Ha pasado muchas cosas y me encantaría contártelas todas, per podrían resumirse en que le quiero y él me quiere a mí.

—¿Pero tú te oyes? ¡Estuvieron a punto de matarte porque él t trajo aquí!

—Sé cómo suena —aprieto su mano—. Pero tienes que confiar e mí. Por favor. Ahora tengo que irme al aeropuerto a coger un avión Bueno, primero a comprar un billete y luego a coger el avión. Per necesito que me cubras con el tío Osman, tanto como Lucian m necesita en EEUU ahora. Por favor, papá.

—Los psicólogos, Ewan y mis tarjetas de crédito te ayudarán a…

—¡Me lo debes! Después de la muerte de mamá me prometiste qu dejarías de traficar.

—Hija, no es el momento de…

—Fingiste una enemistad con el tío Osman para engañarme, ¡me lo debes! ¿Crees que voy a olvidarme de todo? Es algo muy grave y si quieres que vuelva a confiar en ti algún día, más te vale empezar a hacerlo tú ahora.

—Elira. ¿Hablas en serio?

—Papá, no te he dado motivos para desconfiar de mí. Aunque sea tan aterrador como hacer puenting sin cuerda, por favor, por favor necesito…

—¿Elira? —la voz de mi tío Osman suena desde la entrada— ¿Dónde está esa niña?

Esta niña tiene veinticinco años y sabe usar un arma, ojito que igual la usa contigo. Miro a mi padre aterrada de que vaya a darme la espalda, pero me sorprende soltándome un fajo de billetes y moviendo la cabeza hacia la zona más oscura del jardín.

—Conozco un tío en el aeropuerto, se llama Frederik Keyz y te ayudará a conseguir un vuelo.

—¿Cómo sabré quién es? ¿O si está allí?

—Solo tienes que darle ese nombre al personal que te atienda y darles todo el dinero que te he dado. Bastará para que te cuelen donde sea sin documentación. Corre, hija.

Le doy un beso en la mejilla y salgo por patas.

Al llegar al aeropuerto, me subo en el primer avión que va a mi destino.

Ayris MacAlister, por favor, sigue con vida. Por favor, eres mi única esperanza».

Aterrizo en Chicago, guío al conductor del taxi hasta la zona industrial abandonada, donde el localizador me asegura que está Lucian. *Por favor, aguanta.*

El conductor me dice que no puede llevarme más lejos, que esta zona es muy peligrosa y que soy tonta si no doy media vuelta.

Desarmada, salgo corriendo como solo haría una enamorada. Me encuentro cadáveres a montones, pero están tan carbonizados que no reconozco a nadie. Me pregunto qué será lo siguiente que podría hacer Lucian si alguien intentara matarme quemándome viva.

Aunque ahora mismo me odia y es muy probable que no deje d
hacerlo nunca.

Oigo disparos y corro hasta que me arden las piernas. Entonces llego hasta ellos. Veo a la mala de Angelica, agachada y preocupada por un Ernestto herido que no deja de sangrar. Paso de largo, rezando por que no me vean. Oigo las sirenas policiales por encima de los disparos, se nos acaba el tiempo.

Lucian, ¿dónde estás?

85



OBJ

Lucian Di Trevi

—Quiero pactar —le repito a Zane-Ryder dejándolo a cuadros por segunda vez justo cuando Saverio impide que una bala me atraviese el cráneo. Me saco el pendrive bajo el chaleco antibalas—. ¿Los mercenarios que os han seguido y no atacado pese a tener oportunidad? Estaban a mi cargo. Os he estado protegiendo.

—Te escucho —dice apretando los dientes.

Sé que quiere pegarme un tiro entre ceja y ceja, está manchado con la sangre de la mujer a la que, es evidente que ama, y yo estoy emparentado con la causa. Puedo entenderlo.

—En este pendrive hay información suficiente, pruebas, para encarcelar a Zac Di Trevi de por vida.

—Adivino, quieres cambiar su vida por la tuya. Mi código con la justicia no me permite aceptar. Es un pez gordo, pero tú también. Por no hablar de Vhàfala. Si se desangra por tu culpa y no puedo encarcelar a ese hijo de puta de por vida no habrá lugar en el mundo en el que puedas huir de mí.

¿Este tío sabe que soy de la puta mafia? ¿Lo sabe?

—También tengo pruebas de sobra contra Ernestto Vhàfala, lo quiero en la cárcel mucho más de lo que quieres tú. Por eso me he aguantado las ganas de meterle un arma en la boca y apretar el gatillo pese a tenerlo viviendo bajo mi techo.

—Además estarás evitando una guerra de mafias si dejas a Luciano libre —dice una voz femenina, *su* voz, apareciendo de la nada.

—¿Elira? —pregunto dudando si estoy muerto en un charco de sangre y nada de esto es real.

—Sé que me odias, Lucifer —dice con ojos llorosos—. Pero nada de lo dije fue real. Mi padre y Osman se habían colado en la mansión, lo vi por las cámaras. Tenía que sacarte de allí y quedarme para entretenerlos. Sabía que nunca me habrías dejado atrás si no te empujaba con todas mis fuerzas. Sabes que siempre he sido una buena mentirosa. Pero la verdad es que yo también te quiero. Y esto no es mentira.

La beso con toda la pasión que me cabe en el cuerpo, con urgencia y necesidad. Ella corta el beso jadeante y llorosa.

—Espera, ¡ahora es el momento de negociar! —Me da unos golpecitos en el brazo para que la suelte y entonces se gira hacia Zane Ryder sin soltarme la mano—. Zane-Ryder, digo, señor policía, con todos mis respetos lo que te estamos ofreciendo es algo increíble suculento y épico. Angelica Benecci, Ernestto Vhàfala y Zac Di Trevi junto con todos los hombres que han decidido seguirles. Puedes encerrarlos a todos y además evitar una guerra entre la mafia albanesa y la italiana. Estás al tanto de que ambas mafias tienen contactos en Estados Unidos y sabes que un conflicto os salpicará. Puedes evitar muchas muertes dejando que algunos de nosotros nos vayamos.

Joder, qué bien habla. Es tan lista.

—¿Cómo evitaría la guerra ese pacto? —pregunta el policía y me cabrea que ni siquiera preste demasiada atención a lo que le dice.

Este hombre solo tiene ojos para Ayris MacAlister, ahora dentro de coche policial, y está empezando a cabrearme de cojones.

Cuando mi fenice habla, el mundo escucha. Punto.

—Con un matrimonio —Elira agarra mi mano y casi se me cae e arma de la mano. Se gira hacia mí—. Si te parece bien, me encantaría casarme contigo. Solo así mi familia entenderá cuánto te quiero. – Lleva una mano de mis manos a su corazón acelerado—. Eso tampoco es mentira.

—¿Acabas de proponerme matrimonio?

—Sí, en plan moderno. ¿Aceptas?

—Sí. *Sí*, joder.

La beso y ella ríe y llora, todo a la vez. El corazón se me va a salir de cuerpo.

—Lo siento, no tengo anillo —dice jadeante y preciosa.

—Te compraré uno tan grande que no podrás levantar la mano.

Estoy a punto de pegarle un tiro a Zane-Ryder cuando interrumpe e mejor momento de mi vida y el beso épico-de-película con Elira.

—Esta es la única manera que puedes asegurarte de que Ayris estará a salvo —digo de carrerilla—. Yo me encargaré de hacerle saber a todos que es intocable. Y tú también.

—Iba a decir que acepto el trato —responde.

Le doy el pendrive y le estrecho la mano. *Joder, menos mal.*

—Alto el fuego —ruge el Don de la *Cosa Nostra* desde alguna parte dejando claro que no va a largarse.

Zac Di Trevi está convencido de que puede acabar con la policía que viene hacia aquí porque todavía cree tener el apoyo de sus dos hijos. *Puede que yo considerara a Aldo mi hermano, pero él nunca lo consideró su hijo.*

—¡Lucian! —me llama.

Ha llegado el momento de revelar todas mis cartas.

—Dejo en tus manos al amor de mi vida. Protégela —le pido a Zane Ryder antes de soltarle la mano a mi futura mujer.

—Dalo por hecho.

Rezo porque tenga un código de honor y de palabra tan inamovible como el mío.

Esta vez no puedo llevármela conmigo. No puedo arriesgarme.

Solo espero tener la oportunidad de envejecer con ella.

86



OBJ

Alesso

Empapado en sangre de otras personas, me arrodillo justo donde ha caído. Acaban de dispararle.

—Háblame, Aldo. Por favor. —La bala ha entrado y salido a través de sus costillas, hay mucha sangre.

Los tiros vuelan por encima de nuestras cabezas. Hombres de ambos bandos de la *Cosa Nostra* caen como moscas sobre el asfalto mojado.

—Te quiero, hermano. Morir por mi *famiglia* es el mayor honor para mí.

—Cállate. Ni te atrevas a… ¡No vas a morir!

Cojo a Aldo en brazos.

Abandonar a Lucian puede costarle la vida, pero sé que querría que hiciera todo lo que esté en mi mano por salvar a Aldo. Le conozco lo bastante como para poner la mano en el fuego con esto.

Esa es la diferencia entre nosotros.

Él será el Don y como tal, tiene responsabilidades más allá de sus deseos personales. Yo no. Y ganar no significa nada para mí si pierdo a quienes quiero por el camino.

Eso no evita que le grite a Saverio que vaya con él. Es mi mejor amigo, quiere seguirme, pero obedece.

Camino entre los contenedores metálicos mientras Aldo va goteando sangre y es entonces cuando me cruzo con el hermano de Dencere. Leal seguidor de Ernestto Vhàfala, quien siempre ha mirado el puesto de Don con hambre y deseo.

Aldo se me cae de entre las manos cuando la bala perfora mi piel.

La primera de tres.

87



OBJ

Lucian Di Trevi

No veo a Alesso por ninguna parte. Ni a Aldo. *Joder, joder, mierda* La policía casi ha llegado.

—¿Has aprendido la lección? ¿Lo que pasa cuando te revelas contra el Don? Si no fueras mi hijo de mataría ahora mismo —dice Zac D Trevi con la venenosa victoria en los ojos.

La gente suele tener mal perder, él siempre ha tenido mal ganar.

—¿De verdad creíste que era tan tonto como para no darme cuenta de tus manipulaciones? —Aprieto el arma al tiempo que dos docenas y media de mis hombres leales se ponen a mi espalda.

Joder, espero que no sean los únicos vivos.

—Deseaba que para entonces la guerra con la mafia albanesa ya hubiera empezado y pudiéramos dejar la conversación para... nunca

Tus hombres estarían demasiado ocupados luchando por su vida como para apoyarte y tú aprenderías que el trabajo más importante del Don es el que no se ve.

Saco mi teléfono del bolsillo y pongo la grabación.

Esa.

La única de todas las que he escuchado que prenderá fuego a un rincón de mi cabeza el resto de mi vida. *«No dejo que vengas conmigo porque eres mi as en la manga. Ernestto, sobra decir que, en caso de que tengas que elegir entre salvar al Don de la Cosa Nostra o a una simple mujer, me elijas a mí. No me falles».*

—Enviaste a nuestra madre como anzuelo, sabiendo que su muerte estaba asegurada.

—Un Don tiene que tomar decisiones difíciles, pero sabes que yo quería a tu madre.

—¿Querer? —me tiembla la mano del arma de tanto apretarla, la sangre me corre por el antebrazo—. No me hagas reír. Tú no sabes una mierda de eso. Siempre has sido un hombre cruel y despiadado cuyo único interés ha sido el dinero y el poder que trae consigo.

—¡Lucian, no puedes hablar así a tu padre! —grita Angelica, con su delicado rostro manchado de su propia sangre, mientras coge el brazo del Don como una sanguijuela que se alimenta de su cuerpo huésped.

—Unidos podremos acabar con la policía —dice el Don alzando la barbilla, incapaz de pedirme ayuda de otra forma—. Pero vas a tener que venir tú aquí, y hacerlo solo después de matar a los desgraciados que han osado revelarse contra mí.

Me giro hacia ellos. Busco a Alesso con la mirada y no está. Si mi hermano está muerto, no podré soportarlo.

—Caminad despacio hacia el contenedor a mi derecha, colocaros junto al coche policial —susurro—. Soltad las armas y arrodillaos colocando las manos detrás de la cabeza. Confiad en mí, todo saldrá bien.

Ninguno dice nada, pese a la mala idea que debe parecerles.

Su fe en mí es ciega.

—¡¿Qué crees que estás haciendo?! —ruge el Don, demasiado preocupado por la inminente llegada de la policía como para arrebatarles la vida a los hombres que nos quedan.

Salvo que ya no hay ningún «nos».

Miro a Ernestto, herido en el suelo. Ha perdido mucha sangre, perc sé que todavía tiene fuerzas para matarme. La cosa es que no puede todavía no, porque necesita el apoyo del Don para terminar de llevar a cabo su plan.

Le sonrío antes de desviar la mirada hacia Zac Di Trevi.

—Quizá en tu enfermiza mente, el hecho de que no buscaras nuestra muerte justifica todo lo que has hecho. ¿Pero estás al corriente de que tu querida mano derecha se acuesta con Angelica y después de matarte a ti, habría hecho lo mismo con nosotros?

—¿De qué estás…?

—Ernestto no tenía intención de seguir a tu sombra una vez la guerra con la mafia albanesa estallara. Quería ocupar tu lugar. Ser el Don fue siempre su verdadero objetivo.

Mi padre no duda de mi palabra, por eso tengo que dispararle en la mano antes de que acabe con la vida de un Ernestto herido. Hago lo mismo con él, porque son iguales.

La muerte es misericordiosa.

La cárcel no.

Es allí donde quiero que se pudran los dos.

Y Angelica, por supuesto. Quizá en la cárcel de mujeres también consiga escalar usando sus atributos, aunque lo dudo mucho. Mis mercenarios tenían un cometido extra: marcarla. Su cara bonita siempre ha sido su mejor arma. Lo mínimo que podía hacer después de que hubiera intentado matar a mi prometida, era mandarla a prisión desarmada.

Mi padre sale corriendo, junto con sus hombres y Angelica. Pobre Ernestto, será el primero en ganarse el premio de las esposas. Camino entre los contenedores hasta Elira, también arrodillada junto a mis hombres.

Encaro a Zane-Ryder, mirándolo a los ojos con desafío. No voy a rebajarme a recordarle que tenemos un trato. Le estoy dando todo el control de la situación. Todo cuanto quiero está en sus manos pendiendo de un solo hilo: que este tío cumpla con su palabra.

Dejo caer el arma, me arrodillo junto mi *fenice* y pongo las manos sobre la cabeza.

Veo más de quince coches de policía rodear o atravesar el laberinto de contenedores. Zane-Ryder Vojak se pone delante nuestro. El primer coche se detiene a metros de nosotros y en cuanto los policías bajan, él brama:

—¡Que nadie dispare! Estos de aquí están conmigo. Esposad a resto, pero no los matéis. Los necesito vivos. ¡¿Y la puta ambulancia?!

Descubro que no piensa quedarse a ver la detención.

O se fía de sus hombres o tiene claras sus preferencias: Ayris MacAlister.

88



OBJ

Elira Bardhi

El nudo que tengo en la garganta amenaza con ahogarme si no lo hacen antes las lágrimas.

Aldo está herido y Alesso más muerto que vivo.

Lucian está fuera de sí por primera vez desde que lo conozco. Es como si su recién adquirido rol de Don hubiera quedado en pausa ahora solo es un hombre que teme perder a sus seres queridos.

Yo también lo temo.

Quizá me convierta en una persona más moralmente oscura que gris, pero desearía revivir el dolor y la agonía que sentí al disparar a un hombre, si eso salvara a Alesso y a Aldo de nuevo. Mataría a muchos criminales por ellos, esa es la pura verdad.

Lucian usa el hospital como su *distruzione*.

Puede que el pacto con la policía nos haya hecho intocables, pero no es plan de tentar a la suerte así que hago lo que puedo por calmarlo. De todas formas, Zane-Ryder sabe que sin la ayuda de Lucian, ni Ayris ni él habrían salido con vida de allí.

Están vivos gracias a nosotros.

Y nosotros podremos volver a casa gracias a él.

Después de destrozar una sala de espera entera que casi consigue que se lo lleven preso, arrastro a Lucifer hasta un asiento y me subo encima para que no se levante. Como si mi cuerpo fuera el ancla que necesita, funciona.

—¿Quién ha sido el desgraciado que ha convertido a mi hermano en un puto colador? —repite una y otra vez en un océano en el que la ira y la tristeza confluyen.

Le beso subida en su regazo, le abrazo con todo mi cuerpo.

—Los están operando, tienen una oportunidad. Dale al destino el beneficio de la duda —le digo, apartándole el rubio, mojado en sudor y sangre, de la cara.

Están operando de urgencia a Ayris MacAlister igual que a Aldo y Alesso. Así que sí. Zane-Ryder Vojak está a dos asientos de distancia en la misma sala de espera que Lucian, todos los hombres leales que ha salvado, y yo.

Es una imagen pintoresca, como poco.

Juntos hemos evitado una guerra.

No sé si estaremos aquí cuando Ayris MacAlister despierte. Ni si lo hará. Pero si despierta… ¡¡pienso invitarlos a la boda!!

89



OBJ

Lucian Di Trevi

Sicilia, Italia. Tres semanas después.

Dejo a mis escoltas atrás y camino por el sendero de árboles. E cementerio se alza sobre una colina bañada por el viento marino, cor cipreses como centinelas silenciosos que recortan el cielo nublado.

La cripta de los Di Trevi, una estructura de piedra negra coronad por un ángel alado sin rostro, está rodeada de un pequeño bosque y d rosas blancas que nunca mueren. La familia paga una buena suma par que este lugar esté impecable.

Inhalo su aroma y cruzo la puerta.

—Hola, mamá. —Acaricio el mármol frío, carente de oscuridad— Espero que estés conforme con la idea, he pensado que el día d mañana, cuando Zac Di Trevi muera en la cárcel, no lo enterraré aquí No sería justo. Nunca te mereció y no descansará a tu lado. He tardad mucho en venir, lo siento. —Me froto la cara, los ojos, me aparto la

lágrimas. Desvío la mirada hacia la lápida contigua. Alesso Di Trevi Paso los dedos por encima de su nombre—. Se me hace difícil. —Toco otra de las tumbas, la de Elira, mi amor, mi *fenice*.

Me salto una y mis pies se detienen frente a la última. Mi pecho se hunde al acariciar el nombre. *Aldo*.

Oigo el disparo, lo veo desangrándose.

Estaba en las últimas y aun así, cubrió a Alesso, inconsciente en e suelo, hasta que él mismo perdió el sentido. Intentó salvarle hasta e final.

—Nunca mereció la de cosas terribles que le sucedieron. Alesso tampoco.

Pongo una mano en la tumba de Aldo, y la otra, en la que menos miedo me da.

La mía.

—Todos estaremos aquí contigo, mamá, algún día. Espero que sea dentro de muchos años. Conociendo el mundo en el que vivimos y lo chalados que están mis dos hermanos, estoy seguro de que me lo van a poner difícil. Sé que tengo a Elira de mi parte, mi fénix de fuego, pero ayúdanos tú también, ¿vale? Cuida de ellos y yo... yo siempre cuidaré de ti, mamá. Te quiero. —Deposito un beso en su nombre y cierro tras de mí al marcharme.

Al salir, están todos fuera.

—Sabemos que dijiste que querías venir solo —dice Alesso, apoyado en sus muletas, todavía recuperándose.

—Pero no hemos podido hacerte caso —sigue Aldo poniendo cara de circunstancia.

Saverio asiente conforme. *Estaba planteándome hacerle un hueco en la cripta familiar, lo voy a ir descartando.*

—¿Qué le vamos a hacer? Se nos da genial desobedecerte —responde mi futura mujer, con una cariñosa sonrisa.

¿Los ves, mamá? Los tengo aquí conmigo.

Están todos.



OBJ



OBJ



OBJ

Epílogo E



OBJ

Elira Bardhi

El día antes de la boda.

El cuerpo me vibra mientras me recupero del explosivo orgasmo *Este demonio le ha dado la vuelta a mi alma.*

Caigo sobre el colchón junto a mi prometido. Teníamos tanta urgencia el uno del otro que ni siquiera hemos llegado a la cama Estamos enfermos. Somos un par de adictos. Cuantísimo lo amo.

—Tengo una idea loca, ¿quieres oírla? —pregunto aceptando el vaso de agua que me ofrece.

—Miedo me das. —Se acomoda apoyando la espalda contra e cabecero de la cama que rompimos la noche anterior siendo unos salvajes cachondos.

—Sabes que mi madre murió de sobredosis, ¿verdad?

—Sí —agarra mi pierna y me acaricia, su rostro ha cambiado por completo y ahora lo inunda la empatía.

—He pensado en todas las bellas personas afectadas por la droga como ella y Aldo, y todas las que no conocemos. Y luego he pensado lo que tú haces en los casinos —digo y él traga saliva con pesar expectante. Lo cierto es que yo también estoy nerviosa. Esto es muy importante para mí y no sé qué va a decir—. Y sabes que a mí me gusta mucho la química, ¿no?

Resopla.

—«Gustar» no es la palabra que yo usaría.

—¿Y cuál usarías?

—Obsesión. Vicio. Entrega. Pasión.

—Todas esas me valen también, cariño, pero céntrate.

—Estás nerviosa —me atrae hasta su regazo y la fina sábana no sirve de barrera entre nuestros cuerpos—. Relájate. Puedes hacerlo. Suéltalo.

—Me gustaría tener mi propio laboratorio.

—¿Estás…? —creo que nunca ha estado más confundido—. ¿Estás pidiéndome que creemos nuestra propia heroína?

—¡No! Lo que digo es… Si alterara de forma química la dosis que le dais a vuestros clientes en los casinos, tal vez podría ayudarles a desengancharse *mientras* consumen.

—¿De qué serviría? Quiero decir, dejarán la heroína, pero se engancharán a otra cosa.

—No, verás, tengo algunas ideas —doy un par de botes emocionada y él gruñe bajo mi cuerpo—. Existen algunas sustancias… *mezclas* que podrían revertir el ansia de más por… menos.

—Estamos en las mismas —me recoloca para que deje de saltar donde no debo.

—No, calla y escúchame, Lucifer. Con las sustancias químicas adecuadas podríamos alterar la importancia que le dan a sus vicios, darles otra perspectiva de vida, ¡y al final, desengancharlos! Es algo complejo. Ni siquiera sé si me saldrá. He leído un par de libros a respecto del efecto de la droga en la mente y cómo desengancharte de ese subidón inmediato. ¿Qué opinas? ¿Crees que podría intentarlo? ¿Crees que es una buena idea?

—Creo que vas a arruinar mis negocios.

—Y salvar a mucha gente.

Me mueve como quiere. Me deja la espalda a la cama y se cierne sobre mí como un demonio.

—Creo que no has entendido que soy un mafioso, Elira. Si vas a casarte conmigo, tienes que aceptar lo que soy.

—Creo que no has entendido que también eres el amor de mi vida. Y si vas a casarte conmigo, tienes que aceptar que siempre voy a rebelarme y a darte problemas. —Le doy un beso en la nariz— Piénsalo, al menos. ¡Ser moralmente gris es eso! —chillo cuando me pellizca el pezón con los labios y me hace cosquillas con las dos manos —. Podríamos empezar a traficar con una droga que no sea tan cruel ¿Porfiiii?

Nunca nos pondremos de acuerdo. Soy consciente.

Igual de consciente de haber escogido al hombre adecuado: a la mañana siguiente un grupo de albañiles empieza a construir mi laboratorio.



El día de la boda.

No fue fácil convencer a mi tío de que la unión entre mafias le convenía. *Nada,* fácil. Pero, a pesar de que Osman Bardhi nunca ha sido sido un hombre muy agradable… lo que tiene de orgulloso y bajito lo tiene de listo.

Una vez supo que era Zac Di Trevi el que estaba detrás de todo, que entendió que Lucifer había evitado el ataque de la *Cosa Nostra* desde Estados Unidos, y que la compensación económica que Lucian le exigía quedaba cancelada, mi tío estuvo dispuesto a sentarse a debatir los términos del acuerdo de paz.

Para entonces mi padre ya se había reunido muchas veces con Lucian, estando yo presente, y se fiaba de él por completo.

Eso también ayudó.

Mi tío quería dinero a cambio de los «daños emocionales» que le había causado mi secuestro y la ofensa porque le hubieran pedido que renunciara a su cargo. El nuevo Don de la *Cosa Nostra* no tuvo problema en mostrarse comprensivo y aflojar la pasta, y además, se ofreció a pagar tooodos los gastos de la gran boda.

Mi padre no ha vuelto a mencionar a Ewan y menos mal. En cuanto a Kathana…

—¡Ohhh, no! —me quejo frente al tocador, haciendo pucheros— *Noooooo*.

—¿Qué pasa? ¿Qué se ha caído? —Kathana sale corriendo del baño con las pinzas de las cejas en una mano y el rizador de pestañas en la otra—. ¿Se te ha manchado el vestido? ¿Le has prendido fuego a algo? ¿Necesitamos aguja e hilo?

—Ayris y Zane-Ryder no vienen a la boda, ¡qué fiasco!

Mi mejor amiga parece tener una trombosis, ahí mismito.

—¡¿Has invitado a un par de polis a una boda de putas mafias?! —chilla.

—Sí, malhablada —le digo, pese a que yo también suelto algún que otro taco de vez en cuando. *Cuánto han cambiado las cosas*—. Eso he hecho. Nos ayudaron cuando más lo necesitábamos. Salvaron la vida de Aldo y Alesso de forma indirecta. Les aprecio. Mucho.

—Necia pirada. Estás l-o-c-a.

—Y e-n-a-m-o-r-a-d-a también. ¿Vas a ayudarme con el pelo o no?

—¡Síiiii! —Kath coge las tenazas y empieza a hacer rizos de fuego con mi melena pese a que estaba a medias de maquillar.

Eso es una buena amiga.

No quiero volver a los Hamptons, ni irme a ningún otro sitio que no sea: donde sea que esté Lucifer. A pesar de que le quiero y nuestra relación no se ha roto, necesito un tiempo distanciada de mi padre. La verdad que todo lo que ha ayudado en mediar con mi tío, ha significado mucho para mí. Iré a verle pronto, Lucian ha dicho que tengo un avión privado todo para mí.

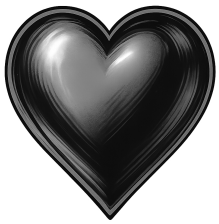
Aquí, en este aterrador y caótico lugar, me he encontrado a mí misma.

Ya no creo que el mundo sea blanco y negro. Es gris. Yo lo soy moralmente gris.

Han pasado muchas cosas, pero la que tengo clara es que esta es mi *famiglia*. No tener a Kathana conmigo era una espina que me atravesaba la yugular y que notaba cada vez que tragaba saliva. Así que le pedí que viniera. Y aceptó. *No sé cuánto tiempo va a quedarse, pero Aldo ya la adora.*

Quizá sea para siempre.

Ojalá.



OBJ

Epílogo L



OBJ

Lucian Di Trevi

Nunca he creído en los finales felices.

No, teniendo el padre que tengo, la vida que se me ha impuesto po nacer siendo un Di Trevi, ni después de la forma en que perdí a m madre.

Pero entonces una rebelde, lista y preciosa muchacha pelirroj apareció en mi jardín dando guerra y ahora… ahora sí creo en ellos.

Incluso he conseguido hacer justicia.

Ya, mi madre no volverá, pero saber que Ernestto y mi padre s pudrirán en prisión, junto con todos los demás implicados, result gratificante.

Y todo gracias a Elira.

Se quedó. Nos eligió cuando le di la opción de marcharse. *Me eligió a mí.*

Y volvió a hacerlo cuando me rompió el corazón con tal de empujarme lejos de la mansión. ¿Cómo una mujer así quiere casarse conmigo? No tengo ni idea, pero me parece bien pasarme el resto de mi vida cuidándola, protegiéndola y amándola con todo mi ser.

Oigo el cambio en la música y la ceremonia da comienzo.

La veo caminar hacia mí y mi agónica espera en el altar llega a su fin.

El mar rompe bravo en su oleaje. Mi corazón está al borde de colapso cuando la veo con el vestido de novia. *Mía, mi fenice.* Aldo llora como un descosido a mi lado y Alesso le pide que se calme, con una indiferencia cutre y fingida.

Casarnos al amanecer fue idea mía, porque nuestra historia no ha hecho más que empezar.

Este es el momento más feliz de mi vida.

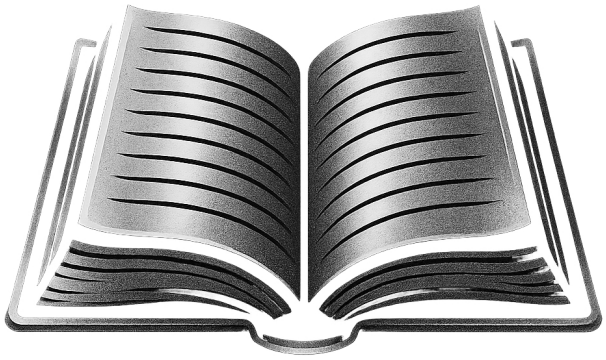
Voy a tener que tapiar todos los balcones de la mansión para no quedarme viudo. Y vigilarla las veinticuatro horas del día, no vaya a salir herida intentando salvarle la vida a alguien. *Por favor, sé mía para siempre, Elira. Y que ese para siempre dure una eternidad. Contigo nunca tendré suficiente, fenice.*

Extiendo la mano hacia ella y en cuanto me la coge lo sé: no voy a soltarla nunca.



[OBJ]

Agradecimientos



OBJ

LMR

Volamos desde Zane-Ryder hasta aquí, pero con e mismo cariño.

Quiero agradeceros a todas el apoyo a estas novelas. A las qu estáis aquí desde hace poco, a las que lleváis conmigo desde Nolan, c desde Aiden o incluso desde Los 7 Guardianes de Poder, y porque no también a las que acabáis de conocerme con esta novela.

Nada de esto sería posible sin cada amante de los libros. Sin e entusiasmo o las ganas. Somos un tándem, así que mil gracias.

¿Empezamos?

PD: Como algunas os tengo solo con el nombre, a lo Beyoncé, e orden será ese ♡.



Alicia Beatriz. ♥
Ana. ♥
Ana Martínez. ♥
Anna Aura Porres Casanova. ♥
Ara. ♥
Aramar Rogero Fernández. ♥
AriLisLiaBel. ♥
Athena Paulsen. ♥
@aritabcn7. ♥



Bárbara @barlp. ♥
Bea RH. ♥
Begoña. ♥
Bianca Torres. ♥
@buscando.lectura ♥



***Carina* ♥**
Carmen Marín. ♥
Caro. ♥
***Carol Olive.* ♥**
Carolina Álvarez. ♥
Cece Castillo. ♥
Claudia Paz Pérez. ♥
Concepción Moreno. ♥
Cris GC. ♥
Cristina Arana Jurado. ♥
***Cristina Bermejo.* ♥**
***Cristina Suárez.* ♥**
Cristina Vilarín. ♥
Crespo Marta. ♥



Dalia Rocha. ♥
Débora García. ♥
DELI. ♥
Dharda. ♥
***Dulce Ma.* ♥**



Elena Jodar Gómez. ♥
Emilia. ♥
Esther Galindo. ♥
Eva Castilla Martínez. ♥
Eva Navarro. ♥



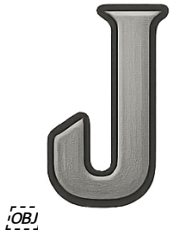
Farrufalla. ♥



Gema. ♥
Gemacha. ♥



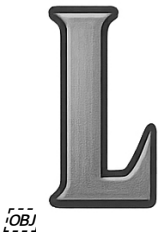
Iratxe Alvarez. ♥
Irene Hernandez. ♥
Isabella Sánchez. ♥



Jana Westwood. ♥
Jessica Secchi. ♥
Josefina Montenegro. ♥
Julia (Jul). ♥



Karen Aguilar. ♥
@koryu084. ♥



Laura Cerdá Coronel. ♥
Leire DeLuza. ♥
LEO. ♥
Lis. ♥



M Carmen Gálvez. ♥
Mª Santos Valero Iglesias. ♥
Manuel Rios Verdegal. ♥
Mar Casas Cantudo. ♥
Mari Fernández. ♥
Maria. ♥
Maria Argelés. ♥
María Bgu. ♥
Maria Jose Lopez Molina. ♥
María Jose Ochoa. ♥
Marian Nieto. ♥
Martina. ♥

Mary Fort. ♥
Mary Paz ♥
Mary Yugo Almendro. ♥
Meli barreiro. ♥
Meri Freijo.
Míriam Martín Gasulla ♥
Míriam MG. ♥
Miriam Sánchez Parrón. ♥
Mónica. ♥
MontyMoonLight. ♥
@_makeupbeautyworld. ♥



Nina. ♥
Neus Esay. ♥
Noah Evans. ♥



Ovidio. ♥



Patri Guarino. ♥



Rebeca Jimenez Marrero. ♥
Rosa Maria Jerez. ♥
ROSARIO. ♥



Salomé Y. ♥
Sandra. ♥
Sandra GE. ♥
Sara. ♥
Silvia A. ♥
Sonsoles. ♥
Susana. ♥



Teresa Batlle. ♥



Verónica Leiro. ♥
Virigol ♥

Agradezco todas las reseñas, todos los mensajes, los DMs y e cariño. Este es un listado orientativo, si ves que tu nombre falta, n dudes en escribirme por Amazon.



[OBJ] [1]

NOTA DE LA AUTORA



OBJ

LMR

Ciao, mia lettrice.

OBJ🖤🖤🖤🖤🖤🖤🖤🖤

Mi nombre es **LMR** (Laura Moreno Romero) y espero que haya disfrutado de **Mafia Rota,** la historia de Lucian & Elira.

Si has llegado hasta aquí… ufff, *complimenti*.

Has sobrevivido a una historia llena de sangre, fuego, besos que queman y decisiones que te dejan el corazón *in pezzi*.

OBJ❤️‍🔥🖤⚓🚨🌆🌺☎️🌊🧨❤️‍🔥🖤

Este ha sido el ritual de iniciación, ahora ya eres parte de la ***famiglia***. Y aquí, *una volta dentro,* ya no se sale jamás.

😈😈😈😈😈😈

Si quieres conocer la historia de **Ayris MacAlister y Zane-Ryder** la encontrarás en el libro 3 (autoconclusivo) de la serie: **Legado Daughbeth**.



Y si vienes de allí… espero que te haya gustado.

¿Deseas conocer la historia de Aldo?

¿De Alesso?

¿Saverio?

¿Kathana?

Si es que sí, puedes dejármelo en una reseña en Amazon o hablar conmigo a través de Instagram: lmr_author_

Es la primera vez que escribo una historia de mafia, pero puedo asegurar que me ha dejado con el *cuore* lleno y *puede* que con muchas ganas de más, así que… os leo.

Mil gracias por el apoyo.

¡Por muuuchos romances con más pasión que una *vendetta* siciliana!

LMR

[1] Accesibilidad lectora: vemos un gatito bajo un letrero de «muchísimas gracias».